

Manuel Mejía Vallejo



Al pie de la ciudad

se



La novela está dividida en tres partes: La primera describe la vida en Los Barrancos, territorio en las afueras de la ciudad, conformado por inmigrantes campesinos; la segunda parte se enfoca en la ciudad; finalmente, en la tercera parte, las vidas de ambos mundos se cruzan y se da una resolución al conflicto entre la ciudad y Los Barrancos.

El autor muestra la realidad que viven los inmigrantes campesinos que llegan a la ciudad huyendo de la violencia en Colombia.

OceanofPDF.com



Manuel Mejía Vallejo

Al pie de la ciudad

ePub r1.0

Titivillus 14.01.2023

OceanofPDF.com

Título original: *Al pie de la ciudad*
Manuel Mejía Vallejo, 1972
Colección: Áncora & Delfín, n.º 362

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Primera parte

OceanofPDF.com

—¡Trae la cabra, muchacho! —se oye una voz que rueda hasta el cauce lleno. Y otra voz, ahora infantil, sube tropezando en los barrancos:

—¡Ya voy!

El niño soba con la palma de una mano los ijares del animal, cuyos ojos lamen con suavidad las cosas, largo rato. Su paso trepa los riscos, la ubre unta de leche y vaho tibio las hierbas.

En un descanso de la loma se detiene la cabra para comer hojas de una rama. El niño aguarda que los belfos escojan retoños recién brotados que ella rumiará después mientras la ordeñan. Siempre fue así, más ahora, cuando el recental murió al arrastrarlo las aguas crecidas del invierno.

«—Estas lluvias nos ayudan —dijo el padre, días antes—; cuando merme la corriente pescamos la mercancía que arrastre».

Así había dicho el padre, y el niño saldría con él a buscar baratijas entre las piedras de los desagües. En el fondo hallarían lo que una ciudad grande tiene para perder: monedas que caen a los transeúntes por los enrejados de mil alcantarillas, anillos, o aretes, o prendedores que dejan ir por lavamanos y baños las señoras. En una ocasión él, mientras arreaba la cabra, encontró una piedra que dio de sonreír al padre. Desde entonces ejercieron con mayor empeño la profesión de pescadores de desperdicios. Por eso el padre estuvo alegre con las lluvias torrenciales:

«—Cuando merme el aguaje encontramos buena mercancía».

Pero el niño estuvo triste porque el raudal ahogó al cabrito, y ahora las ubres revientan de leche sin el espumoso afán de la trompa punteada. Por eso quiere más a la cabra y se siente un poco hijo de ella. A veces masca hierba y camina en cuatro patas y arrima el rostro a la ubre, deseoso de balar para decir al animal que se siente en algo hijo de él, y así consolarlo por el recental muerto en los desagües crecidos.

Cuando la cabra termina de mascar las hojas vuelve su cabeza para mirar al niño. El niño acaricia la cabra bajo los ijares. La cabra permanece quieta, asequible su posición junto al niño. El niño se le arrima y habla en lenguaje inventado por él, mitad voz, mitad balido. La cabra mira barranco abajo, hacia los desagües, con mirada que apacigua la loma. El niño recuesta su cabeza en los ijares: son tibios y se hinchan con la respiración. Una mejilla da a la ubre y la salpica de leche al gotear de las tetas blandas, sonríe al calor de esas entrañas pero le escuece recordar el cabrito. Le gustaba verlo raboteando alegremente aferrado a los pezones henchidos. Y cuando su padre le dijo: «—El cabrito se ahogó en El Río», llorando fue a buscar inútilmente el pequeño cadáver como hacía cuando buscaba alguna joya o monedas en el fondo del cauce y en los pedregales orilleros.

De los desagües para arriba quedan Los Barrancos. Y cauce arriba, tras los barrancos, está la ciudad. Para él, ciudad es edificios altos, mucha gente, muchos carros. A veces acompañaba a su padre a vender el producto de su trabajo: un anillo, chispas de arete, eslabones de cadenitas de oro, medallas curtidas. Los compradores miraban recelosos y sin muchas preguntas, de mala gana, pagaban con que obtener un par de pantalones, dos o tres libras de arroz, unos kilos de frisol y maíz.

«—Por aquí se van las monedas cuando la gente las pierde» —explicó su padre señalándole una reja de la alcantarilla. Sabía que al llover, el agua arrastraba por los caños tales objetos. Así, comprendió la alegría de su padre cuando dijo:

«—Estas lluvias nos traen buena mercancía».

Pero también sintió ira dolorosa porque, al aumentar el raudal, esas lluvias habían ahogado al cabrito, y ahora la leche rociaba las malezas, y la ubre se veía sola sin aquella trompa punteada. Sin embargo, quería a su manera las aguas turbias que venían de tantos rincones de la ciudad y traían baratijas y objetos finos. Él mismo ayudó a cavar zanjas cruzadas, así podían hurgar en el fondo y sacar lo que relucía. De esa brega dependían todos, no solo su familia sino otras cuyos ranchos trepaban por los barrancos hasta mucho más abajo de la ciudad. Era un trabajo honrado y difícil. Otros robaban. A veces, cuando hundían sus pies en las aguas sucias, sentían vagamente que eran desperdicios de la ciudad: de pronto

salían al aire de las alcantarillas, rodaban botados a la inclemencia de Los Barrancos. Sin embargo, la ciudad daba de comer, era otra dura necesidad. Pero el mundo del niño consistía en esos matojales de la loma, esos deslizaderos de tierra amarilla, y su cabra. Antes también era el cabrito, pero el cabrito desapareció en una de las zanjás que labraba con su padre en el desemboque de las aguas negras.

Nunca decían que trabajaban en eso, algo les hacía callar. Únicamente lo comentaban entre familias de Los Barrancos, en la tierra de nadie. *El Río*, lo llamaban. Si alguien decía: *aguas negras*, guardaban un silencio enojado. Nunca mencionaban las rachas que traía el viento: esa corriente era El Río, y de él vivían —pescadores a su manera— y a sus orillas crecían matas fértiles. Allá arriba está la ciudad, acá abajo están ellos, y venden después, allá arriba, el producto de la búsqueda entre aguas y piedras.

—¡Apurá con la cabra! —repite el padre desde la casucha, encima, a mitad de la falda.

—¡Vamos ya! —contesta despegando su rostro de los ijares. La cabra bala a los desagües con ternura, su cabeza extendida a la ausencia del crío. El niño le dice:

—Se ahogó el cabrito allá, en las zanjás que yo y mi papá hicimos. Se lo llevaron las aguas, por eso estás sola, sin el cabrito —y vuelve a acariciarle la ubre sintiéndose otra vez un poco recental con ganas de leche. Entonces arrima su boca y empieza a chupar. La cabra aparta los remos traseros para dar más libertad a la ubre y al niño. La leche fluye tibia y amorosa del pezón, resbala por las comisuras, son amables los ijares que se hinchan con la respiración. Ella permanece inmóvil, otra vez madre de un pequeño aferrado a la ubre.

La voz del padre se deja oír sobre el barranco, brava contra el mundo:

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Traés la cabra o bajo yo?

—Ya subo, papá. ¡Ya subimos! —responde azuzando a la cabra que reemprende camino hacia el estrecho patio de la casa.

Así sucedió meses atrás. Porque un día la cabra apareció mascando yerbas de la loma.

«—Mire lo que encontré en los desagües» —dijo en ese entonces el niño cuando llegó a la casucha empujando el animal. Pensaba que era un

ternero barrigón, manso y extraño.

«—Es una cabra, la perdería su dueño» —dijo el hombre retejiendo un viejo canasto, asegurando con cabuya los bejucos—. «En cualquier rato viene a llevársela, o ella misma se vuelve».

El niño giró su cabeza de la cabra al padre, del padre a la cabra.

«—Le voy a pedir al Niño Dios una igual» —dijo. Sobó la planta de los pies contra el polvo, jaló el tirante en bandolera de su overol e insinuó otra posibilidad:

«—Mejor le pido dos cabras pa el que la perdió y así me quedo con esta, ¿no te parece?».

Era un trato justo, el padre nada quiso decir. Vio a su hijo abrazado al animal, que parecía a gusto con él, y tomando pala, azada y canastos se dirigió a los desagües.

Toda la tarde pasaron juntos cabra y niño. El niño miraba azorado a los rodaderos de gente por si el dueño de la cabra volvía.

«—De noche no vendrá» —se tranquilizaba, pero temía que el animal se perdiera en la oscuridad o regresara al sitio de donde vino.

Se rascaba la cabeza sentado en una piedra, hasta que llegó la noche, él mismo formó parte de la noche. Cuando volvió a la casucha, su madre estaba inquieta. Y el padre. Él también, con aire de culpabilidad. Nadie dijo nada. Después el niño se revolvía en su rincón bajo la colcha de retazos, sin conciliar el sueño. Algo le remordía. Al fin preguntó ya muy entrada la noche:

«—¿Se embravaría Dios si yo amarrara un lacito a la pata de la cabra?».

«—No se embravaría Dios por eso».

«—¿Y si también amarrara la otra punta del lacito a una estaca?».

En medio de la oscuridad de su cuarto el padre imaginó a la cabra en la loma, imposibilitada para huir. Entonces sintió ganas de llorar. Solo dijo, abiertos los ojos al techo: «—Dios no se embravaría, muchacho».

Aquella primera vez nada más dijo el niño, sabía que en alguna parte del mundo existían elefantes y camellos, hasta hipopótamos; pero cerca de él, verdaderamente cerca, solo había tenido un caballo cojo que llevaban para algún circo, vacas y perros.

Suyos... Bueno, había hablado con grillos, gavilanes, azulejos; había tenido una libélula extraviada en el rincón de su cama, unas chicharras, una culebrita coral.

—¡Pero una cabra de verdá!

Por eso, porque el contento ya no le cabía, tuvo que repartirlo:

—Si sos tan macho de adivinar —propuso a dos, a muchos—, ¿sabés qué tengo, allá?

Callaban, o respondían desganadamente, o seguían el juego:

—¿Un león?

—No.

—¿Un tigre?

—Frío, frío.

—Una cabra.

—Ah, ¿sí? Y si es tan macho adivine cómo tiene los cachos.

—... Pues los tiene de p'atrás, así, fíjese bien, así. Adivine ahora qué tiene debajo de la trompa, pero del lao de abajo.

—...

—Pues tiene un cadejo de pelos largos, pa que vea. Ahora, si es tan macho de adivinar...

También congregó a los pequeños del barrio, los llevó a la cueva de la cabra y dijo:

—Esta es mi cabra. Se llama Cabra.

Fue el mejor nombre que pudo encontrarle, le quedaba a la medida: era como llamar Agua al agua y Nube al cielo.

Todos, hasta los mayores, dijeron que nunca antes habían visto una cabra pero que era la más hermosa cabra que habían visto. Él estuvo orgulloso, aparentó dominio y tranquilidad.

—Es un bonito animal —remató su padre.

—Bonito —repitió en eco la voz de su madre enferma.

Y nunca averiguaron de dónde vino la cabra. Simplemente un día apareció mascando ramas en Los Barrancos y se quedó en la familia.

En los Barrancos, el sábado es uno de tantos días con su mañana, su tarde, su noche, sus angustias enredadas. La lluvia forma ya parte del rito y el cauce lleva lejos las baratijas de la ciudad.

Bajo un cielo turbio se congregan para recordar tiempos menos malos, callar mejores posibilidades o decir la rabia cotidiana. Vivir se les volvió una necesidad sin sentido pero ineluctable: seres sin esperanza, se apegan a la vida por vicio de amanecer respirando el aire de los contornos, por recordar a trechos el pasado, por miedo de morir. Aman sencillamente, calladamente, brutalmente, en un agotamiento más para el otro agotamiento despiadado.

—Acostémonos —invita uno de los hombres poniendo encima los brazos a una de las mujeres.

—Voy, pues —se resigna ella, y se tumban, y jadean con temblor prestado, temerosos de que nazca otro hijo; luego permanecen callados sin pensar en nada, con ganas de estar más solos todavía. No obstante, es amable a veces el amor, y rejuvenecen los barrancos cuando una pareja retoza en cualquier recodo de las lomas. Hay pájaros y ramas verdes y yerbas para la desnudez de un cuerpo quemado.

La infancia también tiene sus horas de juego y los niños trepan a los riscos y montan en palos para sentirse jinetes de aventuras increíbles. Suben a los arbustos, bajan hasta el cauce de El Río, inventan cuevas, hacen sango con moras maduras que desgajan en las ramas de la orilla.

—Está más grande El Río que hace años —dice El Viejo mirando los niños, mirando las aguas.

—El Río nace en La Ciudad. Crece La Ciudad, crece El Río.

—Ahora tiempos...

En los predios aledaños existió un camino vecinal, antigua servidumbre de familias venidas a menos, y que luego pasó al municipio. Cualquier tarde llegó un hombre de expresión amarga, echó por última vez su mirada a los montes, por primera vez otra a la ciudad, al fin se quedó dormido. Al amanecer vio unos alrededores llenos de basura, un camino que a ninguna parte conducía, y rabioso contra su sueño, por destruirlo haciéndolo realidad, botó una maldición y clavó su primera estaca; seis niños y una mujer ayudaron para que los desperdicios de madera y cartón se hicieran refugio; así tuvo su vivienda, y dos gallinas escarbaron yerba y polvo en medio del retozo o la desolada quietud de los menores. Cuando otros desplazados vieron humo sobre el habitáculo, trajeron retazos de madera y ladrillo, palos, cartones, latas, y al borde de El Río fueron levantando casuchas y formando callejuelas.

—... Fue un sábado por cierto. Llegó un hombre...

En Los Barrancos pasan el día sábado como un lunes. Teatros en la ciudad, y circo, y fútbol, y toros, y golf, y cine, y automóviles hacia las carreteras. En los suburbios ondean salvias, ondean coros infantiles.

—Vino El Circo.

—Quisiera ver los payasos.

—Las culebras.

—Los elefantes.

—Los trapecios.

No van a la escuela porque no hay o queda lejos, y tienen que ayudar a sus padres, y no sobra dinero para útiles. Sin embargo, algunos aprenden a leer en los muros y pintan, con tiza y carbón, muñecos en las piedras de los rodaderos.

Una que otra niña llora porque a su muñeca de estopa le falta una pierna; cuando ya la muñeca es de verdad una muerte por mutilación, organizan el entierro y con estudiada congoja le buscan tumba en la raíz de un árbol y colocan sobre ella una minúscula cruz:

—Pa que la cuide el Ángel de la Guarda.

—Pa que no se la lleve el diablo.

—Pa que nazca otra nuevecita.

—No retoñan las muñecas, boba.

—Si Dios quiere retoñan.

—Si Él quiere...

Después la muñeca se pudre, cae la cruz y los niños olvidan su pena. La pequeña alcanza de los rastrojos una flor y la pone en la tumba y sueña en muñecas cachetonas con vestidos rosados y piernas robustas de caucho. Pero sabe que no habrá muñecos, y en compañía de otra amiga arranca ramas, las amarra con dos pitas y las cubre con papel de periódico o con retazos de tela. Después bautizan el espantajo y lo arrullan y le dan moras maduras y le cantan canciones de cuna y le untan la cara con gotas de leche de cabra.

—Pa que no tengás hambre.

—Pa que no sintás frío.

—Pa que nos querás.

Por diciembre los deslumbra la pólvora detonante y la de luces y hacen apuestas al que primero vea chisporrotear. Levantan al cielo la cabeza, levantan los brazos, levantan los gritos:

—¡Ve un globo!

—¡Chupá por bobo!

—Es rojo con su candileja.

—Viene de La Ciudad.

—De las fincas.

Corren, a medida que suben se les unen otros, y otros más aparecen por callejas y cañadas, cambian de rumbo según el viento sople al globo.

—La otra vez cogí uno que tenía premio —dice alguien cuando el globo se aquieta en lo alto.

—¡Premio, oigan a este!, si tenía era una boleta que decía: «Aquí sí te chupaste la madre».

Vuelven a correr, desafían, se atropellan al ganar una chamba, retroceden.

—¡Se va el hijueperra!

Siguen un trecho más, pero se detienen desanimados cuando el globo cambia de rumbo.

—Tal vez otro caiga en Los Barrancos.

—Tal vez caiga si ayuda el viento.

Vida opaca llevan en los suburbios. Algunos hombres trabajan dentro de la ciudad en talleres de mecánica o en la recolección de basuras; diez o doce poseen carretas de tracción animal o parihuelas de una rueda para trasladar mercancía de un sitio a otro; o van hasta los cafetales distantes y a las minas. En El Río cae día a día su cansancio, o se remansa en las covachas, espeso, hecho costra sobre los esteros crecidos de espumarajos.

Van regresan, se llaman, disgustan, comen si han conseguido qué comer, se emborrachan, guardan silencio, encienden velas —ya de noche, si tienen velas— o hablan de asuntos viejos y lejanos:

—... Contábamos cuentos en esas noches —habla uno para sí mismo, para la familia dejada en tierras altas—, de brujas y aparecidos. Había café caliente y arepas de chócolo y mote y buen tabaco doblao y turegas de maíz y olla hirviendo con su calambombo encima.

O se refieren a gente conocida:

—¿Es cierto que mataron a *Jetadura*?

—Se le olvidó respirar no más.

—Ah, la puta... —menea su cabeza, saca un tercio de aguardiente, lo soba contra una oreja—. No hay como el trago pa estas tristuras.

—La señá Antonia se volvió bruja y el cura logró agarrarla con una coca de huevo caliente y una agua y el cordón de San Benito. Yo la vi una nohecita revolando en su escoba.

—¡Jesús, María y José!

—El Enemigo Malo ronda siempre.

—En aquella piedra espantan los viernes a medianoche.

O charlan sobre tenebrosidades que trae *El Público* en sus páginas amarillas o que recogen en andanzas de suburbio:

—Al fin encarcelaron a Los Butaga, se habían comido seis niños.

—A él le gustaba la sangre...

Gestos de fastidio, inmovilidad de indiferencia, palabras más o menos solas.

—... ella apreciaba más la carnita tierna.

—¡Desalmaos! —dice una comadre imitando náuseas.

—Bastante hambre tendrían, nadie sabe lo de nadie.

—Dios sí sabrá meterlos en la Paila Mocha pa que los diablos se los ruñan por toda la eternidá.

—Tenían el negocio de los cadáveres, que sacaban por las calles pa recoger con qué enterrarlos.

—También alquilaban moribundos.

—¡Ánimas benditas!

O traen a cuento recientes percances de otros barranqueños:

—Inesita la de Perucho se largó con un chófer, sin cumplir doce años.

—Hace uno se putió la hermana, la miseria arrastra rápido.

—¿Pa qué culparlos?, los muchachos robarán lo que vean, las muchachas se acostarán con el que les dé un peso.

—Vida jodida.

O regresan a la ronda de los conocidos:

—¿Onde estará Cachirulo?

—Ni señas d'él.

—Atracó una joyería, llegó La Bola y ai fue la embarrada, entonces pegaron con él derecho pa Las Colonias, antes que lo cogieran cortico había barrido con todo.

—Luicho es el único que sirve pa esas vainas. ¿Y *Carepalmada*?

—Por aquí estuvo jeringando unas semanas pero levantó la mano.

—¿La qué?

—Se largó, so bruto.

Los niños escuchan y los viejos echan recuerdos al calor de la lumbre y se ensombrecen más sus rostros de aquellarre. —Bien cercada tenía mi propiedad, agua correntina, animalitos.

Algunas noches se oye la voz del idiota:

Luna llena,

estoy enfermo.

¡Luuunaaaaa lleenaaaaa!

El Río es de todos y de él viven. Trabajo malo, es cierto, pero a la noche podrán amar tranquilos, y retozar el sábado por la noche en los recodos, y soñar que algún día adquirirán vivienda dentro de la ciudad; ya no protestan, la desigualdad se les va haciendo lógica: nacer miserables equivale a nacer negros, mestizos, indios, cosa de toda la vida. Luchan, sin

embargo, para hacer menos ardua la brega. Más tarde podrán ir a la escuela los niños, y ellos descansarán en la vejez recordando pequeñas anécdotas de El Río y sus abismos orilleros.

Por tiempo de elecciones los políticos los visitan, se colocan un aire de preocupación, prometen alivio: tendrán tierra, y protección oficial, y casas decentes y trabajo y escuelas. Así la fe ulcerada que antes desembocaba en la esperanza los volvió amargados, de agresivo silencio, con sentimientos encovados donde las palabras no llegan. Dicen sus pasiones monosilábicamente, solapadas en los sinuosos repliegues de esa alma de oscuras y poderosas contenciones.

—... Un día llegó un hombre de ojos cansados...

El Viejo se queja mirando a la montaña distante y hablando de un tiempo mejor cuando tenía tres cuerdas de cafetal, de platanal, hasta una vaca con su crío. De tanto decirlas sus palabras se gastaron, se le volvieron silencio, y apenas las masca, y se contesta que era agradable cargar a la espalda un racimo de bananos o un costal de yucas y oír desde su choza pajiza, allá en la cordillera, el rumor del agua al caer en la poceta.

Su obsesión llega a mostrar temores pueriles:

—Yo no quiero ser río, niño —dice al de la cabra, retrocediendo—. ¡Me ahogaría en tanta arena y tanto pantano!

—A mí me gustaría ser río.

—Niño, nada de eso: te harían cosquillas los pescados, te aporriarían los bogas, te rasparían los barcones.

—Me gustaría conocer barcos.

—Nunca te dé por ser río, yo no quiero ser río.

Retrocede más, temeroso de licuarse:

—Me cansaría de correr y correr, de empezar siempre y ahogarme lejos, en el mar hondo con dragones.

—¿Has visto dragones?

—Y muhanes del río grande, son feos, bien feos, comen gente, comen animalitos buenos.

Salta a una barranca, se manotea la nariz con miedo de echar chispas, manotea la espalda con miedo de que le nazca una cresta dentada.

—¡Diablos malos esos dragones y esos muhanes!

Ya no le preocupa que lo crean loco, enredado en inmenso cansancio por buscar antiguas ideas: las persigue, se le zafan, sufre por esa irremediable fuga; es una desesperada carrera de su cerebro tras lo definitivamente fugitivo.

No son malos con él aunque le gastan frecuentes bromas, pues alguien dice señalando un punto imaginario:

—Allá vi tu vaca con el crío, desde tu finca vinieron con el mulo en que llevaban leña a la ciudad.

—¿Es de lomo requemao la vaca?

—Y pintao el becerro, el mulito es rucio.

El viejo sale a buscar el fantasma de sus animales, pero lo han engañado. ¿O no?, allí escucha pisadas, chas-chas, las del mulo; chas-chas, las de la vaca; chu, las del ternero. Unas ramas se mueven, entre ellas saldrán los cuernos cortos, las orejas largas, la trompa pequeña...

No, volvieron a mentirle, no hay pisadas, no hay resuellos amigos. Sin embargo, a veces cree verlos.

—Vení, mulo —llama—. ¿Qué hay, vaquita? Estás crecido, cachorro, tantos años de separancia. Era buena la vida por aquellas cumbres, ¿eh? Desde que me echaron esos... ¡Ah, cosa buena entre cafetales!

Luego cuenta que alcanzó a verlos, y no lo contradicen. Mansamente loco. El Viejo piensa en una tierra y unos animales que fueron suyos muchos años atrás.

Cuando se vuelve infantil engrosa el montón de niños si estos elevan cometas, y también apuesta a la que más hilo gaste, y discute sus posibilidades con exageraciones ingenuas:

—La mía pasó tres nubes.

—La mía llegó a la luna.

—La mía nunca volvió, creo que se la llevaron los Angelitos pa jugar con ella.

Las fabrican de hojas de periódicos o rebuscan en las tipografías tiras inservibles. Sobre la ciudad se ven las cometas de suburbio. Más altas que los edificios públicos, que las iglesias más altas, que el obelisco. Y los niños están contentos porque algo de ellos sube tan arriba, sobre la misma ciudad. Entreabierta la boca desdentada, El Viejo palmorea mirando tantas

cometas colear cielo arriba. Los otros ríen porque lo ven y porque están contentos.

Cuando uno de los rapaces se le arrima con mímicas de anudarle el hilo, él retrocede:

—¡No quiero ser cometa! Me chuzaría en los filos de las estrellas, me rasgarían los huracanes, me perdería en el viento, me desnucaría en las ramas. ¡Cometa no, yo no quiero ser cometa!

Si no hay viento o no hay cometas, El Viejo busca la cabra y sale a jugar con ella y con su dueño.

—Prestámela un rato —dice al niño—; yo te la cuido, a lo mejor encontremos el cabrito.

—Vamos hasta El Río —acepta el pequeño y salen los tres, falda abajo. Al Viejo le da dificultad vencer los precipicios.

—Antes subía entre los platanales con doce arrobas al hombro, y nada de cansancio. Yo era fuerte, ahora estoy embromao, casi muerto a decir verdá. —Y distraídamente esboza gestos negativos y soba su barba, y tiñe de azules su recuerdo vago. Si el niño tiene que ayudarlo a subir o bajar, el otro jadea una y otra vez:

—Estoy casi muerto, me parece que me morí la semana pasada. ¿Qué harán solos mis animalitos?

Al niño le agrada escucharle al Viejo historias de sus animales. También quisiera tener un mulo y un crío de trompa punteada. Pero tiene su cabra y juegan los tres —a veces con la niña de los muñecos de trapo— en los deslizaderos. Sin embargo, se extraña cuando El Viejo con aire ausente no responde a las preguntas, o cuando señala cualquier punto y dice:

—Allá viene mi vaca, allá mi mulo trae leña y costalados de plátanos maduros. Vamos a encontrarlos, montamos en el jumento y ordeñamos la vaquita.

El niño mira indeciso, después acepta el juego:

—Vamos, pues. Me gustan los animales, me gustan los plátanos maduros.

El Viejo anda tras el niño en busca del fantasma de sus animales. Corren un rato, El Viejo se cansa y un desánimo anula sus músculos, su voluntad, cuando comprueba que han desaparecido. El niño se extraña de que el otro

tome tan a pecho sus juegos y propone ir a la Cueva de los Piratas, en ella han entrado dos gigantes que arrojan chispas por la boca, y un enorme tigre trata de comerse la cabra.

—Hay que liquidar a los tigrones y a los gigantes —invita el niño.

—¡Vamos, pues! —acepta El Viejo y brinca según puede con un garrote en la mano de hinchadas venas. Porque para el pequeño es real la existencia de dragones y gigantes, para El Viejo es real la presencia de sus animales. Por eso se entienden y se quieren, y viven un mundo encantado. El niño cree igualmente ver al cabrito balando en las lomas, y en sueños lo mira flotar sobre las aguas del río, hacia abajo, hasta una ausencia irremediable sin una ubre llena, y sin él, que le acariciaba la dulce trompa punteada.

OceanofPDF.com

—Papá, vino El Circo.

—Vino.

—Si yo estuviera desocupado, ¿podría ir?

—Estamos ocupaos.

—Debe haber buena pesca.

—Debe haber.

—¿Oís los tambores?, los payasos irán en fila montaos en bicicletas zanconas. ¿No estás oyendo las chirimías?, los payasos...

—También ellos trabajan.

—Luicho prometió llevarme al Circo, hay leones y tigres y un hombre de colores que los amansa, me gustaría amansar tigres. Pero Luicho está en la cárcel. Cuando se vuela...

—Trae otro canasto, el agua viene revuelta.

—No hemos cogido nada esta semana.

—Nada.

—Si yo tuviera anillos y monedas los dejaría caer por los enrejaos pa que vos los pescaras en El Río. Pero si yo fuera rico no viviría aquí, ni serías mi papá. ¿De quién sería yo?

—Quién sabe. No habrías nacido.

—¿Es doloroso no nacer?

—Nacer es doloroso.

—¿Y morir?

La mano del padre sobre la pelambre del hijo suple una respuesta. La pala se inmoviliza en sus dedos, los ojos se inmovilizan en las aguas. Nacer... Dejar de ser nada. Morir: dejar de vivir, simplemente.

—¿Si encontramos una medalla?

—Compramos avena pa ella.

—¿Si encontramos un anillo?

—Compramos remedios pa ella.

—¿Si encontramos una cruz con piedras rojas, y un montón de monedas?

—Entonces compramos ropa y comida pa todos.

—Si encontramos un diamante de este grandor, ¿podría ir al Circo? Me gustan los tigres, todo el Circo me gusta con tambores y trapecios y elefantes.

—Pasame el canasto, pesquemos mercancía.

—Pesquemos, pues.

Debe trabajar en sábado con su padre y hallar baratijas entre el agua lodosa. Claro, sería formidable ir al Circo y apretar las manos y los ojos cuando el equilibrista baila sobre la cuerda y cuando los trapecistas se lanzan al vacío.

—Ojalá se volara Luicho de la cárcel, Pedro me dijo que se había volao.

El viento desfleca su pelo; cuando deshoja el ala del sombrero del padre, ese viento lo une a su propia infancia llena también de circos ausentes. Al querer a su hijo se quiere él mismo: la vida de él, la suya, la de cada cual; lo quiere sin palabras, sin manos sedosas para el mimo. Secamente, como a una urgencia cordial que se basta por sí sola.

Enjugándose la frente dice:

—Podés irte a jugar con tus amigos, hoy es sábado libre.

—¿No más canastos?

—Llevá tu cabra y tus tarros de avena y tu cometa.

—¿No vamos a pescar más hoy, papá?

—Es sábado libre, ¡a jugar se dijo!

El pequeño empuja un alegre resoplido entre los dedos y salta callejón arriba.

—¡Soy el Hojarasquín del Monte, aquí viene El Mohán pa comerse a los que no vengan a La Cueva!

A su pregón salen otros chiquillos con muñecas deshilacliadas, cometas rotas, varas de cañabrava. Alguno chupa un cañuto, otro monda un banano, un tercero azuza el encabritado caballo de palo de escoba y tira piedras al liquen de los alambres telefónicos.

—Ps, ps, vamos a jugar de bandidos.
—Escondidijo, mejor.
—Rueda del Ángel.
—De soldaos.
—De Agentes.
—De animales.
—Yo soy Luicho y que venga la policía pa liquidarla.
—Yo soy el Hojarasquín del Monte y soy el Diablo también, ¡brrrrr!
—Venga, Viejo, vamos a La Cueva.
—Luicho le puede al Hojarasquín del Monte, Luicho le puede al Diablo.
—Cojamos pájaros.
—Es pecao.
—¿Los pájaros vuelan o se les lleva el viento?
—Se los lleva el viento y vuelan hasta las nubes.
—Tilín, tilán. Dan las horas, las horas dan.

*De una, de dona,
de tere, cutere,
de mácuru, vere,
de biri, birón...
—¡Contarlas bien
que las doce son!*

—Las tres dan donde el Cura.
—En el campanario espantan.
—Yo soy el Hojarasquín del Monte, ¡brrrrr!
—Viejo, traiga su fusil pa matar los tigres de La Cueva.
—¡Aquí hay un sapo de una arroba de grande!
—Ni veinte libras pesará.

*Sapitos al agua,
sapitos al sol.
Los más chiquiticos
se tiran de a uno,
los más grandecitos
se tiran de a dos.*

—¡Corros-cos-cos!
—¡Allá están los piperos!

—Andan trasnochaos, buscando grillos.

Se arriman a los hombres que se turnan una botella.

—Niños, búsquennos grillos, son buenos pa la salud.

Intoxicados de licor barato van a los suburbios a beber alcohol con grillos: buen trago, dicen. La ciudad también los arroja a su manera.

Los niños miran a los hombres avejentados, borrachos de toda hora, tragadas las medias rotas por los zapatos sin suela, barba espinosa de varios días, fracasos vitalicios. Cuellos mugrosos. Corbatas grasientas. Versos de una etapa quemada, llameantes aún en su bohemia echada a los suburbios.

—Cuando había modo fumaba mariguana.

—¡Yerba la mariguana!

—Todos la fumaríamos, con ella es claro el porvenir...

—... que siempre pasa.

—Es sonriente el amor.

—¡Puff, el amor! Busquen grillos, muchachos.

Tirados contra la hierba, los piperos miran con ojos estriados, señalan con mano insegura, recuerdan con memoria deshilacliada.

—Yo creo que mi cabra comía grillos, no me gusta que coma grillos mi cabra.

—Si los comiera con alcohol puro...

Lo miran, quisieran tener pena de contar sus cosas; no cuentan, sencillamente dejan paso a su derrota.

—A veces bebemos gasolina.

Sienten asco, tal vez; alguno de ellos quisiera recoger del suelo las palabras —tal vez—, recogerlas del aire.

—¡Gasolina! —se estremece el niño—. ¿Y no quema?

—Quema. Pero sostener vicios es caro.

—Es barato degenerarse.

—Muchacho, no debés crecer.

—Tengo grillos en mis jaulitas pero no se los traigo, no pueden comerse los grillos verdes y grises y amarillos. No pican, no hacen daño.

—Danos los grillos, muchacho. Te los cambiamos por estas tapitas.

—No se los traigo, voy a guardar los grillos de las lomas.

Frunce el entrecejo, acomoda el tirante, se envalentona:

—Voy a esconder los grillos de todo el mundo.

Y dirigiéndose a sus compañeros:

—¡No traigan grillos!

Se retira de mediolado sin apartar de los borrachos la vista enojada. De pronto sacude la cabeza para retirar un mechón de la frente, les saca la lengua y echa a correr.

—¡Vamos a jugar, hoy es sábado libre! Vamos, cabra, —y mueve los brazos en ala como si fuera un grillo verde que nace.

—¡Va a empezar la pelea, barranqueros!

Los borrachitos se turnan su botella.

—Este niño crecerá.

—Crecerá.

—Será corrompido, como todos.

—Están jugando a la guerra.

—Pronto la guerra nos molerá. Hay hambre, no hay trabajo, llegan más y más campesinos echados de sus tierras.

—El campo me fastidia, no hay como las grandes ciudades.

—Ah, la luz de las grandes ciudades...

—Que venga la Revolución.

—Habrá terremotos.

En el desorden propio, en la miseria, ven una ofensa personal que les hace la vida. Hundirse es su manera de luchar.

La cabra ramonea sorda al bullicio. Varijones, cascotes de botella, cañabravas, goligotes, cuescos, vástagos, piedras, forman el arsenal. El sudor pega a las frentes los cabellos. El Viejo entreabre la boca desdentada, sigue al grupo en el ataque, jadea.

—¡Juancho! —el niño de la cabra llama al orden a un pequeño que observa detenidamente un caracol.

—Voy —responde, y sin respeto por la jerarquía entra en fila, en sus manos el caracol.

—Ya sabés —vuelve el de la cabra—, esta caña es el fusil, este banano es la pistola. Hay que defender La Cueva de los Piratas.

—Bueno —responde el otro a media lengua sin dejar de mirar el caracol, que al fin cae en un bolsillo de su overol remendado.

*En el mar está una col
sentada en un caracol.
En la col hay una caña...
La caña en el caracol.
Caracol, col y caña,
caña, col y caracol.*

—Atención... ¡fir! —ordena el Jefe y todos desordenadamente se ponen firmes—. ¡A la carga!

El pequeño ataja su overol, que ya se le cae, mientras los demás suben la cuesta para defender La Cueva de los Piratas. La niña de las muñecas mutiladas regresa para ayudarlo.

—Mi Capitán —informa al de la cabra—, el soldado Juancho está comiéndose la pistola.

Sus pantalones a media nalga, Juancho engulle el banano con que habría de disparar a los invasores. Desarmado se junta al grupo, ahora de la mano de su hermanita mayor.

Es cruda la batalla. Algunos yacen en la ladera, contra el pecho las armas improvisadas. Llorando a todo pecho, Juancho baja en busca de la niña, a rastras los pantalones.

—No llore, pues, no llore.

Lo toma de una mano y se desvía para evitar a un ciego y un paralítico; Juancho hace pucheritos al mirarlos, temeroso. Uno de ellos mira, otro oye, no podrían jugar aunque fuesen niños. Tal vez si los niños tuvieran una pelota y la pelota llegara hasta ellos, podrían tomarla y decir:

«—¡Allá va la pelota, muchachos!».

Pero ninguna pelota llega a sus pies.

—Quisiera verlos jugar, gritan sabroso —habla el ciego.

—Se hacen los que pelean contra tigres y piratas —explica el paralítico—. El Viejo los sigue.

Su muleta da golpes a una piedra, la piedra rueda hacia el cauce.

—Cuando yo corría por estos barrancos, hace años ya... ¡Si viera qué piernas tan machas tienen los de La Ciudad!

No se cansa de verlos andar y de insultarlos porque no se caen, porque no llevan muletas.

—¡Yo soy Zapata el Cojo! —grita a la ausencia de transeúntes, bravo contra la ausencia de ellos.

—¿Qué horas serán? —pregunta el ciego.

—El sol dice que las cinco, la sombra dice que las cinco. Vamos, algo podemos quitar a esos desgraciados de arriba.

Da otro muletazo al aire.

—Se acerca la revolución grande. ¡Agarro mi fusil, no importa que yo sea Zapata el Inválido!

Uno con la muleta, otro con su oscuridad embastonada suben a la ciudad a pedir limosna por el amor de Dios, por la rabia del hombre. Atrás se les va quedando el vocerío de la chiquillada que termina la batalla en La Cueva.

—¡Ganamos a los condenaos!

—Tigres del diablo —resuella El Viejo—, se comen los animalitos. Liquidé ciento veintiocho, por lo perdido.

—¿Vos cuántos liquidaste?

—Perdí la cuenta.

A la entrada de La Cueva comentan los descabros habidos. Con la muerte se familiarizan los pequeños, tan natural ella como el nacer entre las lulleras. Asonadas y refriegas les ha tocado desde su nacimiento, una revolución, cien apuñaleados, veinte acribillados por la policía. De crímenes hablan bajo los aleros, en las esquinas, sobre los camastros.

—Son bravos los hombres, los hombres matan.

El niño dobla una punta de la oreja de la cabra.

—¿Bravos?, ¡como el diablo! Yo estaba chiquito y me acuerdo. ¡Pum-pum-pum!, bala por aquí, bala por allá, ¡y qué truenos, Ave María! Martina no quiso correr, yo tampoco, tampoco Luicho. La cabra no había llegao, mi papá dijo: «—¡Arrincónesen que están tirando feo los desgraciaos!». Muchos soldaos estaban aquí y allá y tiraban y tiraban y yo y Martina estábamos junto a la ametralladora tiraos en el suelo cogiendo cartuchos que caían de las correas pa jugar en la loma. ¡Bla-bla-bla, tu-tu-tu-pa-pa-pa!, nos daba miedo pero salíamos al tiroteo. Luicho estaba contento oyendo tirar y pidió un rifle que después empeñó por diez pesos. A mí me dio veinte centavos pa las paletas y el algodón de azúcar. «—¡Arrincónesen,

mugrosos!», gritó mi papá con una escopeta en las manos llenas de humo. También disparaba y decía a cada tiro: «—¡Nos sacaron la rabia los malditos!». Todos los de Los Barrancos peliamos y más cuando cayó muerto Perucho mi amiguito que estaba cogiendo cartuchos vacíos conmigo y con Martina. Mi papá dijo una palabrota y Luicho también y también dijeron palabrotas los soldaos que estaban peliando con nosotros y el ciego se metió en unas piedras y el cojo hacía zumbas las muletas gritando: «—¡Cochinos, cochinos!». La bala le entró a Perucho por una oreja y le salió por el otro lao y decía la mamá y gritaba: «—¡Mi Peruchito mi Peruchín!», y se vino en medio de las balas y ¡taque!, también la mataron de cuatro tiros en la espalda. Entonces yo y Martina arrastramos a Perucho de los pies pa que no le dieran más balazos ya muerto, entonces mi papá dijo: «—Nada, nos jodieron», y siguió echando más bala a los del Batallón del Gobierno. A Perucho lo enterraron desnudo y a mí me dieron los calzones de él muy grandes y un gorrito de trapo con letreros de Coca-Cola. Le lavé la sangre y me lo puse después y no me gustaba ponérmelo porque fuimos muy amigos y yo y Perucho nos metíamos en los desagües cuando llovía y el gorro estaba roto a plumazos. Entonces empezó a llover y la sangre de Perucho se volvió pantanosa y no podíamos salir del rincón. Cuando mataron otro soldao mi papá dijo otra palabrota que yo no digo porque tenía rabia y dijo: «—¡Nos están jodiendo los putos!», y Luicho siguió disparando y mi papá también y gritaron porque se estaban emborrachando. Los soldados también y el cojo ¡zuáz!, quebró de rabia una muleta contra las piedras y unos estudiantes y hasta el bobo y el ciego y los piperos más arriba. Tu abuela bruja llamaba a los diablos y gritaba que el mundo se estaba acabando ya y nos dio miedo pero era mentira porque el mundo no se acabó y seguimos peliando dos días hasta que se acabaron las balas y la comida y los vivos también se acabaron y entonces los del Gobierno entraron y dieron culatazos hasta a los heridos que lloraban y se llevaron a mi papá, y Martina y Luicho se volaron y unos muertos se pudrieron en El Río con los gallinazos encima.

—¿Cómo es un muerto?

—Uno que se queda dormido sin respirar, dormido del todo sin respirar.

—¿Y no se ahoga?

—No importa porque ya está muerto.

—¿La muerte duele?

—Seguro que no porque los muertos no se quejan.

—Mi abuela dice que en la travesía se oyen quejidos de un difunto que espanta.

—Le dolerá el alma cuando se la queman en los peroles del infierno.

—¿Cómo es el alma?

—Será como un chicharrón pero no la fríen sino que la asan en la Paila Mocha. No se ve ni se come, el diablo atiza con un tenedor la candela.

—Yo me voy a ir p'al cielo a jugar muñecas con las angelitas y escondidijo con los angelitos y las angelitas si allá hay matojales en los barrancos. ¿Habrá barrancos en el cielo?

—Quién sabe, tal vez lulos maduros y tarros de avena bien pintaos y gallinas blancas que ponen huevos todos los días y cabritos sin ríos pa ahogarse.

—Debe ser bonito el cielo.

—Está muy arriba.

—Pero debe ser bonito.

—Debe ser.

Vaga noción del bien y del mal, de la vida y la muerte, de pecado y virtud. Una precocidad dolorosa anima su malicia: son las suyas casas de un solo cuarto, con el suelo por cama para la familia: algún abuelo, padres, hermanos grandes, chiquillos, forasteros arrimados. Pierden el pudor, actos y relaciones se manifiestan crudamente. Los niños aprenden del amor en bruto, de la procacidad, de los vicios. No los asusta la muerte, nada los asusta, ni siquiera la vida.

Dos perros amarillos corean el vocerío en ladridos al viento.

—Venga, perro —llama la niña—. Los perros huelen la muerte.

—Será que la muerte deja rastros.

—Ella se va viniendo en puntillitas, por traicionera; izque le cae a uno así despaciesito, ¡y zuáz!

—¿Y los espantos? Los perros laten en noches de luna oscura.

El perro amarillo ladra a la ausencia de la luna. Es de todos porque no tiene amo. A veces El Viejo, a veces el niño, o el padre, o la pequeña de las

muñecas de trapo, o el viento cuando forma remolinos de hojas y papeles en las encrucijadas, o del paralítico para que sirva de lazarillo gruñón al ciego. Tan de todos como los caños de las alcantarillas que desembocan en El Río, como las monedas y las cruces en invierno.

Cerca de La Cueva entierra huesos que trae de las canecas basureras. A solas roe uno y lo deja junto a alguna piedra, otro día vuelve por él hasta que se aburre. Juega con los niños o ambula en los alrededores, y al encontrar otra caneca de basura se mete en ella, escarba, alguien le tira piedras: entonces sale brincando sobre sus aullidos para continuar con otro hueso, dormitar a la sombra de un alero solitario o ladrar a los gallinazos que se olean sobre las piedras o en los atravesaños de un agucatal sin hojas.

—Los perros tienen ojos pa ver espantos y oyen cosas que nosotros no oímos, los perros me dan miedo.

—Me gustan los perros.

—¿Y los gatos?

—También los gatos.

—¿Y las cabras?

El niño recuesta su cabeza contra los ijares del animal, lo endulza con los ojos borrados.

—... Y los cabritos. Tenía lunares en la trompa mi cabrito.

Entonces recuerda aquella vez, cuando gritó a su padre: «—¡Papá, ya crio la cabra!». Había una colorada alegría en su voz y en su rostro, el hombre apenas lanzó un pujido y continuó arrastrando unos tablones hacia los desagües. «—¿Son pa mi establo esos tablones?» —volvió el niño, anudada su expresión a la respuesta. El hombre dijo por no desengañarlo: «—Pa el establo». El niño salió corriendo hacia donde la cabra lamía al recental para darle aquella noticia y decirle que con esos tablones se haría el establo.

—Pa vos y p'al cabrito.

Entonces recuerda también el cabrito ahogado en El Río, y se tiende sobre la huella caliente que deja la cabra en la hierba. La niña lo observa como si también recordara, toma su muñeca en las palmas acunadas de sus manos y remeda la expresión de su amigo:

—¿Le damos leche de cabra? Amalia va a tener un niño porque se puso barrigona. Si esta muñeca tuviera un muñequito... Pero está enferma como tu mamá y también tose de noche y le falta una pierna y un ojo y un brazo y la blusa.

—Entonces le falta una muñeca.

—Pero yo la quiero y Martina me va a dar tela de un corte nuevo pa hacerle un vestido. Amalia me ayuda, Amalia también quiere las muñecas. Yo quiero a Amalia tu hermana y a Martina y a Luicho y al Viejo y a mi muñeca, a mi abuela no la quiero. «—¡Muchacha traiga leña!». Me da miedo si se pone a gritar: «—¡No va a quedar ni uno!». Cuando sueño ella vuela en una escoba sobre Los Barrancos. De noche habla con los diablos y reza oraciones feotas y hace brujerías y maluquerías y quema ramas que huelen de lo más raro. Quiero es a mi muñeca y si tengo niños no voy a ser mala pa que no sueñen que soy bruja. ¿Cierto que las brujas no son buenas?

—A mí me gustaría volar.

—¿En una escoba?

—Mejor con alas. ¡Ras-ras, bluuuuuuúm!, y pararme en las nubes y coger granizos y arreboles.

OceanofPDF.com

Los Barrancos llegan a la ciudad en noticias para la crónica roja de los periódicos; en enfermos desahuciados para los hospitales; en cadáveres para los anfiteatros; en preparativos para las Legiones Evangélicas; en tema para la disposición caritativa de algunas señoras pudientes; en gargantas demagógicas en tiempo de elecciones; en pordioseros para las calles y los portones de iglesia; en la frase obsedante de la bruja:

—¡No va a quedar ni uno! ¡No va a quedar ni uno!

Y en seres sin futuro que buscan en las canecas desperdicios utilizables: trapos, frascos, rodajas de pan, periódicos. Caminan con la cabeza gacha por si un transeúnte ha perdido cosa de cualquier valor. Al azar viven su tiempo de vueltas y revueltas, vigilantes los ojos que saltan de bolsillo a bolsillo, de porche a sala, de cartera a cartera, de postigo a zócalo, de vitrina a vitrina.

—¿Le brillo el carro, señora?

—¿Le llevo el mercao, señora?

—¿Necesita mandadero?

—¿Hay pa mí algún oficio?

—¡Me echaron de la tierrita!

—Somos diez bocas, vea.

La ciudad es sorda a sus preguntas, anchas para su vagancia las calles estrechas.

—¡Compro frascos y papel periódico! —grita uno, su costal al hombro, de puerta en puerta—. ¡Frascos de todo color y todo tamaño! ¡Periódicos viejos, parrillas dañadas, ollas rotas, chapas y candaos! ¡Compro lo que sea, aprovechen!

Otros venden lo inservible al lado de lo cotidiano.

—¡Cuernos brillantes de novillo! ¡Garras de gavián pa sus niños!
¡Horquetas pa caucheras, pirinolas de cacho, imágenes milagrosas labradas
en raíz de naranjo! ¡Vendo cosas pa no robar!

La ciudad se llena de ellos. Mañana. Tarde. Noche. Compran y venden
cacharros, asaltan, hurtan, estafan, se esfuerzan por no morir
completamente. La zalamería, el insulto, la blasfemia. Dispuestos a matar
en una esquina, al acecho de montañeros ingenuos, de automóviles sin
vigilancia, de almacenes, de bolsillos transeúntes.

*En la finca de don José Raquel Restrepo desapareció un toro de raza. Encontrados
la cabeza y tres pezuñas en la orilla de El Río.*

Graznan en montón los gallinazos, pelean en revuelo corto. Varias
covachas tienen regocijada hartura.

—¡Ese Luicho es un fregao!

Nadie se pregunta a cómo venden la carne de res en las carnicerías, no
se puede comprar carne de res.

*Treinta y dos meses de prisión por el robo de un racimo de plátanos. Confirmada
la sentencia del Juez Primero Municipal.*

—¿Cuándo vuelve mi papá?

—...

—Mamá, yo quiero un plátano asao.

—Mamá, deme un plátano asao y mazamorra y frijoles, que tengo
mucho sed.

*De los establos del Country Club desaparecieron un caballo y una yegua de cría
famosos en el Hipódromo.*

Un niño pregunta hacia la tapia carcomida:

—¿Un caballo brincaría aquella tapia?

—A lo mejor.

—¿Será dañina la carne de caballo?

—A lo mejor será dañina.

Una vieja y una joven lavan ollas y platos desconchados. Seis gallinazos
pelean por un pedazo de piel y una cola de abundante crin. Dos perros
amarillos escarban en busca de huesos frescos.

—Pa el servicio del hombre hizo Dios los animales.

También la ciudad llega a Los Barrancos en el cauce de aguas negras, en la voz de sacerdotes que claman contra la inmoralidad, en politiqueos profesionales, en miembros de La Gran Cruzada Católica, en reporteros de prensa amarilla, en turistas que ven pintoresco el espectáculo de tantas covachas en equilibrio.

Ahora Los Barrancos han llegado al corazón de la ciudad en la estampa de Luicho.

«—¿No les dije que se volaba?».

Posee presencia de tarambana, producto del ambiente sucio de las afueras de una ciudad insomne. Sus audacias regocijan el odio de los barranqueños, es un desquite contra la ciudad, venganza de sus vidas anónimas. Cuando en la prensa ven la foto de Luicho, saben que tienen que tenerlos en cuenta, aunque sea para insultarlos.

—¿Qué dijo él hoy? —pregunta alguien.

—Dijo al Comandante: «—No pueden conmigo, me vuelo en cuarenta y ocho horas».

—Es mucho tigre pa esos brutos.

—No hay muros que le sirvan.

—Un jodido.

—El gran verraco, yo lo cargaba hace unos ahitos no más.

—¡Véanlo si aprendió!

El padre calla, contrariado. Se debe trabajar, aprender un oficio. No es oficio ir a la cárcel, fugarse, atracar.

Primero —dicen los contertulios— empezó robando gallinas en los temperaderos cercanos. A Los Barrancos iba los sábados con su desparpajo, soplabla marrulleramente unas plumas y las echaba a volar.

—¿Qué tal cinco gallinas pa esta noche?

Tenían su presa las recién paridas, los enfermos, los niños, el ciego, el paralítico, el idiota, la Bruja, El Viejo. Hasta para los borrachines comedores de grillos había una totumada de caldo. El perro amarillo y otros perros sin amo enterrarían huesos frescos.

—¡Condenao el Luicho! —decía alguien.

—¿Cuánto costaron los animalejos?

—Casi que la vida, hombre, ya no se puede robar tranquilamente. ¡No hay derecho!

Daba al aire un golpe con el envés de la mano, zumbón.

—¿Por qué esos ricos tan vigilantes se atraviesan en el camino del pobre? De escopetas y revólveres y mayordomos y guardianes y jardineros uno se defiende según la Virgen del Carmen le ayuda. Pero ¿y los perros? Suelos toda la noche, y uno horquetiao en lo alto de un guayacán.

Resoplaba con fingido aire de víctima.

—Es difícil ganarse la carne de cada sábado.

—¡Este Luicho!

—Ya verán cómo me las arreglo con los perros: en Los Barrancos siempre encuentro alguna perrita en calor y yo sé llevarla a donde hay gallinas gordas. El perro guardián ya no me huele a mí sino a la perrita, y mientras la enamora por un lao yo trabajo por el otro.

—¡Muchacho endiablao! —se alegraban al saborear el caldo y las presas.

—Entonces llevo al gallinero una cañabrava bien larga y con la punta empiezo a golpearles las patas suavcito, suavcito. Las gallinas de mi Dios se van pasando a la vara y de la vara a mis manos sin hacer bulla, y de las manos, ya despescuezadas, al costal, y del costal a mi espalda y de mi espalda al suelo y del suelo a la olla. Y aquí las tienen pagando su buena vida pasada.

Así empezó Luicho. Pero al tomar alas su afición, dejó las gallinas para entrar de carterista en la ciudad después de carcelazos de poca monta. Prostíbulos, cantinas peligrosas, conexiones subrepticias, reacción primaria frente a las injusticias, vanidad de lo inútilmente heroico, hasta graduarse en la prisión con uno de los más hábiles.

—¡Por bruto te metieron! —dijo el veterano ladrón cuando le tomó simpatía al joven—. Es vergonzoso que te dejés coger de cualquier señora en plena calle central.

—¡Quién lo pensara! —celebraba después Luicho—; la cárcel fue mi salvación. El maestro comenzó por enseñarme el arte de manejar el pulgar y el índice. Un año gasté aprendiendo a hundirlos en los bolsillos de los presos pa conseguir el diploma de la Hermandad.

Devuelve a un deslumbrado oyente un monedero barato, extraído mientras hablaba, sin que el dueño se diera cuenta. En las risas se pierden sus palabras:

—Escalamiento, ventosa, atraco, paquete chileno, maturranga, pesca milagrosa... Precisamente había que robarle el monedero al guardián armao, a eso nos obligaba aquel maestro en la guandoca.

Para los niños tenía trompos, yoyos, cometas. Un día los encontró jugando a fútbol, les detuvo una pelota de trapo.

—¡A ver, el guardameta! —desafió, listo a lanzarla.

—¡Chútela! —aceptó un negrito de gorro verde.

—¡Allá va!

Luicho le dio un puntapié.

—¡Gooooool! —exclamaron correteando.

—Les voy a traer un balón de cuero —anunció, ya de espaldas.

—¿Uno de verdá, así de inflao? —el de la cabra redondeó la boca, el negrito redondeó los ojos, todos miraron esféricamente.

—Inflao de verdá.

—¡Esoooo! —corearon—. ¿Con red?

—Con red, esperen y verán.

En la penumbra Martina se muerde los labios. Luicho para odiarlo y quererlo. Peleó en la Revolución a su lado, estaba chiquita cuando mataron a Perucho y a otros, cuando ya a Luicho lo mencionaba la prensa.

Cruza las manos y agarra los hombros en abrazo consigo misma y sonríe con movimientos de arrullo sensual. Para odiarlo, para tenerlo cerca, para oírlo hablar y moverse con cinismo.

—¡Ah, Luicho!

Un fin de mes ella se presentó hostigando a las mujeres y encelando a los hombres. Con todos danzaba incansable, extrañada de que no la invitara Luicho. Ya para terminar la fiesta, Luicho fue a ella y notó que se preparaba para recibirlo con goce e insolencia infantiles.

—Qui-hay, Martinica —saludó él, pasó de largo e invitó a bailar a una compañera de al lado. En un rincón de alma barriana, un diablillo se frotó las manos con guiño conspiratorio.

Cuando todos se despedían, ella le salió al encuentro.

—¿Acaso apesto? ¿Por qué no me sacaste a bailar?

—Cuando aprendás, Martinica.

Labró una varilla con su navaja de corvo pico, pulió las palabras.

—... cuando te volvás mujer.

—¡Si pa bailar soy la mejor!

Pero se calmó, retrocedió con desperezamiento felino, echó atrás los hombros para hacer patético el brío de los senos pequeños.

—Los hombres lo dicen... —tarareó con voz de carne deseosa, como al final de una canción de amor.

Luicho sonrió de reajo al busto de la muchacha y silbó su tonada habitual al despedirse. Martina empezó a saber lo que quería: odiar a Luicho. Ya no seguía a los buhoneros ni reclamaba las miradas de otros hombres.

—Se amansó el diablo —comentó una vieja.

—Cosa mala se avecina —corearon.

—¡Dios nos libre!

Martina no sacó la lengua, ni relumbraron en su boca las palabras soeces. En su refugio, arriba del cauce, alertaba su mirar.

—¡Maldito Luicho!

Ya no escuchaba a los barranqueños comentar hazañas del joven. Luicho para la muerte. Para ella, para odiarlo y quererlo y agotarlo. Celosa de las bocas que lo nombran, de la policía, de la cárcel que lo guarda, de las canciones que oye, de ella misma por odiarlo y quererlo. Se desvela en las noches de amarga personalidad: rumores de pisadas, voces a medio tono, maullar de gatos, jóvenes de vida sospechosa, raptos, incestos, estupros. Un grito, y el silencio más hondo que sale de él.

—¿Qué pasaría? —pregunta una voz desde el camastro rústico.

—¿Quién sabe? —malcontesta otra, y el traquido de las tablas con estera rima el silencio intermitente de las faldas.

—Treinta familias más llegaron de las montañas.

—En el campo no se puede vivir.

—Viene la Revolución.

—Que venga la Revolución.

Martina quiere oír hablar de Luicho y escuchar su extraño silbo por las callejuelas en claroscuro. Nada sucede sin él, Luicho es el día y la noche y la sangre, es el barranco, la vida, la espera. Es la lluvia, la queja, el sol. Luicho, ella misma.

Por eso empuña todos los objetos cuando los viejos hablan, antes de dormir, acerca de los deslizamientos o de la guerra civil que amenaza. Siempre en esos recuerdos hay espectros de difuntos cuyas voces llegan a sus oídos tamizadas por el viento. Y cuando alguien interrumpe: «—Salió otra foto de Luicho en *El Público*», ella sufre porque lo mientan los demás y porque ella lo calla a borbotones de expectante silencio.

«—Y linda la confiscada».

Es la de Martina una belleza vulgar, de actitudes contra su medio y contra los medios donde quisiera sobresalir. Sentido agitanado del amor, posesivo, implacable, exento de comprensión. Novelitas cursis, películas adocenadas, historias de amor sombrío oídas a otras mujeres, componen su remedo sentimental: un concepto barato de la angustia estremece su destino de mujer ineducada. La vida de cada cual, amplia en sus limitaciones. La de ella, la de Luicho, la de las largas esperas, la del propio ensueño en escenas imaginadas a su lado.

... Él silbaría con ese aire de conquistador sin esfuerzo, estarían a la vera de un río o en alguna casa misteriosa. Empezaría él por quitarse la bufanda a cuadros escandalosos y a sobarse el cabello engominado ante el espejo.

«—¿Qué mirás?».

«—Quisiera un biombo japonés. ¿No se llaman así, biombos?».

«—¿Te gustaría un biombo japonés?».

«—Yo no sé qué es un biombo, pero me gusta mucho la palabra».

«—Vení, Martinica, destendé la cama».

«—¿Y pa qué, pues?».

«—Voy a decirte un secreto».

«—No, vea que... No...».

«—Te quedan lindos esos calzoncitos con su dibujo, con su ribete...».

Arde ya en la boca su nombre, humedad dulceamorescente en la lengua, canción callada, eco en la memoria sin punto de contacto. Blando quejido,

silencio doloroso, cosa sin palabra, sensación sin voz. Ya asoma al labio pulposo y lo contrae y brisa y carne y aliento dicen con una voz primera:

—¡Ah, Luicho!

Tristes se mueven las hojas y el vuelo de los gallinazos es triste y del cielo cae la luz con apacible tristeza. Y al ver una nubecita debajo de una enorme nube, quiere llorar, como si lloviera.

—¡Ah, Luicho!

De pronto se alegra su pesar, le endulza la morena piel y llega dentro, afuera, al aire con brisa. Se almibaran los barrancos y parece que los perros no tienen hambre ni lloran por falta de leche los recién nacidos.

Humo blando en el sitio del corazón, lengua dócil en la piel atesada. Prensa las manos con las rodillas y deja que los ojos se humedezcan al sentir el humo grato en que se esfuma la sangre.

—¡Ah, Luicho!

Algo canta en los alrededores, se impregna de sí misma y sube hasta el ensueño primero.

OceanofPDF.com

Esto es soledad, no tener con quien hablar sino con el hijo que se lleva en el vientre. Amalia es eso: ella, un hijo futuro, una soledad que avanza noche a noche, ciego el horizonte para su contento.

Hace de comer al padre, a la madre, al hermano menor. Martina llega subrepticamente, mira con terror el hinchado vientre de su hermana y apenas conversa antes de regresar a ningún punto fijo. Cuando piensa en Luicho su vientre se retuerce y toda ella se odia, odia a los hijos posibles, al hambre que les espera, a los agrios silencios que se gestan allí donde el placer acaba y empieza la angustia de ser madre, la angustia de vivir dos vidas impotentes.

El amor para ella no desembocaba en la maternidad. Quiere su libertad, la agilidad de una cintura estrecha, la conquista de un ámbito para su cuerpo forzado para la danza loca. El Obelisco, en la ciudad, es el resorte de sus deseos.

«—Algún día, pues...».

Amalia, su hermana, está resignada a una maternidad dolorosa. Cuando termina su tarea, se tira en una banqueta para extender sobre el vientre las manos y sobre el bronco paisaje la mirada. El que nacerá sonrío en sus labios, le sonrío una estera, un biberón engastado en mal frasco, un cobertor de burda estameña, tres pañales que se asolearán en los bahareques. Hasta su humilde desgracia le sonrío con andrajosa infantilidad.

Solo del niño de la cabra, su hermano menor, no tiene miedo. Cuando él la ve, le propone:

—¿Jugamos, Amalia?

—No puedo ahora —dice agradecida de que note su figura. A él le agrada escuchar esos cantos aprendidos por Amalia en la ciudad y que ensaya a solas para el que habrá de oír todas las canciones de cuna.

*Pizingaña,
jugaremos a la araña.
—¿Con cuál mano?
—Con la cortada...*

O los cuentos del muchacho que se va por esos mundos detrás de la fortuna.

—Cuando yo esté grande tendré cuatro cabras con cuatro cabritos. ¿Seré rico, no?

Se sienta en una piedra y la mira. El padre se detiene cerca, a la espalda los canastos, en las manos, pala y azadón. Va a los desagües, de pesca. Los otros callan, la presencia del hombre es constante reproche. El niño lo intuye y empieza a silbar el silbo de un sinsonte. Solo cuando el padre desciende por la falda pregunta:

—¿Por qué tenés hinchado el estómago? ¿Te picaron los abejorros? Debe doler mucho.

—No duele.

Por lo menos, no en el vientre. Duele cuando nazca, cuando sea prolongación de la carne macerada. Duele en el pensamiento, al gestarse en la preocupación; duele en la desesperanza, en la cuna sin abrigo, en Los Barrancos sin escuela, en las calles sin trabajo, en vísperas eternas de una eterna revolución. Pero en el vientre es dulce, y Amalia llena su soledad en los rincones cuando, sin testigos, se acurruca en sí misma y dice:

—¿Jugamos hoy? ¿Jugamos, picarote?

La criatura lleva siete meses de vientre, en la misma posición del alma de ella. Amalia toca, algo dentro se mueve.

—¡Conque querés jugar con tu mamá!

Se sonroja al oírse nombrar con su voz pero alegra su tono canciondecunado.

—¡Juguetonote!

Las manos palpan amorosas para el movimiento del niño que retoza en juego con las manos de su madre. Ella ríe al que le falta en los brazos, en el seno, en la boca dibujada por gestos de arrullo. Su risa la asusta porque despierta el silencio de la covacha. Sobresaltada se lleva los dedos a los labios para acallar el diálogo con el hijo todavía completamente suyo.

¿Será esto soledad?: no tener con quien hablar sino con el que se lleva sin forma aún, excepto en las manos vacías.

Ella dialoga con el hijo por nacer, el niño de la cabra dialoga con el cabrito ahogado, El Viejo dialoga con los animales que se le murieron años antes. Piensan, a su manera, en el futuro: el de lo que murió, el de lo que ha de nacer a la hora señalada.

—Hace tiempo están enterraos sus animales, Viejo —le dice Amalia con voz escondida. El otro deja triste su expresión.

—Cada día van naciendo otra vez. Como le va a nacer el que tiene allí.

Él sonríe. Y ella, quedamente. El hermano acelera los párpados al preguntar, señalando el vientre:

—¿Allí tenés un niño?

—Allí, enterraíto —dice El Viejo. La palidez de Amalia trata de sonrojarse. En un principio el hermano pensó que la habían picado las avispas, o que había recibido un ma golpe, o...

—¡Vea, pues!

Da una vuelta en derredor de Amalia para buscarlo.

—¿Y no se ahoga?

Tuerce el cuello, mete en sus bolsillos las manos, temple la tela, vuelve a mirar.

—¿Y quién le da leche?

El asombro se hace reflexivo. Otro para los caños de los desagües, para ir tras la cabra y buscar tigres en las covachas y hacer de piratas en los desfiladeros.

—Cuando te salga lo cojo de la mano y le doy esta teta de mi cabra pa que chupe y no lllore de hambre. Luicho nos va a traer un balón, entonces también puede jugar al balón. Voy a tener cuatro cabras con cuatro cabritos. Vamos a ser ricos, ¿no?

A través del niño y del viejo, Amalia ve buenas a las gentes. Ellos no tienen el ceño fruncido de las comadres que la miran como si desinfectaran. Ellos no cuchichean de reojo ni preguntan quién es el padre ni la acusan ni le hacen un vacío de hoscós silencios. El niño apenas dice agradablemente intrigado:

—Si no duele, ¿por qué se hincha?

Y sin necesidad de respuesta:

—Mejor que sea hombre.

Hombre o mujer, duele igual después de que nazca, al crecer en Los Barrancos sin cabra o con ella. Aislante del mundo, distancia entre su amor y su desolación.

La vida de cada cual, los instantes que no se olvidan, palabras y rostros y manos que mellaron el corazón. Amalia lo recuerda como si hubiera sido un sueño que se volvió pesadilla.

... La miraba un poco agresivamente y le pedía el desayuno, allá en la casa de la ciudad, cuando servía al doctor Arenas y a doña Josefina. Blanco el muchacho, sabía poner ojos inocentes. Se hallaba él entonces en exámenes, tenía miedo de perder una materia. Cuando lo sorprendía el alba sobre los libros, iba por café a la cocina. Amalia lo oía pasar, desvelada. Una noche, sola en su cuarto, a oscuras, se desnudó completamente y tuvo ganas de llorar ante la sensación fosforescente de su piel. Temblorosa oía susurrar al muchacho afuera, contra un libro.

—Niño Gilberto, en el termo le dejo el café —dijo a la otra noche antes de acostarse.

—Gracias, Amalia.

La turbación de ella lo animó, su propia turbación lo contuvo.

—Anoche iba a llamarla para que me lo hirviera. Iba a llamarla...

Ella se ruborizó más, agachó la cabeza y entró en su cuarto cerrando tras de sí la puerta. Entonces no volvió a oír el susurro del estudiante sino pasos que merodeaban. Ya no se desnudó sino que se cubrió toda en el catre, su miedo a la expectativa.

—¡Dios mío! —dice ahora con leve arrebol en la palidez y combando en el vientre sus manos. Así dijo la otra noche cuando el estudiante fue abriendo la puerta en la oscuridad.

«—Amalia, Amalia» —temblaba la voz. Ella empuñó el canto de la cobija mientras él se le arrimaba susurrando su nombre. Las manos inexpertas del estudiante se llenaron de sus senos duros...

Amalia lo recuerda, lo recuerdan sus rodillas juntas, el cuello tenso, los brazos inflexibles, los párpados que aprietan la imagen de la noche menguada. Respiración acezante, rechazos gemidos, y la entrega con

lágrimas de amor o de ira. Fue dulce, a pesar de todo, y hace daño en el recuerdo. Era su propia historia pero la vivió como si se la hubieran contado y no podía creerla totalmente, se la contaron con exageraciones y mentiras y tergiversaciones. Su propia historia era demasiado ajena, otros se la habían vivido. La vida de cada cual, la suya, los momentos que no se borran sobre un pasado borrado definitivamente.

Tiene ahora también una actitud maternal para la evocación. No protesta contra el vientre fértil, es apacible su posición ante los deslizaderos, sus manos acariciando la breve forma del pequeño por nacer, el ala de su sexo tranquilo. Y vuelve a ser blando su palpar.

—Aquí estás acurrucaíto, menos mal que no sentís frío ni hambre.

Atrás quedó la ciudad, al extranjero enviaron al hijo mayor de los Arenas.

«—Mal hecho, mal hecho» —refunfuñó María la dentrodera meneando su cabeza gris. Le había tomado cariño a esta joven de Los Barrancos desde que una Servidora Social la llevara a la mansión de los Arenas. Era tímida, de buena índole y tenía unas viejas hambres.

«—Son buenas almas doña Josefina y el doctor Salomón —le dijo—. Los niños no dan mayor trabajo...».

Hermosa doña Josefina, puesto en orden el doctor. Algo le pagaban a fin de mes para su padre, para su madre enferma. Hasta le regalaron una pelota pinchada que dio al regocijo de su hermano menor, el dueño de la cabra.

Recuerdos pequeños, sin pretensiones. La ciudad, los Arenas, el niño Gilberto, María, quedaron atrás. Aquí está el hijo, bajo el olán curtido, bajo la piel templada, entre sus carnes. Quien lo sembró nunca sabrá nada. Lo sabe ella, y su conocimiento se acuna en el monólogo:

—¿Ya querés jugar, picarón, eh? ¿Estás muy desocupado, pues?

La abuela bruja, cuando sin querer comprueba la situación de Amalia, cambia un insulto contra la nieta por la imprecación:

—¡No va a quedar ni uno!

Agarra su bordón brotado de nudos y sube las callejuelas.

—¡Arda la ciudá por las cuatro puntas, no va a quedar uno solo!

Se plantará más tarde frente a la casa del doctor Arenas y repetirá una y siete veces:

—¡El demonio les vomite lava!

También hace daño a pesar de todo en la mirada seca del padre, en la otra mirada que pide ayuda. Duro y rabioso, pero afecto a su manera el que existe entre ellos dos. Él se sienta, y cuando ella le tiende la comida quisiera decirle:

—Está buena la comida.

Pero callan los labios al bronco afecto paternal, quizá ya le ha perdonado. Al acabar siente deseos de entregar el plato vacío y decirle cualquier cosa que entable relación, pero deja a un lado el trasto y nada dice. Las palabras alejan más a las personas, los silencios amargos también. Y la miseria cuando la vergüenza la acompaña.

A veces quisiera sugerir:

—Me gustaría el nombre de Gustavo pa el niño, si nace niño.

Nada sugiere, ninguna comunicación con la hija después de la hora cobarde. No quiere verla. Es algo demasiado suyo, roto definitivamente. Eso también ha dejado en mal rastro la ciudad: un vientre hinchado para su hija y cuyo peso la acabó de arrastrar a lo más hondo de los suburbios, con la hosquedad suya, con la claridad del niño de la cabra, con el callar enfermo de la mujer, con el pregón de la Bruja, con el viento en rachas fastidiosas. Sin embargo, podría decir:

—El niño cabe en uno de estos rincones.

Tampoco lo dice, en el vientre de su hija odia a la ciudad, a los ojos acusadores, a los estudiantes que dejan semillas bajo unas faldas de olán. Aun así quisiera comentarle:

—Volverán Los Agentes, vienen a echarnos.

Con palabras podría compartirse la desgracia, ahuyentar la ira que ha traído el invierno y que destila, sórdida, la ciudad. Pero las palabras se niegan a salir, se hacen apretujamiento en el barrancal de grises totales, en las nubes que se retuercen como si tuvieran que parir el sol: se le antojan movimientos prenatales de una monstruosa criatura.

Y en Amalia también se asfixia lo que pudo haber dicho:

«—Padre, hay rincones pa nosotros, va a mejorar un día todo...».

Sería vano diluir la realidad, poner vaguedades a una urgencia de moverse para el desahogo. Entonces las retinas buscan al azar, dentro de

ellos mismos, puntos lejanos, sin contacto, borrados por una inmensa clausura.

OceanofPDF.com

Desde niña, Martina era vivaracha y sus ojos braveaban al acecho de formas. Los jóvenes la seguían porque les enseñaba caminos prohibidos en su propia sangre y les alborotaba la curiosidad de conocer nuevos misterios.

Ella buscaba algo suyo por todas partes, algo como regado en el deseo de los demás. Jugaba con lo peligroso —alacranes, torrenteras, muchachos de suburbio, serpientes venenosas— y se enorgullecía de su valor, del temor que infundía, hasta de su procedencia aunque la odiara.

«—Más adentro, en la ciudad...».

Caminaba días enteros en busca de su voz, en busca de los rastros del hombre. Le agradaba asomarse a los depósitos del Ferrocarril, las bodegas de víveres, los pasadizos en las plazas de mercado y estremecerse con esa revoltura de olores: yerbas aromáticas, granos y sudor, panela y verduras, carne y pescado, piñas y guayabas y cocos y sandías y bananos y panes calientes y curubas.

—¡Volvé dentro de dos años y preguntá por mí! —reían los hombres sudorosos que trabajaban desnudos de la cintura para arriba. Martina seguía su merodeo canturreando disimuladamente, o insultándolos por el goce de las crudas respuestas.

Cimbreaba cuando veía besarse a las parejas de enamorados o cuando se tiraba uno sobre otro y jadeaban en los rincones o en automóviles o en el descanso de la loma. Después llamaba a uno de sus compañeros de juego y lo hacía desnudarse, también ella se desnudaba pero sentía ira por no saber qué hacer con su piel quemada en el clima de Los Barrancos.

—Va a ser una perdida —sentenciaban las viejas cinco años atrás, persignándose.

—Siempre en malas compañías —coreaban otras.

—Es loca de su cuerpo —aprobaban las más.

—Se la van a llevar todos los diablos.

—¡Madre de las Misericordias!

Martina les sacaba la lengua y estrenaba reniegos aprendidos en sus incursiones por el vecindario de mendigos, pícaros, vagabundos. Con su madre se peleaba, y con su padre.

—¡Desvergonzada! —le dijo este, vislumbrando toda la vida de la joven en un minuto. Ira, impotencia, dolor del hombre frente a su hija. Ella se le encaró:

—¿Y qué me da usted? ¿Esto? ¿Esto? —y rasgó su falda de zaraza.

—¡Soy tu padre aunque no querás, perdida! —replicó él y de un golpe le quebró la voz, para contemplar la palma de la mano a la altura del pecho y desviar hacia ninguna parte una mirada sin odio. El viento arrastró la tira de zaraza callejón abajo.

Martina salió corriendo y empezó a faltar de la covacha. Y a descubrir la ciudad y detenerse en las vitrinas de telas llameantes, gustar las figuras en las tiendas, el millón de artículos chillones en bazares y cacharrerías. Esperaba a la entrada de los teatros en funciones de gala para sentir las pieles y las joyas y los perfumes. Cuando regresaba a Los Barrancos, en sus ojos parecía brillar el multicolor del neón en los avisos nocturnos. Solo su hermano menor la invitaba a jugar; endulzaba su expresión, ella lo seguía. A veces se juntaban con El Viejo y le oían sus historias de fantasmas y animales en el cauce y en la cordillera lejana.

Al crecer, Martina aprendió a odiar. Y a desear aquello que no estaba cerca, todavía impreciso. Hasta que una tarde, bañándose en una corriente lejos de la ciudad, descubrió que empezaba a ser mujer: palpó todo ese cuerpo, cerró los ojos y estalló en un grito de alegría. No supo hasta qué punto amó aquella vez todas las cosas: los árboles erectos, las frutas, el vellón de las nubes, la sangre del sol tras la cordillera, el murmurio del agua, el canto del pico de los pájaros en sus dos pezones oscuros. Amó su piel, sus poros, su cabello, el ardor de su mirada, las palabras calladas en sus labios, el roce del viento en el rostro. Y con esas corrientes de amor en la ingle y en el anca y en los muslos y los senos, una agradablemente triste sensación de tener las manos vacías.

Hojeaba revistas y periódicos atrasados donde veía desfiles de mujeres elegantes, desear lo que no podía tener era ya signo de refinamiento. A veces, frente al espejo ajeno, se imaginaba en alfombras de alta sociedad, en canapés de seda, y sonreía, y guardaba un silencio decente, porque en callar las habituales palabrotas consistía la decencia: pulir los pensamientos o recortarlos al pasar por la boca; aburrirse tal vez cuando era oportuno reír con toda gana. Ella se creía bonita, y la coquetería prematura le insinuaba los caminos de la ciudad. Alegre de ser hembra, se contemplaba el busto como si fuera en el mundo la única mujer con senos y sexo recién despiertos a la vida.

Busca por todas partes sin saber qué busca. Asiste al lugar donde se reúnen los hombres, los olfatea, imagina la presencia de Luicho —el cigarrillo en la boca, en los tacos la tiza, la punta contra las bolas—; ruido de choques, humo, rechazo de bandas, olor a cerveza y anís entre el marfil carambolero...

Ignorar qué desea le da audacia irresponsable. Aunque los jóvenes asedian, la temen porque es ágil y clava las uñas insultando y gimiendo. Cuando vuelve al día siguiente, dice:

—¡Por meterte conmigo, buchón!

Y ríe más, y trunca su risa, y ríe de nuevo.

Solo una vez se atrevió a seguir a un turco vendedor ambulante de telas. Desde que vio el muestrario coloreado, las manos palparon sedas imaginarias.

—Gombra barato la niña, badre te dará telas bara tu bonita figura.

Martina se ciñó las telas y dio dos o tres vueltas impacientes.

—No puedo, paisano, son muy caras... —le sonrió de arriba abajo.

—Yo te daría la muselina si...

—¿Si qué, Baisano? —se burló ella atravesándose una banda del corte sobre el pecho adolescente.

—¿No hay modo de regresarme por otro camino?

—Sí, Míster, por aquel desecho.

—¿Me lo enseñás, bonita?

Ella lo miró, miró la seda, indecisa. Sentía que de pronto encontraría algo importante en su vida, algo que saltaría ante ella como un tigre.

—¿Cuánto vale el corte?

—Un beso, niña bonita.

—¿Un peso? —sonriserió ella. O un beso. No sabía besar, y su miedo era del tamaño de su afán, su miedo era igual al corte.

—¿No puede ir solo? —dijo ella al adelantar por el camino señalado. Él atisbó receloso los alrededores, guardaban mala fama esos barrancos: allí se formaban carteristas, embaucadores, asesinos, contrabandistas de licor; de allí era un tal Luicho, la prensa lo recalaba.

—¿Me tiene miedo, Míster? —se burlaba ella, e indicó—: Siga derecho. Si no se desnucan ni se ahoga en El Río, puede salir al otro lao.

—Llévame por el camino, bonita —insistió la malicia del turco.

—¡Será ciego, pues! —gustó ella la tela.

—¿Querés un corte?, llévame hasta esa barranca, allá lo escogemos.

Con temor sonreído Martina lo siguió; saberse atractiva le dio seguridad. Miró de frente, menos con los ojos que con los senos: estaba alegre de sentirlos retozar en el pecho, intocados aún por mano de hombre. Eran suyos sus senos, de Martina la eludida de Los Barrancos, trepadora de ellos hacia los barrios alebrestados de la ciudad.

Algún día —piensa— la ciudad será suya. De su familia quiere al niño de la cabra: con el alma de su edad, la mirada clara, la inocencia vivaz con puntos de precoz amargura. Tiene lástima de su madre, pero no la quiere: una enfermedad incurable llega a producir hastío, desesperanza, horror, nunca ternura. A su padre no lo respeta, lo culpa de sus caminos cerrados. Amalia su hermana, tal vez, y su bondad callada, pero Martina repudia la maternidad. En todos odia el ambiente que viven, de remiendos por dentro y por fuera.

En su mejilla la tela dejaba una sabrosa sensación de fuga. Sus pasos indicaban el camino.

—¿Querés ver lo que tengo en la maleta? —preguntó el buhonero al verla distante—. Abstaría a que nunca has tenido unas bantaleticas como estas, tocándolas bodés ver.

—¡Jum, quién sabe! —contestó la angurria de Martina.

—Es tuyo el corte, es tuya la bantaletica si...

—¿Si qué?

—Si, bueno, es tuyo si...

—¿Si qué, Míster?

—Si te la dejás boner, ¿eh? ¿Qué decís, niña bonita?

—¡Bu!, ¿quién cree que soy, pues?

—Una breciosa mujercita.

—Hasta mejores habré tenido.

Sería feliz tactando su ribete, sintiéndolas apretadas en la cintura y en el nacimiento de los muslos. Como quien no se da cuenta, se las dejaría ver de algunos barranqueños, subiría a un árbol a cuyo pie cruzara Luicho, levantaría la falda al pasar por los depósitos del ferrocarril. Las doblaría bajo su dura almohada de lana de balso, con ellas nacería Martina la mujer.

Pero tuvo miedo cuando él la apresó entre sus brazos peludos. Ella le mordió una mano, le arañó el rostro y la espalda y salió corriendo con el corte y los calzoncitos consigo. El buhonero gritaba pero ella no se detuvo hasta que apareció Luicho en su camino.

—¿Qué te pasa? —preguntó él cortando su habitual silbido. Martina se le quedó viendo en mitad del susto: el pelo crespo de corte bajo, largas patillas, camisa ceñida a la quemada piel, zigzagueante la mirada, rápido el gesto, la pinta de quien se imagina señalado por todos los ojos, deseado en todos los prostíbulos: eso era para ella un macho, lo demás, músculo inútil.

—¿Qué te pasa, Martinica?

Luicho sonreía a las balas, silbaba a la muerte. Hablaba, pero tras de la palabra vibraba el acto, en la buena y en la mala. Entonces sintió que él era el hombre definitivo, que se plantaba y hablaba como debía plantarse y hablar su hombre, que olía a hombre, que tenía que ser su hombre, irremediablemente.

El buhonero empezó a caminar con paso y rostro sigilosos. Martina respondió al fin, azezante todavía, abriendo los ojos como si se desnudara:

—Aquel viejo que quería de mí quién sabe qué.

El muchacho se adelantó blandiendo un desafiante silbar y una corva navaja hacia el vendedor. Este huyó, revuelta su mercancía entre la maleta, por el camino que Martina le señalara.

Un viento callejero se mete en los camellones bordeados por chozas tristes. El perro, de un feo color amarillo, brinca tras las tiras de papel y las pajas que el viento lleva en remolino. Una niña de traje roto mece en un rincón su muñeca de trapo. Los pies descalzos en la tierra pelada, los ojos llenos de su fantoche, la cara sucia, las manos flacas, blandas para el arrullo.

—Te voy a hacer un vestido de seda y unos calzoncitos verdes y te voy a poner una pava y unos zapaticos de cristal y unas naguas rojas. Quiero que te pongás cosas bonitas, muñeca. Ahora tengo este remiendo de zaraza. Ahora te vas a comer un lulo maduro y un gajo de moras, y te unto la boca con leche de cabra.

Sin que nadie la oiga, Amalia tararea una canción de cuna. Sobre los muslos quietos remienda unos pantalones de hombre, sobre los pantalones aquieta las manos, aquieta la aguja y el hilo.

Bajo el destejado alero una mujer da de mamar a su hijo, quieta la mirada en la hambrienta desnudez. Sus ojos abstraídos no ven las cosas: ni al perro, ni a la niña, ni las briznas de paja en el viento. Amalia tampoco ve. Tampoco oye. Piensa en la mujer que amamanta al hijo. Se piensa ella misma amamantando al hijo que vendrá. Sonríe al imaginar que el niño le ha hecho cosquillas.

—¡Qué hubo de la leña, muchacha! —se oye la voz de la Bruja tras un tapial cariado, con bardas. La niña sigue hablando a su muñeca de trapo.

—¡Ya voy con las chamizas! —contesta sin apartar los ojos del esperpento.

Un gamín atisba a la mujer, atisba al pequeñuelo aferrado al pezón. Se acerca y propone, tocando un seno con la miedosa punta del índice:

—¿De allí sale mucha leche? —dice. La mirada sube lechosa del pecho al rostro, baja del rostro al pecho.

—Yo quiero chupar.

—¡Estése quieto! —regaña la mujer. Amalia observa la escena. Hilo, aguja y manos se inmovilizan, el corazón tiene brincos infantiles.

El perro ladra contra los duendes del aire que echan a volar papeles, hojas, briznas de paja. Voces de vieja se mezclan al ladrido del perro. Olor de cosas pobres, rumor de viento en las puertas de leña cruzada, silencios en la lejanía. Entre los brazos de la niña duerme la sucia muñeca. Y por un recodo que ya se hace camino a la ciudad, va despertando cosas el viento callejero.

—¡Las chamizas, muchacha! —grita otra vez la Bruja con fondo de ladrido. La niña descarga su fantoche, lo tapa con una hoja, le soba el vientre de paja y le sonrío mientras camina en dirección del grito, su cabeza hacia la cama improvisada que rechina su malhumor al paso de la pequeñuela. Dentro se vuelve a oír la voz que regaña y el silencio infantil que contesta.

Tres veces revienta el hilo de la aguja en los dedos de Amalia. El viento juega con el perro amarillo por la calleja que se vuelve camino a Los Barrancos.

Otros rapaces se unen al que mira mamar. La madre los espanta con chasquear de sus dedos.

—Vayan a coger moras. Vayan a coger lulos.

Pero ellos no dejan de mirar los pechos y aborrecen la criatura que empieza a mamujar. No se mueven. Una precoz agresividad en la fijeza del corrillo desparrama los ojos de la madre.

—¡Váyasen!

Amalia vive el drama, su hijo por nacer se aferra más al alma tensa, como a un seno. Manotea su desesperación.

Crece la inmovilidad en el grupo, blanqueados los ojos, desgorrada la expresión. Algo feroz brilla en aquellos rostros hechos fatiga de siglos, cardos de Los Barrancos hostiles para la bondad.

—Queremos chupar de allí... —dice el mayorcito, honda en mano. La madre instintivamente arropa con sus brazos el seno y al niño. Son veinte los ojos clavados, veinte las manos que maltratarían a su hijo para arrebatarse la ubre de leche avara.

Amalia acalla un grito en la cuenca de sus manos, ávidos los tendones de su cuello.

—¡Dios santo! —dice la madre, retrocediendo. Los niños la siguen, con hambre. No oyen la voz del Viejo que con un garrote ahuyenta un gigantesco tigre que viene a comerse una vaca, un mulo, un ternero de lomo requemado.

—Uchi, uchi, tigre del demonio, jartá fieras de monte, no animalitos mansos. Mis animalitos que vienen a verme desde la montaña.

Da garrotazos contra el viento.

—Evaporate, dejá en paz a mis animalitos, tigrón.

Ya se acerca al corrillo por la calleja desigual, de piedras que ruedan según los pies que tropiezan.

Los músculos de Amalia se relajan. Afloja en su ánimo la pesadilla. Se humedecen de pena los ojos.

—Lejos, fieras montaraces —dice el otro blandiendo su garrote. Él los aleja. La madre dice con agradecido espanto:

—¡Son fieras de selva!

Tirando de su barba hirsuta El Viejo mira con fijeza a la mujer. Ella vuelve a estremecerse, los brazos defensivos en presión contra el pequeñuelo adormilado. El Viejo la sigue con ojos suplicantes.

—Déjeme a mí, vea...

—¡Dios santo! —exclama la mujer y echa a correr por la callejuela.

—¡Cielos! —solloza Amalia. Los párpados se oprimen, lleva al vientre y a los senos el temblor de sus manos, el rostro gime una desgarrada contorsión.

A su hijo algún día tratarán de quitarle su leche, mirarán angurriosos las ubres cuando amamante. ¿Con los años será el suyo uno de la pandilla? Nunca más dormirá reposada, desde las entrañas se sobresaltará la forma de su desvelo.

«—Quiero chupar de allí, vea...».

Oye la frase cruel en boca de mil niños hambrientos. Los Barrancos se llenan de voces que repiten la misma agresión. Se retuerce en el vientre la carne de su amargura.

—Quiero chupar no más un poco, vea... —insiste El Viejo a la fuga de la madre, y reemprende camino moviendo la cabeza, la lengua contra los labios resecos.

—Mi vaquita, buena leche que daba. No ha vuelto, ni el jumento, ni el crío de lomo pintao. La leche de mi vaca, allá, en la cordillera.

Y continúa trepando, sus bastonazos cada vez más débiles al rastro del tigre que rasguña la imaginación.

Las manchas amarillas en el rostro de Amalia resaltan sobre su palidez. En convulsiones de náuseas entra en la covacha y se tira al camastro, bocabajo, sollozando la soledad sin comunicación posible.

Llega El Viejo a donde jugaba la niña, levanta la hoja y descubre la muñeca de trapo. Es amigo de su dueña, y con el niño de la cabra ha planeado juegos de duendes y piratas en las cuevas.

—¿Es tu comida, muñecota? —habla al manojito de trapo y toma el lulo maduro—. Está de comer, rojo de puro amarillo. ¿Me lo prestás, muñeca? Te lo devuelvo cuando baje a la cañada por esos rodaderos.

Mete en su bolsillo el lulo y llega a la puerta rechinante. Con la punta de su vara toca mientras introduce su cabeza por entre las astillas desclavadas, escudriñando.

—¿Habrà comida pa El Viejo? —pregunta.

Lo asusta la falta de respuesta. ¿No habrá comida para su hambre? Saca la cabeza y pega su mirada torpe en las hojas arrastradas por el viento, en las piedras que fijan los techos de lata. El silencio de la casucha lo aturde. Siempre han contestado: «Entre, Viejo, coma estas sobras». ¿No habrá sobras hoy? Claro, hay más casas en Los Barrancos, pero aquí vive la niña y a él le gusta verla jugar con su muñeca de viruta y ayudarle a buscar moras de la falda y a remendar la pierna de cartón cuando vuelve a zafársele. Nadie extraña su presencia inofensiva, tan de Los Barrancos como el cauce de aguas negras o las estacas en que se sostienen esas covachas para que no rueden al abismo. O como la cabra que perdió su crío entre la corriente.

Al fin se oye la voz de la Bruja:

—Tenga, Viejo.

Revuelve la cazuela con una cuchara de palo, vacía en el tarro las sobras.

—Poquitas de verdá...

El Viejo fuerza el portón, rechinan los goznes rotos. La abuela reniega mientras entrega las migajas:

—¡Con hambre todos! ¡Ya viene La Revolución y no va a quedar ni uno! ¡Que arda por las cuatro puntas la ciudad maldita!

La calleja ha quedado vacía del viento, del perro, del Viejo, de la mujer, de Amalia, de los niños. Los cuchitriles se deslíen en el anochecer. El viento barrió los retazos de luz adheridos a las casas, y estas se van manchando de noche, se van manchando de pegajosa soledad.

—Vienen las lluvias —dicen tras de una tapia.

—Y fuertes —contestan. Dos brazos asoman sobre un muro para descolgar harapos.

El niño de la cabra sube por el faldón, una mano al lazo que lleva el animal, la vista en el perro que ladra a hojas y papeles en remolino.

—¿Sabés? —dice la niña de la muñeca de trapo—; un duende me robó el lulo de mi muñeca, los brujos y los duendes son malos.

—Mi papá dice que no hay duendes.

—Y si hay diablo, ¿por qué no va a haber duendes?

Hace pucheros de enojo al repetir:

—Me robaron el lulo mientras fui a llevar un tercio de chamizas. Tal vez sería una culebra.

—Esta jaula es pa que duerma la culebra amarilla.

—¿Las culebras cantan?

—Con un silbo largo y delgaíto, hasta ponen huevos.

—Pero pican con veneno y matan.

—Me gustan las culebras, tal vez no coman lulos, todos los animales me gustan. Anoche soñé que una culebra coral iba por El Río.

Callan con silencio serpenteante, sus voces lo ciegan:

—Dizque toman leche.

—Pero no maman de la teta porque no les nacieron tetas, ninguna culebra mama, tienen colmillos y ponen huevos y no tienen tetas. Me

gustan los huevos de gallina pero son pa mi mamá enferma de toses. Los huevos blancos de las gallinas ponenderas...

Pasa por los labios la lengua. En las horquetas del aguacatal abren sus alas dos gallinazos. De la ciudad llega un ruido de tambores difuminado en el silbo del pífano del Afilador, en el martilleo contra un yunque, en el rodar de un carro de bestia.

—¿Los estás oyendo?, fue que vino el circo. Me va a dar su pífano el Afilador. Luicho y Martina me van a llevar al Circo.

Y al ver la cara de asombro alegre de la niña:

—Si pescamos yo y mi papá bastantes anillos, te llevamos.

—¡Eso sí es dicha!, son bellos los payasos. Si mi abuela me deja voy a verlos pasar por la calle pero ella solo dice:

«—¡Muchacha, las chamizas! ¡Apurate mugrosa con las chamizas! ¡No va a quedar ni uno solo dentro de la ciudad!». Yo no quiero a mi abuela porque es bruja. Yo quiero a Amalia y a Martina, yo quiero al Viejo. Yo quiero ir al circo. Yo quiero a Luicho.

—Luicho nos va a traer un balón de verdá pa jugar. ¡Un balón que se infla, toditico de cuero!

De la covacha la voz de la abuela sale enredada en el retumbar de los lejanos tambores:

—¿Qué pasa, mugrosa?, ¡ya se apagó el fogón!

—¿Oís? —vuelve la nieta—; cuando ella se muera no voy a llorar. Ojalá pesquen anillos de oro, es lindo el circo... —y sale para la casucha hablando a su muñeca de trapo.

*—Luna llena,
¡estoy de fiebres!
¡Luunaaa lleeenaaaa!*

—se escucha el alarido en gárgaras del idiota.

—Calor pa los muertos, calor pa los vivos que se mueren. ¡Luuunaaa lleeenaaaa!

El ladrido. La tapia. Las manos. Las voces. El percal de la niña. La calle. El viento. De todo se llena el pequeño como de leche se llena la ubre de su cabra.

—¡Allá está el de la cabrita! —azusa uno de la pandilla. Él hace señas alegres con los brazos pero frena su contento por la agresividad del grupo. Entonces apura:

—Vamos, te voy a ordeñar en la casa.

—¡Hey! —grita el que manda la pandilla—, ¡queremos leche!

—Es pa mi mamá enferma de toses —contesta él sin detenerse.

—Tenemos hambre —arguyen—. La ubre se vuelve a llenar.

—Apenas da una uñitica, es pa la tos de mi mamá.

—La ubre se llena otra vez —alega el jefe de la pandilla. El niño dice con ánimo de seguir camino:

—Vámonos, Cabra.

Le caen veinte manos encima, forcejea inútilmente mientras ordeñan. Gotas de sangre salen de la nariz para humedecer el sollozo. Los ojos se fijan en la destruida jaula de grillos. Cuando los otros se retiran, él se levanta, amarga la serenidad en sus palabras:

—Arriba, Cabra, ya es tarde.

OceanofPDF.com

Arriba, contra el cielo gris, se destaca la figura del padre: alta, flaca, impresionante. El sombrero de paja mancha de sombra el rostro y la camisa remendada. El hombre —lo sabe el niño— ha estado huraño desde la víspera, cuando llegaron de la ciudad unos agentes. Alegó, protestó, rabió hasta media noche. Después se juntaron muchas familias del barranco. Los niños jugaban ajenos a la preocupación de los mayores.

—No podemos defendernos —había dicho el padre.

—¡Diablos! —comentaron otros echando atrás los sombreros raídos—. ¡Maldita la ciudad!

—Es el último anuncio dijeron los agentes porque ayer vencía el plazo. Estos barrancos no tenían dueños, los ocupamos años atrás y a nadie hacemos daño con los ranchos, con la cabra. Las aguas negras nos pertenecen, de nadie era El Río.

Nubarrones oscuros acechan desde el cielo, a poca altura. Pronto el aguacero aporreará la paja y el zinc de las covachas, ablandará la tierra para los deslizamientos.

—Cabra, vea el tren —dice su hijo menor. El animal estira su trompa a la locomotora que brama sobre los barrancos, y sigue al niño y a la voz.

—No se asuste, el tren no hace daño.

El terreno vibra al paso del tren mixto, los pequeños gritan a los pasajeros que asoman por las ventanillas.

—¡Qué animalón! —exclama El Viejo señalando con su sombrero la locomotora—. ¡Feo brama!

Su bordón en alto amenaza los hierros chirreantes.

—¿Por qué te comés las vaquitas?, más de mil llevás en tu buche. ¡Lejos de aquí, animalón!

Algunos pasajeros tiran cáscaras y papeles que la cabra comerá más tarde.

—Allá están otra vez los de *El Público* —dice el niño—. Uno pregunta y escribe y el otro nos retrata y nos da los bombillitos.

Rodean a los de la ciudad. El Viejo dice:

—¡No quiero ser locomotora, que no!

—Hoy salieron muchas fotografías en *El Público*, y letras grandotas en todos los periódicos.

—Diga que no nos echen —habla el padre—. Los Agentes vienen cada rato. ¿A dónde ir?

—En ninguna parte nos dejan poner techo sobre cuatro estacas.

—¿No tienen luz?

—Cuando hay pa comprar velas de sebo, dos se murieron quemaos por robar alambre a Las Empresas.

—¿De dónde viene el agua?

—De arriba —contesta otro, hacia las nubes.

—¿Servicios sanitarios?

El padre señala el cauce de aguas negras.

—El de toda la ciudad, ¿qué más puede pedirse? Oiga, no ponga eso, los agentes vienen y dele conqué somos corrompidos, con las epidemias y...

—¡Yo no quiero ser tren, no señor! —puja El Viejo, defensivo—. Me queman con carbón la trompa, me ponen rieles, me meten en túneles oscuros, me llenan el buche de vaquitas, me descarrilan por los precipicios. ¡Yo no quiero ser tren, que no!

Amalia escurre los párpados. Teme ver al viejo, ver a los niños, ver los gallinazos. El mundo es un enemigo. Bárbaras las horas de espera, el insomnio. De día. De noche. «—Quiero chupar, vea...». Se siente sola para protegerlo. Si estuviera cerca María la dentradera, y su apacibilidad, el sosiego en casa de los Arenas. ¿Qué puede ofrecer al que vendrá? No habrá cuna, ni sonajeros ni lana de colores ni cubos de abecedario. Habrá dos ojos, dos manos, dos senos. Estará ella a su llegada, nada más, ella y su inquietud.

A la espera de una oportunidad, Martina vigila al fotógrafo. Apaga los ojos en fugaz parpadeo, juegan sus manos entre el delantal floreado, mueve sus pies con estudiada indecisión.

—¿Quieres una foto?

—¡Nnn, hasta malo será!

—¿Yo?, si me probaras te enviciarías.

Se finge campesina abochornada, chupa los labios con timidez artificial, ríe detrás de los dedos regados en su cara. Bien le vendrían unas fotos para dedicar a Luicho. ¡Si pudiera hacer notar el ribete de sus pantaleticas!

—Anímate, contra esas piedras.

—¿La foto?

Él alista la cámara.

—Dejaré una para alumbrarla en mi cuarto.

—¡Burletero!

Estrena posturas contra la piedra, en escorzo para que sobresalga el seno, incitante la comba del vientre, marcada la curva del muslo, a la rodilla la falda chillona.

—¿Así?

—Así, mi morenaza. Acabo de enamorarme.

—¡Repelente!, ¿quién cree que soy?

Arranca un espartillo, agacha la cabeza.

—... A lo mejor no me dejo retratar.

Ensaya aires de timidez, le es difícil ruborizarse. Le gustaría a Luicho la fotografía. De memoria repasa su posición, entrecierra los ojos, y todavía sonríe cuando el fotógrafo chasquea la lengua una vez atrapadas las imágenes. Por sobre los soportes de los enriellados corretean el perro amarillo, los niños y otros perros que ladran al bullicio de los vagones. Les agrada el humo que sale a borbotones de la chimenea, el chaque-chac-chaque de motor y ruedas contra las añadiduras del acero, el olor de hulla, la campana, las chispas, los estrujantes pitazos.

Abstraído otra vez en su derrumbe, el padre ve el tren como algo lejano, como la voz de su mujer que, desde adentro, le llega cansada:

—Se van a rodar estos vivideros con la llovedera que se avecina.

—A rodar —comenta el hombre, sus ojos en el tren, en las reses dentro de los vagones-jaula. ¿Qué se pierde? Vivir se les hace un vicio frente a la muerte: esperar la noche para echar el cuerpo contra la estera, esperar el día para volver a los desagües, esperar cada vez idéntica cosa. Da asco todo: ser hombre, ser miserable, vivir, oír palabras en agonía. Y morir, porque se muere hacia el cauce sucio cuando el invierno se prolonga y las chozas desaparecen en avalancha.

—Da asco morir en los barrancos —dice el hombre, su sombrero de ancha ala sobre la inmovilidad de su expresión. La mujer repite el anuncio:

—Los Agentes volvieron en la mañana.

Toma fuerzas para concluir después de un acceso de tos muda:

—Tenemos que irnos.

«—¡Los Agentes!» —piensa el hombre. La ciudad encima, contra los rodaderos de tierra y seres humanos, pesándoles más día tras día.

—¿A dónde? —pregunta en voz alta, y abre los brazos, inerme. ¿Es posible caer más?

«—Es posible» —se contesta pensando en los agentes de regreso a los suburbios que la ciudad bota. Más abajo todavía.

—Hay poco pa llevar... —musita dentro la media voz de su mujer. Por ella se adivina un opaco rostro con la sola vida que da su condena, vida resignada a ser muerte, paso a paso. Odio sin impulso contra todo. Una parcela pura de su alma donde retozan un niño y una cabra, donde gime convulsivamente sus pesadillas la hija en vísperas de ser madre, y otra hija, ya para perderse. A veces también un perro que persigue las hojas barridas por el viento. Y una bruja que imprecas. Y un viejo que busca tres animales. Y un paralítico junto a un ciego. Vivir a cada día como si se muriera, con franqueza nacida de ese «ya no importa» hermano de la desesperación. En todos ellos está el sino marcado: cuando se sufre la miseria, lo humano adquiere desvergüenza, una postura descarnada. Se ama y se odia sin tapujos, al desnudo, abruptamente.

La vida de cada cual, su pequeña historia, su inútil aventura contra los años. El padre, ¿qué cosa buena tiene para recordar? Ningún hecho trascendió sus días: oscuro desde pequeño; trabajo oscuro de joven, amor oscuro de casado. ¿Se pudo alegrar cuando tuvo los hijos? Allí están en su

agonía: Amalia y su vientre hinchado; Martina y sus andanzas desbrujuladas; el de la cabra, que le arranca una brava ternura. Y la mujer, doblada desde niña, tuberculosa, callando a todo minuto su historia sin proyecciones.

—¿Y si nos casáramos? —propuso él cuando era albañil, años atrás.

—¿Qué pasaría si nos casáramos? —respondió sin calor ella, pensando que podría vencerse una amenaza para dos.

Se casaron, no hubo tranquilo ardor en las noches. Solo, en frases estérilmente interrogativas, la comunicación de ella:

—¿Qué pasaría si tuviéramos un hijo?

Y la vaguedad de él:

—¿Qué pasaría?

Sellado el ánimo para la expansión, agotadora la brega por el pan, hermético el mundo para su esfuerzo. Avara la comida, avara la fe. Desempleo, vagancia, determinismo en la mujer, protesta en el hombre. Calles arriba, calles abajo, soledad de cemento. Y Los Barrancos... La vida de cada cual, sus estrujones, su agria trayectoria.

¿Qué hay de bueno para ser recordado? Si pudiera recordar lo que aún no ha sucedido, tal vez sería amable porque todavía parpadea alguna esperanza.

La angustia de cada cual, su derrota: una cabra, un vientre, un circo, una botella, un garrote, unas aguas negras, unos barrancos ante esa cosa que llaman vida. La de cada cual, la de nadie, la del nadie que también carga sus horas, sus desvelos, sus humildes interrogaciones.

Ancho el sombrero desgualetado sobre la bronca faz de hombre llegado a un límite. Quieta la expresión cercana al embrutecimiento. Abiertas las manos nudosas que se pegan a las rodillas. Turbio vacío su mirada contra Los Barrancos. Arena y lluvia en un alma retorcida hacia la muda imprecación.

—Señor, que haya esperanza en el hombre. En el hombre. En esa cosa tremenda que llaman hombre.

*El día que yo muera
cantaré sobre mi tumba.*

Las rumbas volverán con sus fauces de fiera. Volverán los agentes a ejecutar la orden. La ciudad también son agentes, y papeles armados, y poderes ocultos que mandan sin apelación.

Por los barrancos trepan exaltados otros barranqueños. El niño dice a uno señalando imprecisamente el raudal:

—Allá se ahogó el cabrito. Era mío y tenía orejas pardas.

El otro mira la oscura corriente.

«—Todos nos ahogaremos» —dice para sí y vuelve con los demás a planear la resistencia. O la fuga hacia otros vericuetos. Más abajo todavía.

—Años atrás —monologa El Viejo—, yo tenía mi pedazo de tierra sembrado con maíz y plátano, una vaca y un ternero y un mulo.

El rostro apacible se trueca en rostro golpeante.

—Maldita la hora en que me echaron de la montaña, maldita la hora en que todos nacimos.

—¡Si tuviéramos armas! —dice alguno. El padre escucha, hosco.

—... Les haríamos frente, dicen que se va a armar la grande, que llega la Revolución.

El silencio del padre se hace molesto. ¿Revolución? Buen número de muertos pusieron Los Barrancos en la revolución pasada. Todos pelearon a su manera para quedar más hundidos. Mataron a Perucho, a su madre, a quince más; pelearon Martina y Luicho, adolescentes aún; hasta el paralítico. Los acompañó el entusiasmo de algunos estudiantes, demasiado efusivos y desordenados, y otros que no amaban su vida sino su presunta muerte, los rumores que irían de boca en boca sobre sus heroísmos. Estaban dispuestos a morir para vivir en algunos recuerdos, dispuestos a cambiar su vida por un epitafio retumbante. Hasta el niño de la cabra compartió las asonadas, hasta el viejo. ¿Qué sacaron?: montones de cartuchos vacíos para jugar la chiquillada, chozas en llamas, odio de la ciudad. Y muchos heridos, y muchos desengaños, y muchos gritos bajo tierra.

—¿Armas? —dice el padre—. Nosotros ponemos siempre los muertos. Ellos ponen las balas.

No ven a quien acudir allá arriba, en la ciudad. Resignación, aconsejan unos. Espera, claman otros. Violencia, gritan algunas voces. ¡Qué revienten! —exclaman en tres costados.

—¡Ni uno va a quedar, ni uno solo, se los juro!

—La guerra ya viene.

—Viene.

—¡Que tiemble el mundo!

—Qué va a temblar.

—¡Yo, Zapata el Inválido, acuso!

Minúsculo en el grupo, el niño oye hablar y hablar y mira la nuez de Adán de los barranqueños y se pregunta por qué no acaban de tragársela. Después se arrima al Viejo y dice aunque nadie oiga:

—Tenemos un pato y una gallina y juego con ellos cuando no estoy en los caños con mi papá. La gallina pone huevo cada dos días y el pato nada en el zanjón. A mí me gustan los huevos pero son pa mi mamá, mi papá dice que algún día ella se va a aliviar de las toses y le lleva más huevos. También le lleva leche de vaca si puede y avena en tarros bonitos. Yo juego después con el tarro de avena. El último tarro se lo llevó El Río. Yo estaba aburrido porque perdí mi tarro de avena. El Río también se llevó el cabrito.

Y vuelve a señalar imprecisamente cauce abajo.

El Viejo no atiende. No se aguanta quieto. La quietud lo hace mineral, o vegetal, y revuelca sus temores:

—¡No quiero ser árbol, niño! Vendría a mis brazos la gallinazada, me tirarían con hondas los mocosos, volarían encima las brujas, me secaría de sed en verano...

Retrocede como ante un hacha enemiga.

—¡... Árbol no! Me cortarían los leñadores, me rajarían en astillas, me quemarían en los fogones...

Sacude las manos, sofocado por invisible humareda.

—... Entonces sería humo de nube, las alturas me marean, las alturas son malas pa el corazón de un viejo, el viento me llevaría. Ceniza y humo, candela y nada. ¡Árbol no! ¡Yo no quiero ser árbol!

Otros hombres suben hasta la covacha. Las voces forman un raudal de ira negra.

—¡Nos echan, pues!

Una ruda solidaridad los aprieta. A veces, cuando se trataba de discutir qué caño tocaba a cada cual, qué desemboque de aguas debía explotar cada

uno, llegaron a la riña violenta. Ahora quieren defender unidos su derecho contra la ciudad. Pronto llegarán los agentes, ellos estarán listos, en realidad ignoran para qué, nada pueden contra esas fuerzas.

—¡Si de arriba nos tendieran la mano!

Con impotencia rabiosa se apretujan en el patio, en los desfiladeros que dan a El Río.

—Allá vienen —dice alguien que acaba de juntárseles señalando hacia unas callejuelas enmalezadas, hacia las covachas que desafían los derrumbes. Se revuelven agresivamente nerviosos. El padre hablará a nombre de ellos. Aunque nada queda por hacer, se reprocharían si más tarde no pudieran decirse: «—Luchamos hasta lo último».

Enceniza sus rostros la expresión del esfuerzo fallido, les molesta que extraños vengan y se pregunten: «—¿Es posible tanta miseria? Viven como gusanos del lodo».

Algo de vergüenza se les enreda en su ira ante el inevitable despojo. Y apagan sus voces al asomar los agentes por uno de los deslizaderos que hacen de camino a la ciudad.

«—Cuando yo tenía mi pedazo de tierra, detrás de aquellas montañas...» —comienza El Viejo, pero no termina. Nadie escucharía su recordación de greda querendona. Tampoco él desea hablar, dijo algo para no callarse ante la proximidad de los agentes, cuyas voces se escuchan y cuyos gestos de incredulidad se tienden a los vericuetos.

Frente a la silenciosa agresividad del grupo, merman el paso y toman rostro de cumplir un deber, de atenerse a órdenes definitivas.

—Se nos vinieron encima —dice el padre, cerrados los puños y los caminos.

Segunda parte

OceanofPDF.com

—Tráigame café, María.

El doctor Salomón Arenas pide café para justificar la vibración del periódico en sus manos: tras de los titulares a ocho columnas, en lugar de cuerpos sangrantes en Los Barrancos ve camas de improvisación, nuevas fichas estadísticas, más problemas en el Hospital.

—Es un verdadero contratiempo —dice.

—Papá —le habla su hijo menor acucillado en el suelo—, yo quiero una cabrita como esta —y señala la gráfica del niño de la cabra—. En el circo no vi cabritas.

—Te daré una igual.

—¿Esa cabrita es de este muchacho de la foto?

—Así parece.

—¿Por qué él tiene una cabra y yo no?

El doctor Arenas acaricia mecánicamente la cabeza de su hijo. Absorto en los titulares a ocho columnas, sigue tomando café.

—Es bonita la cabra.

—Bonita.

—¿Me darás esta cabrita?

—No hay dónde guardarla.

—Este muchacho tiene dónde guardarla.

—Cuando vamos a la finca, en vacaciones...

—Yo no quiero ir a la finca, yo quiero la cabra.

—Te daré una bicicleta mejor que la que tienes.

—¿Una bicicleta podría trepar los barrancos?

—No podría.

—Yo no quiero bicicleta, yo quiero esta cabra.

Dos días antes salió ese reportaje sobre el Hospital General. ¿Por qué lo publicaría el Director? ¿Por qué no valió en este caso la intercesión de doña Josefina? El reportero hizo perversa alusión a su sentido del ahorro, a «la economía saneada que caracteriza al Régimen actual». Pudo ser un alerta contra su próximo nombramiento como Ministro de Higiene, o de Economía. No entiende, sin embargo, esa actitud.

«El presupuesto es desastrosamente insuficiente —dice la crónica— pero la Dirección se las arregla para economizar cincuenta mil pesos mensuales...». «Algunos enfermos duermen en las mesas de operaciones, otros en las camillas para trasladar cadáveres, otros son llevados al anfiteatro en estado de coma. Tuvimos oportunidad de ver cómo dos tuberculosos moribundos buscaban acomodo en un ataúd...». En realidad, con los cincuenta mil pesos economizados nada podría arreglarse, o muy poco: cien paquetes de antibióticos, algún instrumental, diez catres... No, el problema no radica en el ahorro. Además, hacen demagogia con los datos, y él sirve de víctima expiatoria.

El sentido del deber se siente desolado en las facciones del doctor Arenas.

Una vida metódica hizo de él un alma metódica. Desde joven ya podía adivinársele en su futuro una esposa, unos hijos mimados, un cauce de paredes hogareñas. La vida, para él, ha sido una jaula que se tiende al recién nacido y se abre después al cadáver. Hasta en su época de universitario, al levantarse doblaba meticulosamente su alma y su manta sobre el colchón alquilado. Cuando abandonaba su buhardilla, daba la impresión de llevar algo doblado en sus interioridades y que le obligaba a caminar sin desviar una pulgada en los pasos ni en el ámbito señalado por los ojos.

—Buenos días, María, ¿ya para misa?

—Buenos días, mi doctor —respondía la vieja criada con esa tranquila humildad de quien se cree amigo personal de la Divina Providencia—. Para misa, ¿qué le parece?

Y el doctor comentaba indefectiblemente, porque respondía a esas preguntas retóricas que nunca exigen respuesta.

—Me parece magnífico, María.

Tosía, alzaba los ojos al cielo, remataba con dos toques a su leontina o sobando doctoralmente con su pulgar el envés de la solapa:

—Acuérdese de mí cuando esté en el reino de Dios.

Durante diez y ocho años este ha sido el primer diálogo mañanero, en el mismo sitio, con idéntica entonación. El alma del doctor Arenas se acostumbró de tal modo a estas palabras, que ya no se desdoblaba al encuentro con la vieja dentrodera.

—Hermosa mañana, María.

—Tarde dirá, dotor...

—Ah, es verdad. Hermosa tarde, María.

—Está lucida la tarde, dotor, como no llueva.

Una buena persona. Un buen ciudadano. Modelo de esposo y padre. Patriarcal jefe de familia experto en colocar sentencias como lámparas en mitad de la mesa de nogal, de los cielo-rasos de cedro: las pronunciaba clavándolas —avisos de virtud para el consumo familiar— en las puertas, en los muros, al pie de los adustos retratos. Así se aferró a los barrotes de su jaula: barrotes del deber, del ahorro, de la costumbre, del cariño a sus hijos, de la profesión médica.

—El deber ante todo, El Deber.

Su alma se ha contentado con poco: si tenía hambre, le regalaba tres pensamientos inofensivos; si tenía sed, imaginaba para ella una lluvia con arco iris o tres paisajes a la sombra; si tenía sueño, la arrullaba con el latido manso de su corazón; si intentaba la protesta, la acariciaba con sus días habituales como si fuese un conejillo peludo o el ala de un pájaro gris.

Nunca él y su alma estuvieron contrapunteados: hecha la una para el otro, como la nalga para el asiento de la silla mecedora, como el pie cansado para la vieja pantufla.

—Un hombre admirable —dicen, domesticando más su alma, que sacaba como si fuera un perro viejo todas las tardes de domingo: casi podría adivinársele la cuerda con que la conducía. Cuando llegaba al final de la calle se detenía para que su alma orinara junto a un poste, diera tres vueltas en derredor y regresara sin apuros, menos barrigona, a la infaltable silla vaivenera. Allí se ponía a parpadear con cualquier fútil preocupación o

fijaba los ojos en la quietud de su pasado, de su juventud abolida, de su historia a mediotono, a medioluto, a mediohacer.

«—El doctor Salomón Arenas es una de las glorias nacionales».

Mecánicamente ojea titulares y fotografías, donde aparecen abismos increíbles para hallarse tan cerca de la ciudad, al pie de ella. Seres harapientos, chozas inmundas sobre los deslizaderos, árboles con gallinazos en lugar de hojas. Una hermosa muchacha de aire pícaro, un hombre de cara enjuta y sombrero alón de caña domina otro grupo; cerca, un niño echa los brazos a su cabra.

«—De nadie eran estas tierras, Los Barrancos nos pertenecen» —se lee al pie del grabado. El hombre flaco de la fotografía habla. Cerca de él, un anciano con expresión de eterno regreso mira el lomo de la cordillera, mira más allá de todas las cosas. Y al pie:

«—Yo tenía mis tres cuadritas de tierra detrás de aquella montaña, y un mulo y una vaca y un crío. Maldita la hora en que abandoné mis siembras. Maldita la hora en que todos nacimos».

Panorámicas amargas. Desguarnecidos cuartuchos para diez y más personas. Niños jugando con cápsulas vacías de ametralladora, con esperpentos de trapo y ramas. En una anciana que sobresale a medias de la tierra removida reconoce el doctor Arenas —toda la ciudad reconoce— a la loca de los pregones por barrios residenciales: «—¡No va a quedar ni uno! ¡No va a quedar ni uno!». Tiempo atrás fue pitonisa de mucha demanda —loca de su cuerpo, sangrialegre— dijo la señora Arenas, *El Público* lo repite. «—¡Si esta boca mía hablara!».

Él sigue ojeando. Una joven a dos meses de ser madre. Le es familiar el rostro, su aire ausente, su postura sosegada. De inmediato el doctor piensa en María, la dentrodera; en Gilberto su hijo, ahora cursando estudios en el extranjero; salta unos meses atrás y ve la misma joven enfermiza deslizándose por el caserón, deslumbrada. Sí, el hijo fue culpable —de un manotazo desecha la afirmación—. ¿Culpable su hijo? Todo se arregló. Ella —¿Amalia se llamaba?— volvió a Los Barrancos, a su sitio, el otro fue enviado por doña Josefina al extranjero para concluir estudios. Muy joven todavía, no era de culparlo. Sin embargo, lo avergüenzan aquellos ojos limpios.

«—María, un pocilio de café, por favor» —iba a pedir de nuevo, pero al verlo humeando echa el azúcar, sumerge la cucharilla, revuelve mientras sigue ojeando el periódico. Sale ahora una enorme muleta, de la muleta una garra, de la garra un paralítico y un ciego.

«—¡Yo, Zapata el Inválido, acuso!».

Otro grupo muestra cuatro cadáveres en denuncia póstuma, inútiles ya su voz y su miseria. No hay diálogo al pie, mudos gritan a la ciudad en último ademán desesperado: irán al Hospital General, a las refrigeradoras para que hagan disecciones los estudiantes de medicina. Rifarán los cadáveres, les harán bromas.

Esos cadáveres no preocupan al doctor Arenas. Pero ¿dónde meterá los heridos? No hay camas ni salas ni materiales disponibles en el Hospital General. Tiene ira contra esas expresiones de rabia sin queja. El informe al Señor Presidente habrá de ser cambiado, resultará menor el renglón de ahorros en el próximo balance, y sin economías no acreditará su administración.

¿Por qué piensa en ese maldito informe? Ya todo acabó para él. Una vida al servicio de sus hábitos ha caído al suelo por culpa de un cronista que buscó datos indebidamente; por culpa del Director de *El Público*, que les dio su visto bueno; por culpa de su esposa... ¡Su esposa!

El doctor Salomón Arenas pasa una mano por la cabeza encanecida, aterrado de sus cavilaciones, de lo que piensan sus discípulos, sus enfermeras, sus amigos de Club, la Academia de Medicina, el país entero, el señor Alcalde, el señor Gobernador, el señor Obispo, el señor Presidente, el Señor de los Milagros.

—¡Soy hombre perdido! —se dice, y por primera vez comprende lo que es libertad, pero una libertad dolorosamente cínica, que fluctúa entre extremos: suicidio, liberación resignada, derrota.

Tamborilean los dedos, con el dorso de su mano derecha enjuga el sudor de su frente. Cuando se da cuenta de ello, saca avergonzado un pañuelo de seda y repite, mitad para sí, mitad para su esposa:

—No merecía esto. Soy hombre honrado.

Ella escucha, conmovida y molesta. Él dice: «—Soy hombre honrado» como quien muestra una llaga de la que se vive sin esforzarse, con el tono

de quien traduce: «—Nací mutilado, soy cojo de nacimiento» y tiende su alma como si fuera un sombrero de mendigo.

—María, más café.

María obedece. Pobre el doctor, con sus preocupaciones. La señora Josefina saldrá pronto hacia la Dirección del periódico. Es buena la señora Josefina, tan afligida por la miseria. Con sus animados tees-canasta da vida a varias instituciones caritativas. Ahora está desesperada por las críticas a la organización del Hospital General, por los inoportunos derrumbes en Los Barrancos.

—Recogeremos a ese pobre niño de la cabra —dice desde su extenso ropero, alistándose para ir al periódico. Bordados. Paños. Sedas. Exhibiciones de alta costura. Temporadas de ópera y teatro. Ferias de la Elegancia. Abrigo de visón. Pieles de marta. Ringleras de zapatos. Colección de perfumes. Clubes encopetados. Fru-frú de muselinas en los grandes salones. Está satisfecha de sentirse caritativa. No distinguió entre las hojas el retrato de Amalia, pero se fijó en la incitante figura de Martina.

«—Atrevidísima la muchacha» —pensó, revisando su propia compostura.

—Papá, esta cabrita es para mí.

Con el ceño fruncido, el doctor Arenas oye voces ajenas y propias. Siempre quiso a su esposa. De novio pensaba en ella con recatada sensualidad: puros los senos, el sexo intocado, los labios tibios, aquella lisura de piel. Le estaba agradecido por esa sensación claroazulada, ingenuamente varonil. Vino a casarse con ella cuando él llegaba a los cuarenta años, dedicado a una profesión sin brillo, esforzada, con apariencia de sabio entre advenedizos.

Pero el doctor Arenas no quiere recordar. Se casó, vinieron los hijos y un hogar firme dentro de los barrotes de la jaula. Ella lo quiere, ella lo tolera. Él la quiere, él la necesita. Quieren los hijos. Respetan los imperativos sociales. Acatan una discreta supervivencia de la hipocresía. Algo se derrumba adentro.

—Gracias, María.

Debe regresar al Hospital General para enfrentarse con centenares de caras agónicas, deudos, tuberculosos, cadáveres para el cementerio vecino y

para los estudiantes. En las aceras, en los pasillos, contra las puertas se arraciman cien moribundos. ¿Cómo ahorrar? ¿Cómo rendir un buen informe al Señor Presidente? ¡Informe! Todo ha terminado. El índice acusador de la sociedad, de la prensa, del silencio dirigido hurgan en su vida llena de rejas.

Por eso continúa huraño cuando su esposa sale del ropero. Sin embargo, detiene la mirada con extrañeza sin rasgos en la excitante elegancia de la señora: renovada, con los tonos atractivamente combinados, vigilante sobre el conjunto el más leve detalle.

—Salgo ya, querido.

Consciente de ser mirada toma un florerillo dorado, lo examina cuidadosamente.

—Se aclarará todo —dice y echa el aliento sobre la superficie y frota para abrillantarlo. Al caer en la cuenta de que está efectuando una tarea propia de María toma un aire digno y se acerca a su esposo. Entonces termina de ajustarse los guantes, termina la frase con una mirada indulgente:

—Todo se arreglará.

Cualquier frase tranquilizadora es tabla de momentánea salvación para el carácter del doctor Arenas, que apoya la angustia en el consuelo ajeno. Entra por un instante en su alma una ráfaga de optimismo. «Todo se arreglará, vivir es amable...». Hablará su esposa con el Director, quizás una oportuna rectificación, explicaciones al margen...

«—No falles, Josefina» —previno diez minutos antes. Su esposa va atractiva, el otro no resistirá...

Con vergüenza piensa las palabras, su mirada cándida en lento zigzag sobre el vestido ceñido a la piel de su mujer. Algo desolado le taladra al observar cierto contraste entre su propio decaimiento y la frescura juvenil que en el traje recalca ella. Y cuando le dice: «—Todo se arreglará», el silencio es más un reclamo. Solo recomienda al besarle la frente en despedida:

—Cuídate.

Un relumbrón de revista cara con propagandas al mejor perfume y al mejor zapato y a las telas mejores; una penumbra, una música discreta, un

rojo tremulante...

La puerta se cierra, oye pasos sobre el brillo del piso, en la escalera, en la acera; oye el automóvil que arranca hacia las oficinas de *El Público*, y hunde la cabeza entre sus manos, los dedos en la anchura de su frente. Entonces empieza a sentir la vida demasiado grande, como si le hubieran dado una prueba de un número mayor al que le correspondía.

María llega con el pocillo de café. Automáticamente el doctor Arenas sorbe sin echar el azúcar acostumbrado. La vieja mece la cabeza de cabellos grises estirados cruelmente hacia atrás, donde en una moña se oprime a la base del cráneo. Ni un gesto del señor revela lo amargo del café. Algo muy grave tiene para que embote su sentido del gusto.

En aquel ser organizado para un solo camino, la vida como empresa encauzada no resiste el fracaso. La conciencia de no poder volver atrás, de saber fallidos los resortes de la tranquilidad interior, lo lleva a un colapso donde la impotencia se alía con un tardío remordimiento.

Y esa conciencia de su debilidad hace que el doctor Arenas se sienta el más enfermo de los animales, el más dolorido.

OceanofPDF.com

«Un día llegó un hombre de expresión amarga, echó por última vez su mirada a los montes, botó una maldición y clavó la primera estaca. Seis niños y una mujer ayudaron a su modo para que los desperdicios de madera y cartón se hicieran refugio humano. Tras este rancho de vara en tierra siguieron otros, y otros, hasta que Los Barrancos se convirtieron en vivero y agonizadero de gentes. Ya estaba grande El Río que nacía en la ciudad...».

Rompe las cuartillas sobre el rodillo, en la Redacción de *El Público* es imposible escribir algo no periodístico. Los linotipos, las rotativas, el tecleo de las máquinas de escribir, las vociferaciones, las prensas, los teléfonos, las fresadoras, los chistes del fotógrafo, las visitas que reclaman sobre una noticia...

Agita la cabeza y vuelve a su máquina:

«En Los Barrancos el sábado es uno de tantos días, con su mañana, su tarde, su noche, sus angustias. La lluvia forma ya parte del rito y el cauce bravo lleva lejos las baratijas de la ciudad.

»Bajo un cielo turbio se congregan para recordar tiempos menos malos, para acallar mejores posibilidades, para decir la rabia cotidiana. Vivir se les volvió una necesidad sin sentido...».

Imposible escribir en la Redacción. Allí están los del periódico en tráfago diario, acelerado por los acontecimientos. Al pie de la ciudad hay gritos que son eco de barullo en *El Público*.

—¡Noticia gorda! —se alborotan los reporteros.

—Agotarán la edición.

Los comentarios le impiden concentrarse. Mitad piensa, mitad escribe:

«—¡Muchacho, traé la cabra! —se oye una voz que rueda hasta el cauce lleno. Y otra voz, ahora infantil, sube tropezando en los barrancos:

»—¡Ya voy!

»El niño soba con la palma de una mano los ijares del animal, cuyos ojos lamen con suavidad las cosas, largo rato. Su paso trepa los riscos, la ubre unta de leche y vaho tibio las hierbas. En un descanso de la loma se detiene para comer hojas recién brotadas. El niño aguarda que los belfos escojan retoños que ella rumiará después mientras la ordeñan. Siempre fue así, más ahora, cuando el recental murió ahogado al arrastrarlo las aguas crecidas del invierno.

»—Estas lluvias nos favorecerán —había dicho el padre, días antes—. Las corrientes arrastrarán mercancía y podremos sacarla cuando merme el aguaje...».

—Al principio pensé que se trataba de cualquier deslizamiento —anota un reportero.

—Veinte muertos son buen plato para los lectores —corroboró otro, y baja las escaleras silbando una canción de moda.

Por cadáveres —piensa el de la máquina— cuentan la marcha del tiempo. Y por cadáveres se desliza la vida en Los Barrancos. La ciudad se ha puesto en movimiento, las asociaciones benéficas comienzan a funcionar: ha llegado a las damas de los Centros Protectores la hora de organizar fiestas en beneficio de los damnificados, y a los órganos informativos pretexto para salir de rutinas internacionales o comunicados de policía.

Todos ofrecen el remedio: echar de los suburbios a quienes allí proliferan. No verlos tan cerca de la ciudad equivaldría a la no existencia: tocar en la llaga sería peligroso para la armonía social, daría pie a que muchos extremistas pasaran de la protesta hablada a la acción contra el Gobierno. Y el Gobierno es popular y democrático.

Resopla, contrariado. El tema bulle, exige su traducción en las páginas. Funciona el carro, tropieza el tabulador, vuelven las teclas.

«—Mire lo que encontré en los desagües —dijo en ese entonces el niño cuando llegó a la casucha empujando el animal. Pensaba que era un ternero barrigón, manso, un poco extraño.

»—Es una cabra, la perdería su dueño —dijo el hombre retejiendo un canasto—. En cualquier momento viene a llevársela, o ella misma se

vuelve.

»El niño giró su cabeza de la cabra al padre, del padre a la cabra...».

De muerte hablan en *El Público*, pero la palabra carece ya de sentido. Para sus colegas de redacción, muerte es material de noticias sensacionales, unas letras en un cable, una batalla ganada o perdida, cifras rutinarias, un buen titular a varias columnas. ¿Y para los barranqueños? Ya no se trata de vivir; se trata de sobrevivir. Respirar en sí, tener angustias, pensar con dolor en la felicidad imposible, son dones amables. Frente a la muerte es poco lo que piden a la vida; esta es algo menos definitivo aunque sea más muerte que otra cosa.

¿No habrá simple afán literario en su ofuscamiento? ¿Lo conmueve la situación de los suburbios o el tema para una obra sobre el suburbio?

«—Le voy a pedir al Niño Dios una cabrita igual —dijo. Sobó las plantas de los pies contra el polvo, jaló el tirante en bandolera de su overol e insinuó otra posibilidad:

»—Mejor le pido al Niño Dios una cabra... No, dos cabras pa el que la perdió y así me quedo con esta, ¿no te parece?

»Era un trato justo, el padre nada quiso decir. Vio a su hijo abrazado al animal, que parecía a gusto con él, y tomando pala, azada y canastos se dirigió a los desagües...».

No puede concentrarse. Los teléfonos, la grabadora, los chistes del fotógrafo... Desde el auricular embroma a otro que al extremo de la línea solicita unas gráficas.

—... ¿Fuego, decís? Después de Los Barrancos, no fotografiaré un incendio que no pase del millón. ¿Es grave? Pues échale gasolina mientras llego, no sea que solo encuentre el rescoldo.

—¡Imbécil! —exclaman al otro extremo de la línea.

Aparta el auricular, sopla en la rejilla, vuelve a acomodárselo.

—¿El volcán?, ajá. ¿Y crees que haya habido mano criminal en la erupción? Tú sabes, la oposición últimamente no respeta...

Se oye el batacazo del auricular contra la caja de comunicación al otro lado de la línea. El reportero observa el cómico gesto desolado del fotógrafo: tal vez la vida, para él, es un payaso grotesco, y hay algo más que broma en las cosas, ¿o no? Pero el fotógrafo, lo conoce, tiene tres hijos,

ama a su mujer, va a ser operado... Simplemente hace cosquillas a las horas para gozar de una simpatía abusiva que le recorre de pies a cabeza.

Cuando se cuelga la máquina y sale con un: «—Si preguntan por mí, que estoy en Junta», el de la máquina cambia la hoja, escribe la caricatura de su rutina:

Movimiento sísmico en Venezuela. — Caracas, febrero 28. — Seiscientas personas murieron a consecuencia de otro movimiento sísmico, por lo cual el Gobierno Democrático ha tomado las medidas conducentes a impedir en lo sucesivo ocurrencias semejantes que desdican de su organización y socavan las más puras raíces de la nacionalidad; pues, de acuerdo con fuentes más allegadas, este movimiento subversivo fue dirigido por conocidos elementos comunistas que operan en la clandestinidad. El Gobierno ha prometido un ejemplar castigo a los agitadores, que obedecen a consignas extrañas...

Saca la cuartilla, la arruga, pone la otra, relee, brega su brega:

«Toda la tarde pasaron juntos cabra y niño. El niño miraba azorado los rodaderos de gente por si el dueño volvía. “—De noche no viene” —se tranquilizaba, pero temía que el animal se perdiera en la oscuridad o regresara al punto de donde vino. Se rascaba la cabeza sentado en una piedra hasta que llegó la oscuridad y él mismo formó parte de la noche...».

Lo vuelve al ambiente el tarareo del fotógrafo por las escalas y el ruido de unas muletas precavidas.

—Acérquense, muchachos, acérquense —ordena el fotógrafo a un ciego y a un paralítico. Toma dos hojas de cartulina, tiende una al reportero.

—Son víctimas del derrumbe —dice con gesto de inteligencia mientras escribe el cartel que colgará al cuello de uno:

Bartolomé Bedoya, ciego de nacimiento y víctima de Los Barrancos, implora a usted una caridad por amor de Dios.

El reportero escribe en caracteres agresivos:

Francisco Zapata, inválido sin remedio, solicita ayuda de esta noble ciudad. ¡El Cielo paga mil por uno!

Entregan los carteles con sendas pitas. El fotógrafo garabatea otro.

Doctor Salomón Arenas, médico y cirujano. Director del Hospital General. Presidente de la Sociedad Benefactora. Órganos de los Sentidos. Solicita una rectificación.

Se escrutan en silencio.

—Hay que conseguirle al ciego una guitarra —dice el fotógrafo—. Sin música y sin perro la miseria no conmueve.

Dos carteles en papel. Una placa en bronce con oro. Tres personas. Tres hombres que imploran algo. Más tarde, entre los dos primeros y amarrado al cuello con una guasca, servirá de lazarillo el perro de Los Barrancos. Se pondrá brioso cuando alguna señora elegante pase con un perrillo faldero al extremo de la correa. El perrillo gruñirá, amistoso. Los transeúntes mirarán contrariados al par de pordioseros, sus manos a la oreja sacudirán las palabras gritonas del paralítico:

—¡Yo, Zapata el Inválido, acuso! Dicen que mi padre murió de borracheras, ¡maldito por siempre! Dicen que mi madre... Yo, el que se golpea contra las paredes y el pavimento, yo, el... ¡Yo soy Zapata el que grita a la cara de todo el mundo!

«—Cuando el niño regresó a la casucha, la madre estaba inquieta. Y el padre. Y Amalia. Él también, con aire de culpabilidad. Nadie dijo nada. Después se revolvía en su rincón, bajo la colcha de retazos, sin conciliar el sueño. Algo le remordía...».

¿Puede salir obra duradera con ese ritmo? ¿Le duele la tragedia de Los Barrancos o le interesa el motivo para su vanidad incipiente?

El fotógrafo abanica unos revelados todavía húmedos:

—Mira estas primicias, ¿qué tal la pipiola de Los Barrancos? Martina se llama y yo no me llamo con mi nombre si... ¡Opa! —exclama interrumpiendo el monólogo—. ¡Teléfono privado! —y se dirige rápidamente al computador.

—¡El señor Director, al teléfono privado! —alza roncamente la voz; y remedando un histriónico estiramiento regresa al puesto de su amigo, la cámara pir ametralladora:

—¡Bla-bla-bla-bla-bla, ta-ta-ta-ta-ta-ta! Así mataría a todos los directores de periódico. ¿Ves? —continúa cuando el director apresuradamente se dirige al teléfono—; ¿ves?, basta con que yo dé una pequeña orden: «Señor director, ¡al teléfono!», para que corra como perrito regañado. Dignidad, amigo. Don de mando.

Y frotándose las manos:

—Dama de por medio, aventurillas póstumas de El Camaleón... Pues te decía que es una porquería el periodismo. ¿Piensas reformar el mundo?, ya te aliviarás. ¿Libertad de prensa?: se enoja el comerciante si le tocan su punto, y las Publicidades retiran sus avisos. ¿Quieres atacar la importación indebida?: hay grandes agencias importadoras que sobornan. ¿Quieres hablar de la desorganización social?: «—Pero, jovencito, el mundo es más viejo que usted», y te pondrán de patitas en la calle. ¿Que el Hospital General, que los Asilos, que las Vías Públicas, que el Capital Extranjero, que la Justicia, que la venta de nuestros recursos naturales, que la Policía, que el Ejército?: en la cárcel pararás si te descuidas. ¿De qué puedes hablar que no tenga intereses creados? Los Poderosos Gobiernos Amigos, la Iglesia, el periódico, la política, nuestro régimen es-de-mo-crá-ti-co-y-puro...

Vuelve a amenazar con su cámara-ametralladora:

—Hasta que se cumpla la profecía de la loca de Los Barrancos: ¡no va a quedar uno solo!

Toma una posición digna al ver al director ya de regreso.

—... ¿Y podrías hablar de libertad de prensa mientras existan directores de periódico? Escribe la noticiesita abracadabrante y ándate a casa a mentarle la madre a todo el mundo, lo demás es sobar la pita.

El otro escucha, indolente. Con desgano teclea en su máquina:

«... Al fin, ya muy entrada la noche, el niño preguntó a su padre:

»—¿Se embravaría Dios si yo amarrara un lacito a una pata de la cabra?

»—No se embravaría Dios por eso.

»—¿Y si también amarrara la otra punta del lacito a una estaca?

»En medio de la oscuridad de su cuarto el padre imaginó a la cabra en la loma, imposibilitada para huir. Entonces sintió ganas de llorar. Solo dijo, abiertos los ojos al techo:

»—Dios no se enojaría, muchacho.

»Y nunca averiguaron de dónde vino la cabra. Un día apareció mascando ramas de los barrancos y se quedó en la familia».

Cuando el fotógrafo lo palmotea saca del rodillo la página, la introduce en la gaveta golpeadamente y camina a la percha seguido por pasos y palabras del otro:

—Ahora, ¿qué nos sucederá con tus reportajes? El doctor Salomón Arenas es una gloria del Régimen... Pues te venía diciendo... ¡Mira lo que llega! —y se traba un silbidito entrecortado al ver entrar a doña Josefina de Arenas.

—¿Ves su porte?, es de una vulgaridad perfectamente aristocrática; y a él, míralo cuando salga, resplandeciente como un Apolo en calzoncillos. Bueno, viejo, me voy. ¿Sabes?, han llegado pilas de cartas y cables por tus reportajes, y el Director tiene sus conexiones, qué te crees.

Va a su puesto, garrapatea sobre una cartulina otro de sus avisos que muestra al de la máquina: El Establecimiento no se responsabiliza en caso de que alguna clienta pierda sus calzones.

Cuando el fotógrafo abandona la Redacción, le parece que ha salido un Sindicato.

«—El señor Director tiene sus conexiones...». El señor Director siempre las ha tenido: sociales, políticas, religiosas, profesionales, industriales, de comercio, de Banca. Para él, vivir es conectarse: con la realidad vista desde su lente, con el pasado tradicionalista, con el futuro revolucionario, con las circunstancias al azar. Lo llaman *El Camaleón*.

—Subsistir es el primer deber de toda institución libre.

Y aunque para subsistir su periódico dejó de ser libre, este detalle no cambió la frase del encabezamiento. Él es abanderado de las instituciones democráticas, de la verdad, la justicia, la igualdad y de palabras que, por manoseadas, perdieron su sentido primigenio para convertirse en muecas hacia adentro.

El Director agarra la muletilla de la cerradura, hace sonar el picaporte, entreabre la puerta y le dibuja con el dedo índice un gesto de anzuelo. El reportero abandona su mesa con movimiento de cosa concluida y sonríe al recordar un apunte del fotógrafo sobre el otro: «—Esas bolsas de marsupial bajo los ojos, como si tuviera miradas lascivas de repuesto».

Sus pasos pisan la escena que le aguarda junto al Director de *El Público* y a doña Josefina de Arenas. Cuando ella le da su sonrisa, él siente degradantes deseos de expresarle las gracias.

María adora al doctor Salomón —así le dice— y para ella es santo y sabio, con esa obsesión de los pobres, los enfermos, especialmente los tuberculosos. A veces, también, los estudiantes, porque él ocupa varias cátedras en la Facultad de Medicina.

Así, el dolor por la desgracia de Los Barrancos le llega desde el ceño de su patrón, tamizado en aquella alma de honradez inoxidable; al sentirlo, trae un sello inconfundible, no del suburbio sino del Hospital General y de los costureros y de los silencios en la mansión de sus señores, los Arenas. Sus mejores patrones en una vida al servicio de casas lujosas, ahumadas su carne y su alma al calor de las estufas, genuflexa su voluntad, cauce listo para cada orden, para cada frase con signo de admiración o interminables puntos suspensivos. Ella sabe lo demás, lo sabe su lealtad, su sentido de la responsabilidad doméstica, su corazón viejo que late domésticamente en los corredores, en la despensa, en el comedor frente a la vajilla de plata, desde que un día, de otra casa cayó a esta. Si no le gustó, se fue acomodando y nunca pensó en la posible rebeldía: no había otro sitio donde caer, desde el principio su vida tuvo un letrero. Por eso no ha exigido más que su ganado señorío sobre la cocina y, de cuando en cuando, una frase de reconocimiento:

—Un guisado exquisito, María, el señor Rector dice que nunca había probado otro igual.

—Y el señor consejero del palacio arzobispal...

María tomaba un aire digno y modesto —de quien sabe verdadero lo que arguye— y con un gesto vago y pequeños monosílabos fingía dar por terminada la cuestión aunque después la rumiara, contenta del elogio, de su habilidad culinaria, de su digna modestia. Y durante la Salve enviaba al Corazón de Jesús un padrenuestro más para la cuenta de sus buenos

señores, los Arenas, y un Ave María para la del señor Rector y el Consejero del Palacio Arzobispal, y agregaría la oración de la novena a Santa Rita de Casia, protectora por herencia materna y posterior comprobación personal de su capacidad para el milagro:

«Sagrada protectora de imposibles Santa Rita de Casia, brillante espejo de paciencia, azote de los demonios, refugio de necesitados y milagroso ejemplo de los mortales. Sagrada esposa de Cristo coronada y regalada con una de sus sagradas espinas; si es para la gloria de mi Dios y vuestra y para bien de mi alma, concededme lo que os pido en esta novena; principalmente enderezad mis humildes peticiones al perdón universal de todos mis pecados y la enmienda de mi vida, por los méritos de la sagrada corona de mi Señor Jesucristo y los de su santísima Madre. Amén».

Porque, en muchos casos, llamarse María imprime carácter. El nombre invita a la resignación, al sacrificio sosegado: se vive como quien se muere, como quien fue sembrado para cumplir estérilmente una función importante por la apariencia física. Y María parece un silencio de aceptación a todo. En ella no estaba rechazar su vida, y la aceptó; no estaba en ella pedir cambio en la casa del doctor Arenas y aprobó endosarles su destino que tenía símbolos palpables: en las manos el cepillo sacudidor —de cerda o plumas para desempolvar muebles y rincones—, en los labios las jaculatorias para sacudir sus temores y recordar a Dios que otra alma simple caía bajo Su responsabilidad, con la advertencia impresa en la Novena a Santa Rita de Casia: «Todo empleo de la vida cristiana se reduce a tres puntos: hacer buenas obras, evitar culpas y sufrir pena. Ya todos los santos enseñan que estas cosas son necesarias para la salvación y que no basta la una sin las otras; porque no es bastante que alguna persona haga algunas buenas obras, si no evita en lo general las culpas; y sobre ambas cosas es preciso que las penas y trabajos que Dios le envíe lo lleve con paciencia».

En lo demás se guiaba por esa sabiduría fácil, un poco determinista, de algunas verdades permanentes, inamovibles para su equidad y que en nada estrujaban el orden de sus paqueticos en la cotidiana existencia.

—¡Pobre gente! —exclama viendo las fotografías de *El Público*. También para ellas repartiría los dones de la oración y se exaltaría más en los *Gozos* del cuadernillo venerado:

*El día que os bautizaron
de vuestra boca advirtieron
que abejas blancas salieron
donde un enjambre formaron.
En él se miró cifrada
la dulzura que atesora
Sed nuestra intercesora
Rita bienaventurada.*

Sufre en el viejo chiflado de Los Barrancos, protesta con el padre de cara enjuta, se asusta con la Bruja del bordón y con el paralítico de la gran muleta, se desazona con la foto audaz de Martina, se enternece con el niño junto a una cabra barrigona. El chico le recuerda un hijo que presintió cuando podía soñar con ser madre; madre frustrada, de hijos ajenos, los de sus patrones, demasiado blancos para que sus entrañas los quisieran de verdad. El pequeño de la cabra es moreno, en revoltijo el pelo sobre la cabeza.

Allí estaba la fotografía de Amalia. La reconocen sus ojos gastados, el pulso de su sangre. No pudo intervenir en el caso de la joven, y rezó para que Dios la perdonara, para que le dieran buen trato en el correccional de El Buen Pastor.

«—Ellos tienen muchos amigos importantes».

Cuando se dio cuenta de que esperaba un hijo del estudiante Gilberto Arenas, Amalia se avergonzó, llegó a desesperarse; fueron más silentes sus pasos en la casa de los señores, más sonrojadas las respuestas, más evasiva la presencia en las habitaciones lujosamente decoradas. Hasta con María se hizo esquiva la parca charla de las tardes.

Amalia —lo recuerda la vieja— se aislaba en su cuarto y hacía nudos en el delantal y llevaba al rostro las manos agotadas, manos que del rostro pasaron al regazo. Desempeñaba sonámbulamente los oficios, incapaz de comunicar al Niño Gilberto el secreto que algún día revelaría su vientre.

¿Si recordaba a la joven? De vez en cuando, María la recuerda. Pudo haber sido hija suya, o nieta, o protegida. No se atrevió a reprender al primogénito de los Arenas, sus buenos patrones. Ella, ¿qué podría saber? El diablo ronda a los cristianos y obtiene momentáneas victorias. Ahora, en el exterior, el joven se habrá arrepentido. ¿No podría arrepentirse Amalia de

su hijo? Tal vez son pecados sin perdón, amor hecho gemido en boca sin nacer a la protesta.

María sonríe tristemente a sus paqueticos: de sal, de harina, de arroz, de chocolate, de canela, de bicarbonato, de té, de café, de manzanilla; a sus cien paqueticos amorosamente ordenados en las gavetas de su alacena, en los rincones limpios, sobre los pulcros estantes.

Traje gris y delantal a cuadros negros, en la casa, y luto radical para La Hora Santa, para la reunión de Hijas de María Santísima, para sus rigurosos ejercicios cuaresmales, para la asistencia a novenas y salves y trisagios. Un misal de pasta incolora con grabados sobre el Santo Sacrificio; un devocionario que aclaraba los grandes misterios divinos y humanos. Un pañolón de borlas, una peineta de carey para su moña, zapatos de medio tacón para sus lentos pies. El Corazón de Jesús, la Virgen del Carmen, un pesebre copia de la imaginería colonial, santos y santas de almanaque litúrgico, un baúl de cosas viejas supremamente bien ordenadas—mantillas, chalinas, franjas de bolillo, corpiños, mantelitos de crochet, pañolones de flecos anudados olorosos a encierro y naftalina, un Cristo gimiente en una cruz de madera, tres camándulas, diez medallas y cintas de la Congregación, un rosario de cuentas negras, dos lámparas votivas, un taburete de ancho asiento. Un alma pacífica ventilada por oraciones y donde murieron de hastío los pensamientos inoportunos. Al fondo, la impenetrable soledad de Dios.

Porque Dios, para María, es una persona alta, un sí es no es enferma de la divina bilis, otro amo severo pero dueño de una mansión celestial y poderes infinitos, invencible en los conjuros, en las grandes batallas contra el Enemigo.

«Te exorciso † espíritu inmundo, toda incursión del adversario, todo fantasma, toda legión en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, para que salgas y te alejes para siempre de esta imagen de Dios. Él mismo te manda que desde lo alto de los cielos te mandó que te hundieras en lo profundo de la tierra. Te lo manda el mismo que aplacó el mar, los vientos y las tempestades. Oye, pues, y teme, Satanás, enemigo de la fe, enemigo del género humano, portador de la muerte, raptor de la vida, decantador de la justicia, raíz de los males, fomentador de vicios, seductor de los hombres,

traidor de las naciones, incitador de la envidia, causa de la discordia, y en fin rústico villano; ¿por qué aquí permaneces y resistes, sabiendo que Cristo pierde tus caminos? Teme a aquel que inmolado en Isaac, vendido en José, muerto en el cordero, crucificado en el hombre, fue triunfador del infierno. Aléjate maldito diablo conjurado † y para siempre expulsado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu † Santo».

María no pensaba su amor ni su poderío ni su terror: era algo de lo que no podía escaparse, como una tempestad invernal. Y ella anhelaba los inviernos: el verano le parecía ligeramente inmoral pero amaba el semblante y las ropas de invierno: serias, gruesas y dignas, y sus firmamentos respetuosos, y las noches de luto, y hundir por las tardes los ojos en el chorro de las viejas gárgolas.

Del ruido ciudadano solo le interesaba la campanilla del lechero y las de sus señores, el doble en alguna iglesia, la música solemne en algunas procesiones, las campanas en el momento de alzar la hostia, y, de tarde en tarde, el pífano del Afilador.

—María, usted habría hecho la felicidad de cualquier hombre —comentaba, deseoso de resaltar que no le ofendía el trato con los humildes, el señor Rector u otro invitado de los Arenas.

—¿Quién sabe, en sus tiempos...? —insinuaba el señor Decano.

María sonreía tímidamente. Y en el fondo, allá demasiado lejos, cierto vano orgullo de que la creyeran capaz de haber inspirado una pasión amorosa.

Aunque muchos años atrás asociaba todos los demonios al amor de hombre y mujer, logró desterrarlos a base de oraciones y promesas al Corazón de Jesús. El amor... ¡Amor! Amalia... ¡Amalia! Suena el nombre en lejano rumor de súplica. Es otro paquete borroso el recuerdo de esta joven de Los Barrancos. Un día volvió, ya hinchada la cintura, y se atrevió a preguntar con esa sonrisa de jovial ofrecimiento:

—Y del Niño Gilberto, ¿qué han sabido?

María meneó la cabeza, en ella no estaba la solución. El Niño Gilberto Arenas ya se habría arrepentido. Resignación en la desgracia, en las metas inalcanzables, en las preguntas sin respuesta. Los Barrancos son los barrancos, la ciudad es La Ciudad. Como el blanco es blanco y el negro es

negro, está de Dios que así sea. Y así fue, y en los ojos aterrados de Amalia continuó humedeciéndose el amor imposible.

Vagas impresiones las de María, cerca de sus ordenados paquetes, frente a las gráficas sobre el Hospital General y los derrumbes. Pronto llegará también su muerte y será otro paquete dentro de unas tablas, en el silencio ordenado de la última alacena, en el tumbario de pobres... No, esto no. Después de contar horas y horas a la vida de sus señores con la fidelidad de un reloj de sobremesa, le prometieron que a su muerte le mandarían rezar las Misas de San Gregorio, le reservarían un rincón en el panteón familiar y grabarían su nombre con letras enlutadas y un diminuto Ángel del Silencio. María sonríe tristemente a sus impresiones bien ordenadas: de Los Barrancos, de Amalia, de los niños, de la cercana muerte.

La horrorizan, no obstante, los cadáveres contrahechos que han logrado desenterrar, y la brutalidad de los agentes que arrojan al aguacero tantas personas sin dónde caer vivas.

«—Todos somos cristianos, todos debemos tener dónde caer muertos».

Para María la muerte es un desastroso desaparecer, una horrible soledad sin patrones que den órdenes y pan y techo y lecho. Sin la seguridad de oír voces en la casa señorial ni ruidos humanos que lleguen desde arriba; sin el calor de una cocina anchurosa, ni una vajilla de plata que abrillantar, ni sillones muelles que mirar, ni deberes que cumplir. Pero va remendando con jaculatorias su mortaja, porque alguna noche mientras duerma pasará del sueño a la muerte, y su alma saldrá en puntillas con destino a la Gloria, como un buen pensamiento, guiado por la santa de su devoción, que también hubo de soportar el trance.

*Del sepulcro son despojos
vuestras perfecciones bellas
y logramos ver estrellas
si os hacen abrir los ojos;
la vida queda encargada
donde el arca os atesora.
Sed nuestra redentora
Rita bienaventurada.*

No, la muerte es abominable en una casa grande o en los cuchitriles afuereños.

«—Santo Dios Todopoderoso».

Los Barrancos deben desaparecer, en eso está de acuerdo con el doctor Arenas. Pues, ¿qué harán con tantos heridos? Llevárselos a su patrón, y a él ya le sobran problemas. Además, la gente no tiene por qué vivir expuesta a las epidemias y a la corrupción en tales criaderos de criminales, la prensa habla de eso, dijo la señora poco antes. Agregó que precisamente una hermana del niño de la cabra, de nombre Martina, había protagonizado un escándalo con el famoso Luicho de la crónica roja. Si pudiera leer se enteraría, pero fotografías y rumores ya le dicen mucho.

«—No deben abandonar el campo, allá viven mejor. ¿Por qué no regresan a la montaña?».

Y María deja sobre el mantel de su alma un paquete de serena tristeza.

OceanofPDF.com

No podría decirse que la señora Josefina de Arenas es mujer excepcionalmente hermosa, pero tras ella van las miradas cuando camina. Tal vez le reprochen la seguridad de sus ojos y el paso de duro taconeo, porque provienen de la conciencia de superioridad con respecto de sus amigas de Club y de salones, donde brillan su porte y su sentido de la caridad. Pues además del rumbo de su hogar, le interesan los derechos de la mujer y los movimientos cívicos encaminados a su evolución progresiva, sin forzar situaciones que se impondrían con desmedro de las sanas costumbres y de la religión de sus mayores.

Pensaríase que la piedad representa un recurso que doña Josefina tiene a disposición para darse lustre y justificar sus dudas sobre el destino de la mujer en el mundo moderno. Costureros rotativos, labores misionales, clases de cerámica, Club de jardinería, arreglos para desfiles de moda con fines caritativos... Ella no quiere preguntarse si, de no haber publicidad, o, cuando menos, testigos, se esforzaría igualmente por los necesitados. Cuando ve a una barranqueña enferma tender la mano implorante, ella reflexiona que, de no haber sido afortunada, bien podría estar en lugar de la mendiga. Entonces abre su perfumado bolso y se da un consuelo y una limosna al dárselo a la miserable: al hacer el bien se rinde homenaje a sí misma. Otras veces la impele a la caridad un matiz de culpa; y al cancelar su cuota al desequilibrio de los ricos demasiado ricos y los pobres demasiado pobres, se concede el derecho de seguir una vida muelle. Luego en sus reuniones hace el panegírico de la caridad cristiana, aunque en su oratoria piensa que el panegírico es a ella misma, depositaria de esa virtud. Tampoco se pregunta si, al dolerse de la existencia de tantos desvalidos, lo hace porque ellos son desgraciados o porque esa desgracia le causa una impresión de repulsa que debe evitar para el propio sosiego.

Cuando leyó los titulares a ocho columnas fue sincera al decir delante de su esposo y de María la dentrodera:

—Podríamos recoger este infeliz niño de la cabra. ¿No te fijaste en los ojos tristes?

Tal vez uno de los motivos por los cuales organiza tómbolas y fiestas benéficas es el de inadaptación a su familia; querer al marido —solidarizarse con sus problemas— es deber natural como abrigarse los catarros o asistir a misa dominical y a los velorios de sus antiguas amistades. El amor para ella ha sido una aceptación de la concordia, un poner boquete a sus sueños, un llenar con palabras los no expresados sentimientos e imponer al marido, por vía enaltecedora, un prudente régimen de castidad.

Aunque desaprueba la miseria de Los Barrancos, no se acostumbra al grito de la bruja: «—¡No va a quedar uno solo!», ni al ritornello del paralítico: «—¡Yo, Zapata el Inválido, acuso!». El tono inculpa indirectamente, es un pecado colectivo cuyo perdón está condicionado a la renuncia de privilegios no justificables.

La Bruja ronda con frecuencia la casa del doctor Arenas. Doña Josefina ha reclamado:

—¿Por qué no encierran a esa pobre loca? Es injusto que ruede por allí expuesta a tantos peligros. Y el epiléptico... ¿Lo has oído... lo has visto, al pobre?

—Sí, Josefina, lo he visto.

Su conciencia quedaría tranquila. Tranquilas quedarían las calles sin la amenaza de una mujer que hace tremolar su hambre y su odio como si fuesen una bandera. Sin...

—¿Qué dices, Salomón? —pregunta al marido, retante.

—Habría que encerrarlos, Josefina —responde él, convivente tras las hojas del periódico.

Centenares de personas han hecho idéntica solicitud: es vergonzoso que refrieguen los barrios aristocráticos y desafíen el simbólico Obelisco echándole tales pregones, en ello están acordes Obispo, gobernador, alcalde y jefe de turismo.

—La locura.

- El peligro.
- Los comunistas.
- La chusma.
- Los disociadores.
- El populacho.

La ciudad merece respeto. Cuestión de higiene, de orgullo cívico. Algo se estremece en las personas cuando oyen gritar a la vieja y al inválido en un tono de imprecación. ¿Que la revolución viene?, es impostergable detenerla. Ahora, rumbo al edificio de *El Público*, doña Josefina de Arenas siente que otro miedo le recorre su ropa elegante y hurga en el descote, en la línea oscura de sus medias, en el nacimiento de la nuca, en la blanca mano enguantada. Y en los ojos, que ven correr a los periodiqueros al anunciar otra edición extraordinaria. Ella vuelve a pensar en la muerte. No ya en aquella muerte de Los Barrancos, sino en la de algo nacido de la visita próxima al señor Director.

Para doña Josefina la muerte es un afeamiento de la carne, última etapa del envejecimiento después de que las células se cansan y los tejidos se resisten a su renovación; significa luto riguroso, y silencios obligados, y tristeza en los músculos, hasta en el cabello. Horrible se volverá el cuerpo yacente sin maquillaje posible, sin sonrisa para dar calor de juventud a la muerte, a la piel que se descompondrá hasta quedar el esqueleto desnudo y un polvillo ácido. Teme la muerte porque va unida a la idea de cadáver, de carne concluida, de voces calladas. Y una tremenda soledad, y un silencio sofocante, y un «por toda la eternidad» definitivo.

Porque siente dentro de ella frío, su propio cadáver; porque un día se le olvidará vivir, y ya estará muerta. No podrá entonces recordar cómo fue la vida, qué no hizo en ella: un inmenso remordimiento de una vaga culpa será su castigo. La muerte es *su* muerte, la que le llegará después de envejecer al lado del doctor Arenas y a medida que su hijo Gilberto se vuelve hombre y los menores se hacen jóvenes y otros niños crecen y todo recobra vida y vigor y sensualidad.

No sabe por qué piensa en la muerte al citarse con el Director de *El Público*. Algo muere en ella o la incita a sentirse joven para equilibrar su

madurez vecina al apagamiento. Más bien un reclamo a la acción, afán de saldar una deuda con su juventud en fuga irremediable.

Pero aún vibra la ineditez, un bravo aliento sensual que se resiste a morir y pone brillo de pupila en los gestos.

El director la conoció cuando él comenzaba su carrera en la prensa. Ella era hermosa pero su belleza fue aplazando lapsos y dejando atrás las voces enamoradas; así pasaron años, años, entre el afán de vivir intensamente y el terror de que todo aplazamiento la arrojaría contra sí misma. Su belleza solicitó más tarde, se ahondó en su isla: atractiva e inteligente, a los treinta años hizo dura su soledad entre fantasmas de momentos huidos, entre voces ardientes que se apagaban cada minuto. Ya el amor le llegaba por bocas maduras que ofrecían hogar, o en labios de jóvenes que insinuaban noches al rescoldo de una pasión sin futuro. Empezó entonces a preocuparse por obras caritativas, con amarga dedicación, porque la caridad era, en cierta forma, sucedáneo del parasitismo social.

Así conoció al doctor Salomón Arenas, en un acto de recibimiento en la Facultad de Medicina. Le oyó palabras, viejas palabras sosegadas, como una gran planicie, como todo lo ya conocido, desde mucho antes de llegar a ello. Después él le dijo:

«—No soy hombre de mundo. Me he enamorado de usted».

Fue triste su alegría. Durante aquella velada hubo jóvenes profesionales que la buscaron, pero ninguno propuso lo que el doctor Arenas: salvación para su belleza inútil, para la superación que los jóvenes no comprenderían. Más hondo fue el hueco de su almohada aquella noche, más inmóvil la imagen en los espejos, más húmedo el lino de su pañuelo.

Y se casó con él. Como una planicie, como... No está arrepentida: le dio un hogar, tres hijos, seguridad, le acentuó su vocación de mujer. Lo quiere, le está agradecida.

Ahora él se muestra anulado. Al salir de su casa adivinó la sequedad. «—Cuídate» le dijo. El vidrio de su automóvil le advierte que el escote baja y que el peinado luce más juvenil y que el traje exalta más líneas en su cuerpo. Su virtud quiere hacerla regresar, pero el cumplimiento del deber hacia su esposo le ordena asistir a la entrevista. «—No falles, Josefina» le previno. Además, las entrevistas con el director han sido frecuentes, a raíz

de una fiesta de la Asociación Femenina, de la exposición artesanal, de los Centros Protectores, o cuando le lleva crónicas de prematura filantropía.

El automóvil se acerca a las oficinas de *El Público*. Dos días antes iba igualmente excitada por los datos sobre el Hospital General. Ella no quiso pensar en la presunta maniobra del periodista. Se puso furiosa al leer, recapacitó, esperó aclaraciones. Seguramente fue culpa de ese reportero nuevo, pero recordó sus relaciones con el director en los últimos meses, y sus presentimientos se esfumaron en sensaciones de amable vaguedad.

Primero, ante una insinuación de él, su virtud se ofendió; ante una explicación adecuada, su virtud recibió desagravios y, con ellos, inexplicables nostalgias.

«—Soy una mujer decente» —dijo una voz dentro de ella. Y al ver que el hombre se alejaba sin volver los ojos, repitió, llorosa: «—Soy una mujer decente...».

Pues una dama culta y hermosa puede ofenderse porque la deseen o porque no la deseen. Y en este caso, ¿no hay reconocimiento de que todavía es capaz de una atracción suprema? Al dar espacio a esa seguridad ante sí misma de no ser mujer acabada, su virtud adquiere méritos nuevos, se torna sensual. Cuando transcurre un lapso sin esas manifestaciones que recuerdan su juventud, luego su soledad de treinta años, luego su decisión de casarse con el doctor Arenas, la virtud de doña Josefina se vuelve triste. Si el director —u otro cualquiera de los amigos de su marido, o un socio de Club, o un miembro de consulado— se quedan mirándola más de lo que las circunstancias exigen, ella cambia de tema para demostrar ecuanimidad en su aire mundano, y entonces su virtud se hace alegre, segura de que debe sostenerse en lucha contra las tentaciones: abre a todos su corazón, sin pases de cortesía.

De este modo su virtud se hace amarga, o cansada, o jovial, o agónica. Es dueña de sí misma y se adapta a las circunstancias, notando que, paradójicamente, se afinan los resortes de su poderosa vocación para la caridad. Y al comprender que empieza a sentirse vieja, su virtud adquiere síntomas de remordimiento.

Cuando, dos días antes, pensó que podría tratarse de un método de coacción por parte del director de *El Público*, tuvo un efusivo

estremecimiento difumado en la ira por el daño a su esposo. Tal vez en el fondo estuviera acorde con el cronista —irreverente por lo demás y bajo el influjo de ideas extraviadas—, pero el director jamás debió pasar la crónica. O salió contra su consentimiento, o fue descuido en la revisión del material publicado, o... Tal vez el Director nada se propuso con la publicación del reportaje sobre el Hospital General. Habló con él —no quiere recordar claramente lo que se insinuó, lo que en ella pudo empezar a morir—, y sufre un agradable miedo ahora, de regreso a la Redacción para su campaña en pro de los damnificados de Los Barrancos. Y para martillar sobre el tema de su esposo.

¡Su esposo! —Algo en ella se pone vertical, inflexible. Detesta el anulamiento de este hombre ante los hechos, siente ira al verlo blandir su ocasional pena contra la humanidad. El sufrimiento no está en él, no forma parte suya en ese momento, sino que más parece un insecto revoloteando al que trata de aventarle un manotazo; es un sufrimiento sucio, sin belleza posible.

A veces, al mirarlo, frunce labios y alma en gestos desencantados; si lo ve arrolletado en el sillón, siente que el mueble queda más vacío que antes. ¿Se merece él toda su virtud? La contención de ella —que le cuesta— dedicada a la contención de él, y que no le cuesta por ser su estado natural. Si le hubiera sido infiel, si ella se sintiera culpable, lo mimaría para compensarle la ignorada afrenta. Pero al no existir esta, su virtud le da derecho a sentir odio momentáneo contra su marido. Porque va convirtiéndose en mujer sin pasado, y en ella se sacude el instinto de juventud, un afán de no dejar morir lo suyo, de no dejarse envejecer; el encanto doloroso de esa lucha en que inexorablemente vencerán los años.

¡Los años! Uno, cinco, trece. Dieciocho. Diecinueve años a su lado. Y siempre una idéntica frase cada doce meses, cada trescientos sesenta y cinco días:

«—Hoy cumple años nuestra felicidad».

Le provocaría castigarlo, pero tenía que sonreírle y contestar lo que él quería oír, y simular satisfacción y brío a la hora del beso, del regalo torpemente incógnito, de las flores, del llanto imposible. En lo pequeño y en lo grande hacía necesaria también la complicidad en el engaño: cuando él,

con coquetería absurda, le pedía una corbata especial, ella se dirigía al ropero y escogía la que él pensaba que ella escogería. Cuando... Y esas evocaciones pueriles a las que era necesario celebrar y estimular:

«—¿Recuerdas, Josefina...?».

Y hacerse copartípe de los sosos detalles de alguna reunión con el señor Rector, con familiares cuentachistes, con antiguos colegas, con recién llegados. Amistades de conveniencia, representantes generales de la virtud, de las buenas costumbres, de la doctrina cristiana. Los que rezaban alto en los velorios para alumbrar al difunto el espinoso camino del cielo; los que hacían con Dios transacciones de igual a igual: garantizada la gloria eterna, ellos visitarían enfermos, consolarían pobres, predicarían resignación, guardarían vigiliat ceremoniales. Los que nunca se comprometían francamente en favor o en contra de nada y dejaban al tiempo —«a los malos tiempos que corren»— la solución de toda inquietud; los que pedían permiso a la tradición para reflexionar, para sentir, para decidirse, porque el pecado y los socavadores de prejuicios acechaban tras de cada decisión propia y ajena; los apoderados exclusivos de la razón y los afectos, opinadores de lengua suelta en el concepto inapelable, de nervio intransigente en la sentencia moral, de intrigas para el sostenimiento «del actual gobierno de los mejores para los buenos»; los que... El Señor Rector, el Señor Magistrado, el Señor Decano, el Señor Cura, el Señor Obispo, el Señor Presidente, el Señor de los Milagros... Mil conversaciones de familia y sociedad para aburrirse sonriendo. Hablar y hablar y hablar, no callarse porque algo desconocido ocurriría. O alargar y alargar los silencios con miedo de que algo estallara si abría la boca.

Y las alteraciones que el esposo producía cada mañana: primera tos, primer pugno, por el primer esfuerzo en levantarse; radio que se enciende para escuchar el noticiero, llave que voltea para abrir la puerta del guardarropa, arrastraderas hacia el baño, agua que se suelta, ducha interrumpida, gárgaras, timbre en solicitud del desayuno...

—Sí, jugo de naranja, sin azúcar.

Y las exasperantes manías:

—Siempre digo que el cepillo de dientes debe tener sitio *fijo*.

—La máquina de afeitar, la jabonera... ¿Dónde pusieron la brocha?

—Siempre digo que la pasta de dentífrico debe prensarse desde su gasi, así. ¿No aprenderán?, aquí no hay orden.

—Las mancornas, ¿fueron a la lavandería?

—El sobretodo, ¿lo han robado? ¿Dónde está el talonario del Club?

—Mis pantuflas, ¿qué se hacen? ¿Caminan solas? ¡Mis credenciales!

—Josefina, ordena inmediatamente que no haya desorden.

Y toallas, y colchas, y zapatos, y vestidos, y bata de baño, y estilógrafo, y corbatas, y papeles, y libros de consulta... El hombre-rutina, la bondad viciosa. Se sienta en el butacón de cuero abollonado o en la silla mecedora, frente a los periódicos, al televisor, a la radio. Los mismos voluminosos libros que ojea por costumbre, las mismas ocurrencias a la misma hora. El eterno gris de sus trajes, el intermitente reflejo de sus lentes, los tics de sus ojos. La voz a medio tono, el caminar lento, las manos regordetas, los blandos ademanes. Como una repisa donde se ponen cosas para no cambiarlas, como una percha, como un escaparate, como un breviario de moralejas, como un frasco lleno de algo incoloro. Como un reloj: hora determinada para acostarse, para levantarse, para comer. Perfectamente educados sus sueños, su estómago, su vejiga, sus zapatos, sus quincenas, sus anuarios.

Desayuno a las siete en punto. Almuerzo a las doce y media. Comida a las ocho menos veinte. Pequeña refacción a las cuatro —café en leche, una tostada de pan, un bizcochuelo— y dos pocillos de bebida aromática al levantarse y al acostarse: manzanilla para la digestión, apio o perejil como diurético, cidrón para los nervios cansados...

El matrimonio afirmó más en él sus caprichos de solterón tímido y resentido. Es un alma condenada a la repetición, a la monotonía, a la mutilación en los afectos, hasta en los ademanes.

Sería agradable algún pequeño revoltijo en él: si saliera despeinado, o con la corbata torcida, o con los pantalones sin raya, o con la camisa desabotonada. Si algún día no se despidiera de ella o regresara tarareando una canción de vino, pintarrajeado el cuello de su camisa, oloroso a *cabaret*... Pero la abstemia en él no es una virtud, es miedo a la borrachera, al ridículo, a lo que está más allá de su rutina.

Y de la de ella: compras y cerámica los lunes, costurero los martes, reunión con el señor Rector y su esposa los miércoles, jardinería los jueves, canasta y bingo los viernes, salida con sus niños y cine en vespertina los sábados, misa y almuerzo con familiares los domingos. Y visita, con flores y lutos de ocasión a los muertos queridos. Teléfono todos los días. Televisión todos los días. Todos los días matrimonio.

La ausencia del mal amarga a ciertos seres débiles para la virtud. Se creería que la virtud irremediabilmente practicada crea resquemores en las personas inseguras de su verdadero destino. Algo en ellas —sentido del ahorro, del dar y recibir, del equilibrio por compensación en las balanzas— pide la presencia del demonio y un no dificultoso vencimiento ante el atractivo de las tentaciones.

Quizás a este punto ha llegado la señora de Arenas. La conciencia de valer más que su marido le creó un vacío lacerante a la hora de los silencios reflexivos sobre la monotonía de su conciencia casera, con barrotes semejantes a los del hombre al que yuxtapuso sus años. Algún criterio de oferta y demanda había en sus reflexiones: en el matrimonio cada parte se entrega a la otra, y la que se cree de más valor debe ocultar el sentimiento de haber sido engañada en el contrato.

«—Como una planicie conocida, como un desierto, como...». Los frenos del automóvil la rescatan de su abstracción. Cuando llega al periódico, los periodistas se levantan a medias en una venia disimuladamente marrullera. Y aunque piensa que esta admiración es inseparable del acto de haber llegado, se matiza de vergüenza al recordar su vestido e imaginar lo que los redactores puedan suponerse.

Con gestos de amabilidad corresponde las frases de homenaje no dichas, traducidas por su intuición de mujer encargada de avivar la caridad en un pueblo apático. Da dos golpes en la puerta a semiabrir, con aire de sonreída culpabilidad, por llamar la atención del Director y aquietar la respiración de su virtud en el seno rejuvenecido.

Cuando oye tocar a su puerta el director se arregla la corbata, ladea un labio ante el espejo, rebuja en su escritorio y toma un aire de evasión en consonancia con el efecto buscado. Ya sabe en la puerta a la señora de Arenas, pero sigue en su comedia, sacando de su repertorio cierta máscara de amargura; de pronto hace como si saliera difícilmente de ella y finge sorpresa a la dama que lo atisba con expresión de complicidad en la pantomima.

—Pero, mi señora, ¡qué gustazo me da!

Ella sonríe en forma de saludo, dando espacio a que el otro invente frases de galante bienvenida. Su mano recibe la dura mano del señor director, y empieza a desguantarse como si ordenara sus preocupaciones conyugales.

—Vamos a tener trabajo —dice con oculta satisfacción—; los derrumbes dan para días.

Piensa en el doctor Arenas, piensa en Los Barrancos, dijo «vamos a tener...».

—... ¡Qué tragedia la de esa pobre gente!

Al director, ese tono condolido se le parece a las exclamaciones de sus reporteros cuando pueden dar noticias de accidentes graves. Pero amolda su figura a las circunstancias de una desgracia y de una posible aventura amorosa con fondo de buenas obras.

Lo atrae ese porte crepuscular, ya en la agonía del sexo, contenidos sus impulsos por el deber. Segura de su resistencia ella experimenta alguna fruición al probarla frente al periodista, nota más sensualidad en verse junto al abismo que en lanzarse a él: saberse deseada es afrodisíaco para su virtud, y esta vibra con renovados ímpetus, refrescada en su amorosa renunciación. Estar en la memoria de él sostiene lejanas vanidades, por eso

teme rechazarlo, porque si él la olvida morirá otro poco, y quiere aferrarse hasta del engaño. Ausente de muchos —inclusive de su marido— en el director tiene vivencia de resucitada.

—¿Cómo pueden crecer generaciones sanas de esos cuchitriles? Sin cumplir ocho años, este niño ya robó una cabra, informan los periódicos. ¡Robar una cabra a su edad!

Se va acercando al tema que la llevó, merma su impulso:

—Y el padre de la criatura únicamente dijo: «—Un día llegó el animalito al patio y se encariñó con el niño».

Detiene voz y mirada en la fotografía de al lado, donde aparece Amalia. Piensa en su hijo Gilberto, en la absurda aventura con esa joven barranqueña cuando vivió en su casa. Entonces la conmovía aquella expresión angustiada y humilde, que se tendía como si mendigara un saludo. Desvíos de adolescencia, pues. Los de su hijo.

¡Su hijo! Aburrimiento prematuro, cara inexpresiva, de encargo. Como para vivir en manada haciéndose el grandullón a base de pequeños actos corrompidos. Lo mandaron al extranjero no tanto para estudiar, no tanto por lo de Amalia, sino porque ya no lo aguantaban, porque los desesperaba aquella juventud de falsa rebeldía, de energía cansada y agresiva indiferencia.

—¡No es posible!

Al director no le agrada el rostro de ella si las frases enfáticas le borran serenidad. Lo seduce en las pausas promisorias, cuando vuela su mirada desvaída hacia ninguna parte, cuando se pintan de tristeza sus facciones. En esos momentos es simultáneo verla y pensar: «—Fue hermosa, fue amada, fue brillante». Elegía que busca sin desesperación sus huellas, hora crepuscular en sus matices, cercano ya el apagamiento pero con la vitalidad de lo que deja luz aunque se extinga.

Una severa ternura se insinúa en los rasgos de él, abre sus manos para la caricia sobre aquella piel que pronto caerá en el reposo.

—Si hubiera manera...

Ronronea el motor del aire acondicionado, los teléfonos se turnan para repicar, tocan a la puerta una y otra vez. El Hospital General, Los

Barrancos, las próximas elecciones, una presunta revolución, la campaña depuradora en la administración pública, aumentan el tráfago periodístico.

—De haber sabido los sacrificios que impone un Diario, me habría dedicado a la albañilería.

Ella lo nota feliz de hacerse víctima importante, esboza otra sonrisa llena de solidaridad.

—Hay que velar por la sociedad, por la familia, por los desgraciados —dice ella. Insinúa el nombre del doctor Arenas. Son víctimas del deber.

—Primer premio para la dama virtuosa.

Que años atrás le dijeran: «—Es una joven virtuosa» le halagaba porque además la sabían bella, de rostro al futuro. Hoy le hiere que elogien primero su virtud.

—Ese asunto del Hospital lo solucionaremos, fue... Y Los Barrancos, todo tan inoportuno...

«—Un pobre diablo, eso es el doctor Arenas —piensa el director—. Un mequetrefe con ganas de volverse estampa en texto académico». Quisiera tener motivos para ofenderlo de veras. «Un bribón, eso es. ¡El virtuoso, el reflexivo, el prudente!». —El director retuerce su sonrisa—. «¿Quién, el doctor Salomón Arenas, hombre grande? No, es un badulaque de tamaño natural: dos dientes de oro que le obligaron a ser parco en el reír, le dieron fama de hombre serio; esto, más sus gafas de miope y sus arrugas en el ceño por el fastidio de la luz, acreditaron el aire de pensador que le advirtiera una tía; esto, más un defecto en la voz que lo hizo avaro de palabra, le valió el renombre de prudente; esto, más...».

El director está contento de la caricatura, sonrío a doña Josefina, agradecido.

Repican los teléfonos, llaman a la puerta, insisten en el citófono, quieren entrevistas. Tiende las manos en trance de mártir. Doña Josefina aguarda, nerviosa. Él da órdenes, propina regaños, señala datos, escucha pacientemente, se irrita.

—Aquí es imposible hablar nada importante.

Y es importante lo que deben conversar, está el honor de su marido de por medio. ¡Honor! —sonríe con discreta amargura. Bueno, está lo del Hospital General, los reportajes. Su marido confía en que ella arreglará

todo. «—Cuídate» —dijo al observarle el arreglo juvenil. Es necesario el riesgo. «—No falles, Josefina». Su virtud vuelve a ruborizarse al aceptar la necesidad de salir con el veterano periodista. Los ojos de ella van a las sienes blancas de él, a los ojos donde brilla la espera, a la boca que dice tres palabras:

—Todo se arreglará.

Y a los dedos en juego con un pisapapel: mancha de cigarrillo en el pulgar, entre cordial e índice, en las uñas.

También empieza a fumar. De plata la cigarrillera, de plata dorada el encendedor. El humo del cigarrillo rubio se mezcla con el perfume de la señora. Los guantes reposan sobre la cartera, las manos sobre los guantes. ¿A dónde? No pregunta: que sea víctima, no cómplice de su claudicación.

Tuvo él cabeza de estatua romana, ojos de acero vivo, frente maciza, hasta una voz con matiz de fría tristeza. Estudiados los silencios, los párrafos, los monosílabos, el varonil aroma de lavanda.

Salen. Grito en las calles. Olor de automóvil nuevo. La cementada erección del Obelisco. La estatua de El Fundador. Rascacielos tras la fuga de los vitrales. Casas. Árboles. Rejas. Un portón. Verde y calma en los alrededores. Silenciamiento del motor. Portezuela a semiabrir. Dedos en la manija, manchas de nicotina en los dedos.

Tiene él manos fuertes. En relieve las venas de la sien, hacia las sienes grises. Potentes las mandíbulas, cejas ásperas, áspero ceño, boca sensualizada, voz segura, de quien está enseñado a mandar. Su marido, en cambio...

Se presenta difusa la imagen del doctor Arenas. Aquella vida sin trascendencia no grabó ningún rasgo especial en su rostro ni en su carácter. Si en un tiempo los tuvo, los días monótonos borraron lo que pudiera destacarse en la presencia física y en la postura vital. Y ve cruel no poder decirse: recuerdo la expresión de las cejas, la curva del labio, la entonación. Nada imponente. El hombre forma parte de su rutina, como un lunes o un jueves: no son de ella, no son de nadie. Están allí clasificados, nada más.

Solo puede rehacer masas de él, su vencimiento frente al problema. Y ella debe resolvérselo con el director. «—No falles, Josefina». Su esposo la admira desde siempre, una forma de admirarse él mismo.

«—Bien caro cobran su admiración quienes nos admiran, su amor quienes nos aman...».

¡Amor! —El rictus de la señora es el de una persona al probar sabores amargos. Sí, amor: aguantar encima un cuerpo acezante y blando, sentir alientos y palabras trasnochados, mimos importunos, diminutivos de una ridiculez conmovedora. Pesado deber de ser digno, ser discreto, ser bien educado y parco en el goce y en el odio. ¡Hasta en el fastidio!

Él. Un hombre que a nada ha olido, que a nada ha sabido, que en nada ha sido original. Sermones diarios sobre orden, educación, porvenir, cumplimiento del deber. Un hombre lleno de fechas, de días y segundos. Un alma-almanaque de donde raras veces se desprendían hojas, descolorido del principio al fin.

Un ánimo de recóndita venganza vibra en la intención, en la carne, en los labios donde las palabras callan y solo tiembla el pensamiento no expresado, el eco de lo que dijo a su marido poco antes:

«—Te quiero...».

Le suena a conciencia de culpa, a pretexto para ofenderlo más tarde; por eso mira absorta las cosas, deseosa de ser la cosa misma; o por lo menos no ser ella, la mujer encadenada.

Contra la pared, una pintura galante señala un diván de terciopelo. Ella ve el cuarto con movimientos de llamativa indecisión, una puerta que debe llevar al baño, otra puerta al dormitorio, un balcón frente a la avenida. Oye el vino al llenar la copa, oye el hielo en el cristal, oye su sangre en el rostro. Entonces un aire distraído aureola su quietud su dignidad deliberada. El director sigue contemplándola y se entenece, deliberadamente.

—Cuando hiciste ese gesto me acordé de una hermana. Yo la quería por buena, por parecerse a ti.

—No me conocías —responde ella sin mirarlo, tiembla una cuerda en su garganta, no se mueve un músculo.

—¿Qué importa?, la hubiera querido también por eso.

Ella entrecierra los ojos para dar un discreto cansancio a su expresión.

—No sabía que hubieras tenido una hermana.

Él sonríe, trae algo de infantil para su rostro, hace adolescente la voz.

—Nunca la tuve.

Ella abre los ojos en actitud de acorralada. Muebles para el descanso en la soledad. Habitación lujosa, de hombre. Fuga del hogar para la aventura galante. Libros. Porcelanas. Licores. Música en los vitrales. Más que las palabras, ella escucha unos gestos: las palabras le fastidian, le fastidia esa aparente seguridad de él, obtenida con mil balbuceos.

—... No obstante soy hombre solo. Y es dura la soledad.

Víctima por otro aspecto. Quiere hermanarse en el instante, enjaularse en idéntico camino. ¿Por qué tantos rodeos? El juego resulta atractivo.

—Triunfa uno hacia afuera, para los demás, a base de afinamientos postizos. De cuando en cuando me da por defender la barbarie, porque la barbarie no es al fin y al cabo sino pureza elemental, un limpio estado de alma, rebeldía...

«—Está desquitándose contra el tono servil de sus notas en la página editorial de *El Público*, quién sabe qué libro estará leyendo».

—... Creo que lo que llaman civilización, al frenar y amansar al hombre, al volverlo cómodo, lo ha desglandulado.

¿Se refiere a su marido? ¿A él mismo? Sobre el barniz de la caoba, la base de la copa deja una huella húmeda; pone las manos en expectativa, redondea el concepto:

—Antes me impresionaba el sentido que la vida pudiera tener, o el que yo pudiera darle: no hay objeto en vivir por vivir (tose) sino en buscar la verdad; pero la verdad en sí, no el escándalo de la verdad —aguarda a que ella capte el acierto—. Eso hacemos los periodistas, buscar el escándalo de la verdad.

Ella se concentra en forma que pueda ser juzgada inteligente, sin dejar de ser llamativa, él se acerca un poco más.

—... Íntimamente somos grandes frustrados... (otro gesto adecuado, otra vez las copas llenas, ojos que se quedan fijos en otros ojos). Y la tragedia lleva un nombre propio que nos llega demasiado tarde.

¿Habla por los dos? La esposa y él: él es la soledad; el doctor Arenas y ella: es ella la soledad. Dos soledades por distinto camino y que ahora el director une con imperceptible alusión.

Los guantes pasan a la palma de una mano, la mirada a viejos recuerdos. Lo que pudo haber sido, lo que nunca será. Llega rezagado el nombre

amado o que pudo amarse. Atracción trascendida en la llama, parpadeo de la pasión interrumpida. «Aún es tiempo...», y el instinto de juventud estalla contra la carne marchita. Vendrá un remanso, estación de espera antes de la candela vespertina que será ceniza al viento, rescoldo en la memoria, tristeza del deber cumplido. Fuego fatuo para la hora callada, oscilación de azules entre el gemido, punto de apoyo para el descanso de la espera igual.

Él continúa lo que ella no le ha escuchado, demasiado alto su tono para creerlo sincero.

—Te olvidaré, es doloroso. Me olvidarás... El olvido es recuerdo que se tranquiliza...

Resuello contenido, siluetas desdibujadas a un pasado sin fondo, trance cordial allá en su infancia perdida, recogida, amorosa, el olor del padre, normas heredadas hacia la rectitud insobornable.

La voz del hombre llega de lejos, inconexa.

—Al olvidar matamos algo, matamos a alguien. Tal vez el olvido es una pasión silente... amor en reposo... el hombre debe ser un punto equidistante de la eternidad.

Diálogos-monólogos declamatorios que llevan a idéntico fin, indefectiblemente, se hace todo con palabras, ¿qué puede hacerse sin palabras?

—Jamás debemos poseer totalmente una cosa porque empezamos a perderla, o a perdernos.

Retórica, sabor de sentencia célebre, para derrotados. El énfasis trata de ocultar la timidez sexual, que lo volvió cínico, pero cínico libresco, audaz únicamente frente a otras ingenuidades.

Hielo en los cristales, vino para el hielo, sabor añejo para los labios húmedos. Y en los labios palabras de estudiada amargura:

—Somos conciencias rectas. ¿No nos pesa esa rectitud?, tal vez seamos honrados por incapacidad de ser audaces, por miedo de vivir.

Humo azul en el aire quieto. Pulso acelerado, terciopelo del diván, música en sordina para el humo. Olor de lavanda, perfume de mujer, vino en el hielo y los cristales.

—María, ¿ha llamado la señora?

—No doctor, la señora no ha llamado.

—Más café, por favor.

—Doctor, ¿no le hace daño tanto café?

—A veces deberíamos hacer cosas que hagan daño.

Su nerviosismo lo hace moverse incómodamente, los brazos a punto de levantarse, los dedos, la espalda, el cuello, la cabeza, como queriéndose salir de sí mismo, de todos sus problemas.

La presencia sonámbula ensancha los ojos sumisos de María. Y mientras las voluminosas caderas la mueven hacia la cocina, se va apagando su voz ininteligible, de alguien que por fin ha llegado a no comprender absolutamente nada.

«—Horrible tragedia la de Los Barrancos. Y la del Hospital»
—mascullo todavía la mujer. Pero al doctor Salomón Arenas ya no le preocupa eso; la soledad de la tarde le revela algo monstruoso, le desgarran el impulso de lucha.

De tanto estar junto a su mujer ha sido incapaz de verla, como no ve la columna que sostiene el techo: solo si el techo se derrumbara porque la columna huyera, tal vez... Aunque hubiera sido capaz de comprenderla, nunca se lo propuso: era algo asegurado con garantía vitalicia. La halló sin condiciones, le dio incondicionalmente lo que podía dar. De ella entendía lo que entendía su afecto irremediable donde depositaba lo que llamaba su alma, como en alcancía de avaro. Entendía la parte mínima que se le había entregado, el resto permanece virgen, lleno de pequeños olvidos, de vacíos inllenables, de reclamos disimulados en una permanente actividad social.

Es impotente para conocerle sus laberintos, sus corrientes profundas, las reacciones que no hicieron explosión debido a los muros contentivos, a los

barrotes de la eterna jaula en que se retuerce hasta la paz de cada hora. Nunca pudo hurgar en esa alma árida para sus raíces. Afectos a flor de piel, sonrisas que nacen y mueren en la boca, gestos y actitudes ajenos, reacios a la espontaneidad: siempre hubo entre ellos zonas reservadas, engranajes descompuestos, palabras emitidas por la voz en sí, silencios que disuenan, crujidos en el mecanismo de sus relaciones.

La abordó en una recepción en la Facultad de Medicina. Treinta años nerviosos se remansaban en las facciones de ella, salía triste su vitalidad aquietada prematuramente. El doctor Arenas le dijo con la modalidad acostumbrada al auscultar a un paciente que se salvaría:

—No soy hombre de mundo. Estoy enamorado de usted.

En las sienes grises, en la frente, en las palabras, ella vio una bahía de reposo, vio un futuro como un pasado, calló. Aquel silencio decidió su camino. El doctor desempañó sus lentes con un pañuelo de seda, y mirando a ninguna parte:

—Soy firme en mis convicciones.

Se caló los anteojos, revisó mecánicamente la hora, dio cuerda al reloj.

—A mi lado nunca tendrá que temer.

El silencio de ella se ruborizó un poco, fue agradecida la sangre en las mejillas. Tal vez hubiera deseado una declaración acorde con sus sueños.

—Piénselo, no se crea obligada conmigo.

Tosió sin sonido, preventivamente.

—Me dolería perderla. Pero no soy de los que se abaten.

La tos ya audible anunció su decisión.

—Trataría de hacerla feliz.

A ella le sonaron nuevos esos lugares comunes.

Fue el suyo un noviazgo grato a la lengua de las viejas respetables, al ritmo de los cuentos edificantes, al oído de las asociaciones benéficas, a los pasillos de la casa arzobispal. En el Club hubo miradas furtivas, apretones de mano, cambios de tema. Se hizo reflexivo el sonar del hielo en el vaso.

... Como una llanura, como un desierto, como una soledad amiga...

Luego trascurrió para él un tiempo lleno de la mujer y los hijos, de la Facultad, de estudiantes, enfermos, cadáveres, casa de campo, automóvil, temporadas en la Costa, alfabeto, primeras historias, ojos asombrados al

mundo, años sobre los niños. Un hacinamiento de años, él en medio de su comodidad que ha llamado sosiego.

Al mirar ahora el escueto reloj del muro le chirría la armazón de su pasado. El isócrono tic-tac del péndulo, como sus horas rebotantes en la soledad imbecil, sin ahondar el paso de unas cuantas cosas insulsas con que llenó su vida. Sus problemas actuales —el Hospital, Los Barrancos, la Prensa— merodean en segundo plano. El embotamiento lo hace refugiarse en los años perdidos para buscar un sentido a su existencia, complicada en su propia sencillez que nunca exigió análisis. Echa una mirada cansada sobre su recuerdo, sobre las recámaras, sobre el mobiliario, y un rictus de vencimiento cae a las comisuras. Nunca pensó su felicidad, o la creyó eso que ahora amarga la reminiscencia de ratos que supuso amables, exentos de la alegre despreocupación que debería condimentar el transcurrir de cualquier hombre.

—Gracias, María.

Vidas tiradas a cordel, sin matices, sin contradicciones, sin una frivolidad al desgaire. Sin una aventura para recordar cuando se encenican los años y ya no asuste la muerte; sin abismos verdaderos para experimentar la atracción del peligro; sin un demonio familiar a quien hacer esguinces en la hora de la tentación. Pero sin tentaciones, ¿qué puede restar de un camino trillado y unas virtudes en negativo? Porque para él, bondad ha consistido en *no* frecuentar prostíbulos, *no* emborracharse, *no* matar bruscamente, *no* dar malos ejemplos en el hogar, *no*... Lo que ha llamado virtud es parte del servilismo, se sometió a ella como el pupilo a la institutriz odiada. Si hubiera sido naturalmente malo sentiría alegría inclusive, pero su maldad para con otros fue premeditada, no obedeció a ningún demonio vital: pequeñas perversidades, ripios de pasiones enfermizas: ahorro, egoísmo sin grandeza en su motivación, adulación el día de los balances. Siguió al gobernante de turno o a las costumbres en su más descolorida fachada. Nunca tuvo nada de sí mismo que se impusiera, que desease intensamente, que luchase por obtener una meta desprendida. Nunca pudo aguantar conceptos profundos, verdades que no cupieran en fábulas o en frases moralizantes. Nunca supo del amor vigoroso, cara a cara en su oleaje: amó como quien llena un deber, como quien está obligado a formar hogar con

buena esposa al fondo y con hijos que lleven su apellido para prolongar el vano esfuerzo.

Los hijos... En ellos quiso detalles de él heredados, rastros de su mujer cuando el amor y las aspiraciones tenían los límites de ella. Al mirarlos experimentaba la sensación de quien roza contra otra su mejilla, de quien siente una sombra para la ternura, y ello era grato a su corazón que cumplía el deber por obligación de cumplirlo.

Pero punzaban a cada hora ciertas resquebraduras en la conversación diaria, algo viscoso rondó los cimientos de su amor por la esposa, por los hijos, por la profesión, una soledad habitada por los demás, deshabitada de sí mismo. Y, de cuando en cuando, una bahía de tedio administrado con discreción ya que podía considerarse, al fin y al cabo, como una pasión elegante.

—¿Dónde están los niños, María?

—Del colegio iban al campo con los niños de la señora Hortensia. Hablaron del circo, dotor.

Mira el silencio de las estancias, el ruido del agua en el jardín enclaustrado.

—Está sola la casa, dotor.

«—Siempre ha estado sola» —musita una voz tras el cansancio. ¿O no? Sus vicios de hombre virtuoso, la servidumbre de las horas, sus repeticiones.

«—Y las de ella».

Parecidas a las suyas propias, más un terco palmoteo contra la piel del rostro a fin de agilizar la circulación y conservarlo fresco y juvenil; luego prácticas acordes con recetarios de estética femenina en la mejora corporal, desde el nacimiento del cabello hasta las uñas de los pies. «*Tobillos bien torneados*. — Si usted desea tener un tobillo que luzca más fino, puede mejorarlo en la forma que se ve en la ilustración, a menos que sea cuestión de estructura ósea. Haga este ejercicio: tiéndase de espaldas en el suelo, con los brazos descansando a los costados. Levante ambas piernas del suelo unos 25 o 50 centímetros. Mantenga las rodillas tias, a medida que levanta la punta del pie derecho hacia arriba y lleva hacia abajo la punta del izquierdo. Ahora levante la punta del pie izquierdo y baje el derecho. Repita

lo mismo: mientras un pie se levanta, el otro lleva la punta hacia abajo. Hágalo bruscamente».

Aunque él no la viera, la sentía en sus contorsiones destinadas a la mejora de cintura, cadera, hombros, brazos, pantorrillas, busto. «... Brazos abiertos en cruz, exactamente a la altura de los hombros. El ejercicio consiste en traer los brazos hacia adelante sin doblar los codos, lo más adelante posible hasta que los codos se cruzan, y luego llevar los brazos hacia atrás, siempre a la altura de los hombros, muy enérgicamente y lo más atrás posible. Este ejercicio debe hacerse veinte veces seguidas y lo más rápida y vigorosamente posible».

Él se fue acostumbrando a esas cosas que en un principio se le antojaron más o menos inmorales, una protesta ante Dios y sus sabios designios, una rebeldía ligeramente desgarrada.

«... Usted se acuesta en el suelo, boca abajo, el cuerpo descansando sobre la punta de los pies y sobre las manos, el cuerpo muy tenso, usted baja el cuerpo y lo vuelve a levantar haciendo fuerza únicamente con los brazos. Si le cuesta mucho trabajo puede empezar la primera semana apoyándose con las manos sobre un mueble, teniendo en cuenta que su cuerpo debe quedar muy recto, los brazos son los que trabajan (dibujos N.º 4 y 5)».

Un aire gris reemplaza la visión borrosa del doctor Arenas. Se levanta, empieza una revisión no rutinaria, sonambulea por alcobas, patios, corredores, buscando en ese aire sus propias huellas.

Los cuartos exageradamente limpios tienen una simetría de almacén lujoso —así ve su alma—, un orden hiriente. Todo huele a lo que se le eche —lavanda el baño, esencia de pino la biblioteca, perfume francés el ropero, polvos y pintalabios el tocador—, a cualquier cosa menos a ellos mismos, a carne, a sangre, a buen sabor. Dentro se siente un poco mueble, con miedo de fumar, de pisar a lo hombre libre, de echar un trozo de canción. Todo en su casa debe estar ordenado, sería imposible besar a su esposa porque el ambiente reprocha hasta la velada intención de una frase amablemente pueril. Por culpa suya. Por el vicio de la medida. Por el destierro del toque juvenil. Porque la alegría le producía remordimiento, se le antojaba

pecaminosa, y al suspenderla arrastraba a los demás en ese sentimiento de culpa.

El caserón es ahora el frío retrato de sus habitantes, prolongación de su sensibilidad al borde del embotamiento. La hostilidad de los muebles, de las lámparas pendientes a mitad de los salones, de las escalas angulosas. Las mismas sombras son rectas, estiradas, sin invitación a la amistad. Es horrible tener que forzar las sonrisas, anular el instante, esperar lo que llegue de afuera porque muchas ventanas interiores permanecen selladas. Por los barrotes de sus rejas: de la mañana, de la tarde, de la noche, de la cena sin tropiezos, de la oración, del retiro temprano, del sueño irrevocable. Y otra vez, a las seis de la mañana siguiente, despertar al mismo día de la víspera, al día habitual, otra hoja sin gracia, de almanaque.

Cabecea a lado y lado en un vano encabritamiento, mueve la quijada, resuella como para tascar los frenos que siempre ha llevado. Y se da el derecho de culpar a su esposa porque necesita motivar el futuro acto, aún impreciso: lo que sea adverso lo atrae con avidez, da al autoanálisis una claridad acomodaticia.

Como su casa, tal vez, ha sido el alma de ellos: virtud convencional y Dios en el papel de severa ama de llaves. En esas circunstancias, ¿es posible el apasionamiento? Pero él sabe que nunca fue apasionado, ni podría llegar a serlo. Es tarde para todo, siente que tiene más de que arrepentirse que de que vivir.

Cuando le relumbra un recuerdo, el párpado abre leve fogonazo a la pupila fatigada. El paisaje monótono de su conciencia se ilumina con vivaques en bruma diluida sobre su pasado. Si hubiera intensidad en sus años abandonados en su transcurrir: profesión, esposa, hijos, rutina hogareña. El sentido del orden —en las cosas, en su destino— fue un simple modo de poner silencio a la sangre, de matar la vida por asfixia. Ni viajes, ni estudios, ni una mujer distinta de su mujer... Su mujer, ahora en la oficina del director de *El Público*, en la...

Un frenazo del ceño, un movimiento de contracción en las comisuras labiales. Y un golpe de voz:

—Más café, María.

«El agua va unida a mis mejores recuerdos. En ella se refrescan para ser burbuja, estero, rama sumergida. Agua y árbol, árbol y nube son categorías espirituales para quienes crecimos en la cordillera...».

¿Transcribir ondas frescas, recuerdos en su espuma, y de por medio un cauce de aguas negras? ¿Cabe el mediotono azucarado entre gritos y cadáveres que exigen la protesta? Es inútil tratar de escribir. Allí está el fotógrafo, riendo hacia afuera para poner fachada de humor a sus negaciones.

—¿Yo, pedirle perdón al Camaleón por la ofensa que me ha hecho? ¡Mi alma está imposibilitada para las genuflexiones! Estas sí son frases...

Tose socarronamente.

—¿Leíste el editorial que se mandó hoy?... Decí: ¿debo decir *se mandó* o *se manduvo*?; porque cuando me nominen para la Academia... Señorita, ¿a qué horas dijo el de policía que iba a llamarme?

—A las cinco.

—¡Imagínese, el genio ese, no sabe cuántos muertos me estoy perdiendo!

Allí la somnolencia a medias activa del Jefe de Redacción, el tecleo humeante de los reporteros, el timbrar de teléfonos, el toc-toc-tear de los teletipos, el zumbido de las rotativas. Allí las secretarias. Y entre ellas, la del Director, en alharacas sobre la tragedia. Pensar en la muerte se lo vedan su optimismo superficial, su salud, su transcurrir indolente. Quizá temor a la otra vida, a marchar dentro de un ataúd, no en el lujoso automóvil del Jefe. Sola, sin vestido de baile, sin la seguridad de agradar, sin sonrisas y trajes ceñidos, sin bailes de gala o preestrenos cinematográficos; no podría reír, ni contonearse, ni ensoñar, ni ser amada. «El viento callejero se mete en los camellones bordeados por chozas tristes. Un perro de suburbio brinca

tras las tiras de papel y las hojas que el viento arrastra en remolino. Una niña de traje roto y cara sucia arrulla su muñeca de paja: pies descalzos en la tierra pelada, ojos llenos de su fantoche, manos flacas, blandas para su ternura...». Según costumbre, el fotógrafo interfiere:

—¿Ves este arañazo?; esa Martina es un demonio con garras.

Por una ventana observa las azoteas, los techos, las copas de algunos guayacanes, dos chimeneas en la zona industrial.

—Si el Camaleón sigue jodiendo me largo a escribir obras de protesta, no como esas tuyas. «El viento dibuja proletarios enardecidos en el humo de las fábricas»..., así podría tumbar este gobierno jiquerón; o páginas con nuestro precioso paisaje, ¿qué tal este comienzo: «Las copas de los árboles se sacudían como si hubieran puesto un huevo»?

Su carcajada apaga otros ruidos de la Redacción, menos el de la máquina:

«Contra el cielo gris se destaca la figura del padre: alta, flaca, impresionante. El sombrero de paja mancha de sombra el rostro y la camisa remendada. El hombre —lo sabe el niño— ha estado huraño desde la víspera, cuando llegaron de la ciudad unos Agentes. Alegó, protestó hasta la noche. Después se juntaron muchas familias de Los Barrancos. Los niños jugaban ajenos a la preocupación de los mayores.

»—Se nos vienen encima —dijo el padre, cerrados los puños—, y los caminos...».

—¡Hombre, el último cable! ¿Qué hubo de tu nota contra la mendicidad? El Camal... El Director reclama el comentario sobre importación de harina. ¿Están listos los pies de grabados?

Abunda la gente en la Redacción. Médicos. Abogados. Sacerdotes. Mujeres. Políticos. Dos pordioseros. Un pintor. Tres intelectuales. Y con ellos el fotógrafo. Demasiada bulla. Demasiado dolor protocolar. Notas editoriales, titulares, apostillas, telefonemas. Abundancia de frases.

—Señorita, si llama el de policía, aquí estaré con estos genios. ¿Qué hubo, poeta?

—Era necesario escribir lo que escribiste —dice uno al de la máquina—. Porque ese doctor Arenas... ¡Hombre! ¿Y el suplemento literario?

Encienden cigarrillos. Entre el humo resalta, un poco verso, el silencio del poeta. No tiene melena, ni diccionario de la rima, ni vestido negro, ni heridas cantadas con fondo de tangos y cabareteras: es un poeta moderno. Un buen poeta.

Cuando se menciona el derrumbe gesticulan una amargura de ocasión y dicen protestas. El poeta busca ritmo interior a los sucesos, en el humo de los cigarrillos no se oye su voz: rumora su silencio los tres versos primeros del próximo canto: *Charcos de sombra*. ¿Será acertado el título? De él —y de Los Barrancos con sus muertes anónimas— saldrá un poema que alabarán unánimemente. Sobre la angustia se yergue su júbilo. Con el ceño arrugado, en la bruma del humo interior, apenas oye el runrún de quienes lo rodean.

El fotógrafo y los intelectuales que opinan vuelven a hablar de actrices y escándalos, de la próxima exposición, del libro en la picota de la crítica diaria.

—En realidad se necesita mucho talento para triunfar cuando no se tiene talento alguno —dice el paradojista. Y a un autor nuevo:

—Maravillosa tu obra. Es formidable eso de que intervenga el público.

—Ya Pirandello... ¿Y en qué forma interviene el público en ese drama?

—Silbando —termina el fotógrafo, dando una palmada de consolación en la espalda de la víctima.

—No me ofende ese ingenio de peluquería; ojalá alguien inteligente me ofendiera de verdad.

—¿Para qué?

—Para perdonarle; nada más grande que perdonar.

—Perdóname un momento... —El fotógrafo sale despavorido hacia el teléfono. La risa superficial no interrumpe el hermetismo del poeta. Entre la bruma de su mundo calla la gestación del poema. Acostumbrado a medir en versos sus sensaciones, busca rima, no al dolor, sino a la dosis de dramatismo que pueda imprimirle en el verso. Hombres abandonados. Un niño y su cabra. El padre en gritos contra el raudal de aguas negras. Y una aurora más allá de las montañas azules.

—¡Ese qué maestro va a ser! —continúan en su derredor.

—Pues entre los de su generación...

—Sí, era el más revoltoso de los estudiantes, el más prometedor de los anarquistas de aquella época; hoy lo veo en los rincones de los cafés jugando al dominó o resolviendo crucigramas.

—Tómalo como quieras, pero es la obra más honrada que tenemos.

—¿Y qué? Al diablo la honradez; la honradez es la madre de todos los vicios.

El otro lucha por llenar sus páginas:

«... Amalia lo recuerda como un sueño que se volvió pesadilla. Era en la casa de la ciudad, cuando servía a doña Josefina y al doctor Arenas. El estudiante la miraba un poco agresivamente, le pedía el desayuno. Era blanco el muchacho, sabía poner ojos inocentes. Muchas veces lo oía pasar, y no dormía. Una noche, sola en su cuarto, a oscuras, se desnudó completamente con ganas de llorar ante la sensación de su cuerpo tembloroso. Lo oía susurrar, afuera, sobre un libro...».

—Hasta luego, todos —interrumpe el poeta conscientemente distraído, y sale del humo de los cigarrillos redondeando una frase que lo desazona: «Porque se necesitan ojos, no ya para ver en la oscuridad, sino para ver la oscuridad misma». Pero no podría escribir su impresión ritmada de los acontecimientos, su *Poema de las Oscuridades*. Necesita al amigo periodista.

—¿Salimos, camarada? —se le arrima. El otro estruja en la gaveta la página a medio escribir.

—Te acompaño hasta la esquina.

Se le hace inaguantable aquel mantenerse en función de poesía antes que de vida, soltando frases para hablar de temas corrientes en una especie de rebuscada espontaneidad. Un buen poeta, sin embargo.

Toma su chaqueta de una percha llena de cosas humanizadas. Tras de él salen otros, a donde sea. No guardan horario para nada, no trabajan, no comen: creen que padecer hambre por vagancia equivale a llevar una vida espiritual intensa. Aislado, el poeta camina con ellos, la yema del pulgar restregando las yemas de los otros dedos en busca de nueva estrofa. «La oscuridad es un silencio de la luz». «Silencio de mi luz, mi oscuridad». Su expresión se vuelve apacible.

Por las calles un reguero de voceadores anuncia la tragedia. Los transeúntes compran *El Público* por gráficas y titulares a cinco y ocho columnas.

—¡Hola!

Hacia el centro se dirigen la noche del ciego y la cojera del paralítico. Una cabuya arrastra el perro de los barrancos. La lluvia humedeció el pavimento, alcanzó a formar mínimos chorros que van a las rejillas de las alcantarillas.

—Pero ¿te vas ya?

—Tengo que acabar unos trabajos.

—Grandes reportajes los tuyos, ayer y hoy.

—Nos vemos.

Alza un brazo, ya de espaldas, y entra en la camioneta.

«—Como que va a ser el último reportaje» —escucha todavía que alguien dice en el grupo cuando el vehículo arranca.

Las primeras covachas hacen equilibrio sobre los precipicios que dan al viejo cauce y donde centenares de curiosos observan el salvamento. Miran a lado y lado de las callejas, de los recovecos por donde se escurren las gentes al entrar y salir día a día, noche a noche. No imaginaban nada parecido: rostros de escarnio sobre las piedras; niños barrigones en los quicios, con fatiga de viejo en sus facciones abotagadas; miradas torvas desde todos los ángulos; mujeres embarazadas hechas cansancio sin orilla; ancianos al lado de su propia muerte, cavilándola con mirada embrutecida.

—Aquel fue el que escribió todo —señala un muchacho.

Varios se le arriman, el padre repite:

—Vuelva a decir que necesitamos casas, que necesitamos trabajo, que no nos echen sin tener a donde pasarnos. Hoy sigue el desalojo.

Alza la mano a la altura de su rostro, va a continuar pero solo contrae los dedos sobre la palma hasta formar un puño que tiembla.

—¡Hola! —grita el niño sobre una piedra. El reportero lo reconoce, el niño se levanta, alza sus brazos para saludar: con una mano agitada al aire siempre ha saludado a los que van o vienen en el tren, a los bultos distantes, a los pájaros, a las piedras, a la madrugada; ha saludado alegremente la

llegada de los aviones, el descenso de un globo, el encumbrarse de una cometa.

—Te traigo la fotografía, muchacho.

Vuelve a sacudirse la mano contenta.

—¡Mía!

Hace saltar la cabra por la piedra, salta él, invita.

—Ps, ps, venga, Viejo. Vamos, Cabra —dice, sus dientes blancos entre la cara morena, grande en los ojos su alegría. Una mano arrastra al anciano, otra acarrea la cabra.

—Quedó bonita tu cabra, vos parecés un hombre.

—Ya soy un hombre. ¡Eh, Ave María, está igualita! —y al Viejo—: Mire, Viejo, este es usted —señala; y por lo bajo, afirmando el tirante:

—Está aburrido porque se le murieron sus animales —y con aire conspiratorio—: él cree que tiene unos animales.

—Allá se taparon —dice el Viejo señalando la tierra movida—. Venían desde la montaña por hablar conmigo, ahora están muertos. ¡Yo no quiero ser tierra de barrancos!

—¿No vio el derrumbón? —dice el niño—. ¡Eso sí fue la hora llegada! ¡Traz, traz, traz!, caían y rodaban las casas y la gente gritaba y los gritos también se hundieron. Apenas han sacao once, quedaron bien tapaos.

Y vuelve a su animal:

—Mire, Cabra, esta es usted.

Y a los otros:

—Tuvo un cabrito que se ahogó en El Río. No ha vuelto a tener cabritos, le dio pereza tener más cabritos a mi cabra.

Después les cuenta que al comienzo se resistía a seguirlo, pero a poco echaba a andar con solo verlo, sin llamarla.

—Es más inteligente que los de la ciudad.

La cabra quiere tomar la fotografía con sus belfos.

—Esto no se come, Cabra. Yo te doy yerba, te doy ramas de la loma, la foto es mía. Voy a mostrársela a mi mamá que sigue enferma. Mi papá dice que pronto se va a aliviar y le trae huevos de gallina y avena en tarros bonitos. Yo juego con los tarros vacíos, El Río se llevó el último tarro. El

cabrito se ahogó en las aguas, allá... —y señala el raudal en lo hondo de los barrancos.

Cerca se escuchan llantos, gemidos silenciosos. Huele a lágrima, a tierra mojada, a desperdicio de ciudad. Más lejos, sobre los resbaladeros sin árboles, empiezan a reconstruir, clavan estacas con gesto agrio, vengándose. Murió un hermano, y un hijo pequeño, pero es necesario dormir, luchar contra la tierra floja. No tienen otro sitio.

... Un día llegó un hombre de expresión amarga, echó por última vez su mirada a los montes y clavó la primera estaca. Tras este rancho de vara en tierra siguieron otros, y otros, hasta que Los Barrancos se convirtieron en vivero y agonizadero de gentes. Fue un sábado, por cierto...

Allí reconstruirán hasta el otro invierno, hasta que interfieran Los Agentes, hasta que se derrame el cemento de la ciudad sobre sus brazos inermes.

—¡Yo, Zapata el Inválido, acuso!

Otro hombre de cara bronca, mientras clava la primera estaca, se enjuga con la mano sucia. Tres nubes se arraciman en el firmamento de plomo.

OceanofPDF.com

El humo de los cigarrillos rubios azula el ambiente macizado por el sonar del hielo entre los cristales. El aroma de vainilla y sarrapia de dos pipas se adhiere a los muros del salón. Palabras afinadas, enfatismo cortante, jerga de Club para hombres solos.

—No vino Arenas.

—¿Volverá?

El sillón vacío recalca su ausencia, los comentarios se dirigen al sillón, vacío por la rutina de respetar las rutinas.

—Exageraron en *El Público*. No fue a su cátedra.

La ceniza cae a la plata del cenicero.

—No fue al Hospital.

Una revista de cinegética se cierra sobre una consola.

—Debe estar desesperado.

Un encendedor de arabescos se enciende como si disparara.

—Es un buen hombre —agrega otro queriendo decir: es imbécil.

Fija la mirada acuosa en una cereza que enrojece al fondo de su copa.

—Excelente persona. Él y Josefina.

El silencio dibuja la atractiva figura de la señora de Arenas. Un corcho presiona la boca de una botella, vuelve el cigarrillo a los labios, se abre otra vez la revista policromada, desaparece la llama del encendedor. Suena mejor el frío del hielo contra los cristales.

Carraspeos, movimientos pausados, ojos sin mirada. De los lados de la piscina llegan rachas de música moderna, de cuando en cuando el blu-blú de las frescas zambullidas. Humo de cigarrillos finos, sillones blandos, gestos lentos, de quien soba un seno dormido.

—Sí, hermosa.

La imagen de doña Josefina trae la del doctor Arenas, esta la del Hospital General, el Hospital la de los cadáveres, los cadáveres la del derrumbe, el derrumbe la de Los Barrancos. Y Los Barrancos mueven el diálogo.

—Nada ni nadie puede detener el progreso.

—Tumbaremos esas madrigueras.

—Allá cultivan marihuana.

—Allá se efectúan contrabandos turbios.

—Allá hay trata de blancas.

—Allá...

—Dan náuseas esos rodaderos.

—Haremos de ellos un complemento de la gran ciudad.

Dicen en Los Barrancos:

—¡Millones de millones de pesos! ¿Y nosotros?

—Los héroes muertos no tienen hambre.

—Las estatuas no duermen.

—No viven en latas clavadas.

—No necesitan ropa.

—Ni escuela,

—ni trabajo,

—ni comida.

—Ellos pueden vivir muertos, pues.

En El Club:

—Sobre el cañón de Los Barrancos haremos el puente urbano más largo del país, nadie puede oponerse.

En Los Barrancos:

—Malditos. ¿A dónde vamos a caer?

—¿A dónde?

En el Club:

—La ley está con nosotros.

En Los Barrancos:

—La Ley no ayuda al hombre. La Ley está con las cosas, está hecha pa las cosas, no la hicieron pa el hombre.

En el Club:

—Es amable el sonido del hielo en el vaso. ¡Salud!

En Los Barrancos:

—¡Salú!

—Por nosotros, los arrastraos.

Pronto caerá la lluvia recia. Sobre el Club. Sobre la piscina. Sobre Los Barrancos. Sobre el Hospital General. Sobre las iglesias. Sobre las covachas. Sobre las palabras. Sobre la capota de los automóviles deportivos. Sobre el sombrero roto de los trasteadores. Sobre la carretilla del Afilador. Sobre la carpa del Circo. Sobre la pelambre de todas las cabras.

Dice un observador:

—Por atender a la monumentalidad la ciudad ha olvidado al hombre, los rascacielos aplastarán la simple condición humana.

Sentencian en el grupo de ingenieros y arquitectos en el Club:

—Tumbaremos esas casuchas para construir bloques de cemento.

—La Gran Autopista.

—El puente urbano más largo en medio mundo.

Dice el Observador:

—No proponían: «—A los barranqueños les daremos tierra y habitación decorosa». Retrasamos el reloj por comodidad, por egoísmo, por cobardía. Ya sonará la hora.

Dice el potentado.

—Rebeldía detonante, de mal gusto.

Dice el Observador:

—Llegan más familias aventadas de sus tierras. Los Mensajeros corren por toda parte anunciando la gran revolución. No quedará piedra sobre piedra.

Dice el potentado:

—Hermoso todo desde esta altura.

Dice el Observador:

—En esas chozas mueren de hambre los desplazados.

Dice el potentado:

—Se empeñan en dañar el momento.

Dice el Observador:

—En esas chozas mueren los desplazados, de hambre.

Dice el potentado:

—Se empeña en dañar el momento.

Dice el Observador:

—La nota humana del paisaje.

Vuelven en el Club:

—Arenas todavía no ha salido de su casa.

La ceniza del cigarrillo cae a la plata del cenicero.

—La señora salió. ¡Tipo el director de *El Público*!

—Camaleón no pierde una.

Aletea una hoja de la revista.

—Ella fue hermosa, es inteligente y conserva su...

En la palma abierta destella el encendedor.

—Hay seres afortunados.

Los muelles sillones hacen muelle el descanso vespertino. De la piscina sigue llegando un tiritante musicalizar. Se adivina el agua entre la música. Y risas de jóvenes que se divierten. El humo sube sin afanes en la frescura del ambiente.

—¿Viste las fotos de *El Público*?

—Las vi.

—¿Te fijaste en la de esa muchacha bonita? Martina dizque se llama, hay que ayudar a esa gentuza.

—Veremos si algo puede hacerse.

Se despeja la candela en el cigarro, se cierra el papel satinado de la revista, vibra la llama en el encendedor.

El Observador dice:

—Van a botar el material inservible de las covachas, van a botar el material humano que las llena.

Dice el potentado:

—Tal vez sería bueno creer en lo que usted cree. —Mira impasible su fumarada—. No hay tanta diferencia —añade con socarronería—, un rico es un pobre con dinero.

—El dinero corrompe.

—La miseria también.

Dice un pelotón de Agentes para rematar:

—Vienen los tractores.

—Y las grúas.

—Y los *bulldozers*.

—Y las palas mecánicas.

—Y las trituradoras.

—Tienen que desocupar.

La gran ciudad estará de fiesta: sobre aquellos terrenos inmundos habrá almacenes, bancos, oficinas, avenidas para acreditar la Administración, el gobierno es progresista. El Gobierno es democrático.

En su cuarto desordenado alguien escribe:

«A la entrada de Los Barrancos hablan dos pordioseros. Uno empezó años atrás por fingirse paralítico, y acabó paralítico, otro nació ciego. Nunca pudo ver otra cosa que no fuera su miseria.

»—Estamos de buenas a pesar de todo —habla el paralítico—, no tenemos que sacar nada de esas aguas, trabajan feo estas gentes.

»Lanza una escupa contra un charco.

»—Yo quisiera trabajar —habla el ciego—, yo quisiera ver.

»—¿Ver esta porquería de vida? —hace buches de aire—, agradece que estás ciego. Te queda poco por ver, a mí poco por andar...».

Ni en la Redacción de *El Público* ni en su cuarto salen las ideas. Son artificiosos los diálogos, sin temperatura los personajes. Arroja la cuartilla, echa su mirada a un viejo sillón, se levanta y empieza a vestirse un overol y unas botas altas.

En el Club la música parece desmadejarse de las lámparas de cristal. Afuera, junto a la piscina, imprime a las parejas un imperceptible estremecimiento, las ata a sí mismas, las amolda a su son, las deslíe en una sola materia levemente elástica, viva, sinuosa. Huelen a perfume caro esas notas que ahora se desprenden también de las miradas y se apagan en el suelo, pisoteadas, o resbalan a los rincones donde siguen fluyendo en tenues sonidos de espuma antes de desvanecerse en el humo de cigarrillo.

Es una quietud la que se mueve en la amplia terraza, quietud con ramificaciones en cada pareja, en cada movimiento, en cada lentitud. Se

deshebra la risa en las cabelleras, las palabras se prensan contra la suave piel, el silencio se hace contorsión amorosa apenas insinuada.

Ha empezado a lloviznar. Sobre la piscina rielan las ondas de cada gota minúscula. Entre la música tiritan unas risas juveniles. Sobre el embaldosado de la terraza, la huella de los pies desnudos se confunde con la humedad que llueve. Dos campanadas suenan en alguna torre.

Desde el púlpito de mármol predica un sacerdote:

—Bienaventurados los pobres, ellos son los elegidos del Cielo. Comparado con la vida eterna, ¿qué es este valle de lágrimas?

Dice el Observador:

—Se entendería si hubiera en la boca pan, y fuerza en el cuerpo, y menos odio en el ánimo.

Se humedecen más campanadas en la tarde de lluvia.

Predica el sacerdote hacia la cúpula de la catedral majestuosa:

—Dios, Suprema Grandeza. Dios, Suprema Dignidad. Mano generosa, sol de nuestro frío, venda de nuestras heridas, bálsamo de nuestras ulceraciones...

Dice el Observador:

—Son hábiles aduladores de Dios. Si un grande en la tierra desprecia la lisonja, ¿qué esperar de Dios, suma grandeza?

Dice el sacerdote:

—... mirada de nuestros ojos, latido de nuestro corazón, amorosa estrella de nuestro oriente, embriaguez de nuestra inmortalidad...

Dice el Observador:

—Lo toman como si se tratara de un vino y lo paladean y lo gozan y se emborrachan de Él y lo manosean, y gritan que son los elegidos, los únicos, los ebrios de eternidad. Al fin quedan las copas-almas vacías, y Dios más solo que nunca.

Dice el fotógrafo:

—Hablan de Dios con tanto respeto y tanta lambisquería, que uno podría tomarlo por director de un Diario. ¡Aquí, *El Cielo*, con las últimas noticias! ¡Qué largo y pesado es subir, carajo!

Rezan dos señoras elegantes poniendo ojos de circunstancia para exigir un milagro:

—¿Quién, sino Él, quita nuestras penas?

Dice el Observador:

—Cumplen con la iglesia para obtener certificados de bondad.

Reza mentalmente un caballero de edad con rostro y silencios de usurero:

—Ahórrame, Señor, la pena eterna...

Dice el Observador:

—Mira a la Imagen como si le debiera una yarda de cielo, con intereses al treinta por ciento trimestral.

Dentro de un cafetín de la parte baja, rodeado por el humo de cigarrillos y por otros bohemios jóvenes, el poeta se dice:

—Es un charco de sombra lo que nos anega, sombra por todos lados. Los Barrancos... No, esto debe cambiar. En mi próximo libro...

Dice el político:

—Esa es mi arma contundente. En mi campaña electoral...

Dice el sociólogo:

—Pueblo enfermo. Pueblo embrutecido: nunca avanzaremos con tan pobre greda humana. En mis ensayos, precisamente...

Dice el pintor:

—Nada más plástico que la angustia de estos miserables. En mi próxima exposición solo habrá cuadros de protesta.

—Y yo —se burla el fotógrafo— no volveré a tomar fotos que rebajen de seis cadáveres saliendo de los derrumbes. Eso aumenta la sensibilidad social, aumenta las ventas de *El Público*...

Sobre la piscina del Club sigue lloviendo. Al traspasar la lluvia, la luz llega húmeda, es un poco agua: más que iluminar parece empapar, lava y refresca a un tiempo. La música es lenta, sensual, las parejas se mueven con ritmo cansado. En los salones azules el hielo contra los cristales susurra al oído de quienes manejan la ciudad que bajo la lluvia eleva su Obelisco, sus torres, sus azoteas, sus luces definitivas.

Por una calle, sus tacones herrados contra la humedad del pavimento, va un transeúnte rumbo a Los Barrancos.

Pensar en la muerte de los demás no es pensar en la muerte: el hecho físico del cadáver es pretexto, es la cosa muerta, no el fenómeno de la desaparición. Solo ahora entiende que no existe la muerte como concepto liberado sino como vivencia personal, como padecimiento: sería absurdo hablar o pensar de ella para acomodarla con generalizaciones a la especie. Está mi muerte, tu muerte, no la muerte en sí, divorciada de su inmediato dueño.

«—Ahora —se dice con odio vencido— es imposible cualquier cosa».

El fin de la esperanza; algo late de costumbre, porque se ha derrumbado el andamiaje; edificó sobre palabras, sobre convenciones, sobre una mirada, sobre unos cuantos silencios que parecían —fue un engaño— llenos de soledad y altura: los de ella, los de él, esos momentos de incomunicación, simplemente oscuros, donde había empezado su muerte.

Morir, en él, tal vez no pasaría de un acabar de caer, de un golpe contra la nada. Pues de tantos años, ¿qué le queda? En su bondad anterior advierte conveniencia egoísta, pavor a los remordimientos; de no existir estos, habría sido radicalmente malvado. Se convence de que ha practicado una torcida vocación del ahorro por afán de acumular años en su calendario exterior, sin utilidad heroica. Y llega a intuir que la avaricia con respecto de la propia vida es infracción grave contra la humanidad, es el antiidealismo por excelencia. La cautela de alma le trajo el miedo, y del miedo a vivir con todas sus consecuencias solo nacieron virtudes convencionales. Ahora es tarde para todo. Tal vez, inclusive, para morir. ¿De qué se aferra? ¿De su esposa? Ahí lo monstruoso.

¿Qué hizo para merecer el amor? El amor se gana como el pan, cada día, o cada día se pierde. «—Ganarás el amor con tus renunciamientos», quiso plantearse desde un principio. ¿Qué hizo para merecer su vida? ¿Qué

para merecer su desaparición? Vagamente adivina cómo el hecho de que todos los hombres dejan nacer y morir no es suficiente para que todos sean acreedores a la muerte y a la vida: el camino recorrido no es medida para medir al caminante; lo es, en cambio, su ánimo al caminar, su coraje, su desprendimiento.

Entonces, ¿qué merece? Si aún fuera tiempo tal vez aprendería a vivir sin esperanza; a vivir, en cierta forma, como si ya estuviera muerto; que el futuro consista en algunos retazos del pasado, que se viva a plenitud el sufrimiento, que saboree con placer y amargura la agria soledad sin futuro compensatorio.

Si se hubiera creído en permanentes vísperas de su muerte, habría vivido con intensidad, tal vez; habría hablado como quien reza, blasfema o grita; habría actuado como quien debe despedirse o está por llegar: al desnudo, sin compromisos fatuos, con esa dolorosa serenidad de quien sabe el duro camino que tiene que andar sin elusión posible.

«—Es muy tarde».

Solo ahora sabe que no puede dejar nada trascendente para después porque está en su hora definitiva, porque intuye otra captación de lo maravilloso. Y lo maravilloso se concreta en lo verdaderamente esencial; es decir, vuelve esencial lo simple, lo generoso, lo eterno que sabe manifestarse en cada hora y cada minuto.

Y en ese minuto, ¿qué es lo eterno?

El disco telefónico gira al girar el dedo nervioso. Repicará al extremo de la línea, en la Dirección del periódico. Sabe que ella no está en *El Público*. Ni ella ni el director están en el Diario. «—No falles, Josefina».

Vuelve a su sillón, todo en él pesa: el aire, el pensamiento, la seguridad de que lo importante se ha destruido.

—María, si la señora llama dígame que ya es tarde.

Se encierra en su cuarto, los codos contra el pesado escritorio, las manos crispadas en los parietales, su mirada en lo hondo de sí mismo, en la nada, porque solo si estuviera tranquilo podría pensar en la amargura. Tal vez sea tiempo de impedir... No, la revelación le cae definitivamente, una antena se yergue, tardía. Sin embargo, quizá faltan aún veinte minutos para la consumación. En ese intervalo podría actuar, pero la actividad lo aterra,

lo desazonan las responsabilidades inmediatas, la obligación de afrontar un problema, el plazo impostergable. Y, como siempre, esperará a que pasen los veinte minutos para decirse desolado: «—Ya es tarde», y pensar que la imposibilidad lo justifica.

Además, por la fidelidad de su esposa no debe luchar un hombre digno; forzar la lealtad es aceptar que nada vale nada, que no hay ideal donde ocultar la pena. Aun si él perdonara, las mujeres —piensa— nunca perdonan la ofensa que a un hombre hacen; allí estaría, hiriente, aunque la echaran al olvido, más presente mientras más disimulada. Si existiera una duda verdadera, aledaña al perdón... Pero en él quiere rugir la certeza absoluta.

Trata de culpar a su esposa, de justificarse. ¿Acaso no la envió a resolver el problema? Pudo haber en ella una satisfecha aceptación, pero él dio el pretexto al endosárselo. Aunque tuvo mucho de que arrepentirse, jamás sintió vergüenza de sí mismo. Se conservan las apariencias. En el fondo, ¿no equivale su actitud a un trueque? ¿No equivale a ello su pasividad? La entrega de la mujer por cualquier solución del lío del Hospital General, por detener la campaña contra su próximo nombramiento. Quizás hubo abyección desde la subconsciencia aunque su empeño apareciera dorado en la superficie.

Pasa la mano por el rostro para borrar un tardío rubor, la mano se inmoviliza con temblor en el aire, mueve la pantalla de la lámpara. La mitad del rostro sudoroso queda en la oscuridad, con un pañuelo se enjuga la sombra.

«—Anillos y aretes que dejan ir por lavamanos y baños las señoras...». De eso viven muchas familias en Los Barrancos, dice el reportaje. Las manos se despegan del rostro, se estampan contra el grueso vidrio que las enfría más. Mira su anillo nupcial, en su anular desde hace tantos años. El símbolo. La indisolubilidad. Tras de su mano el espejo, el rostro tras de su mano. Hiriente el anillo en el dedo, en su rencor. Lo saca con rabiosa dificultad y lo echa por el escape de la bañera. Suelta el agua abundante y deja que se llene el depósito, en blanco la mirada sobre la espuma, sobre el esmalte, sobre el ruido del chorro.

Sus ojos con estrías de sangre se abren desconfiados ante el espejo, siente náuseas de esa imagen sin dignidad en la desesperación.

Hacia atrás, ¿qué resta? Palabras que debieron decirse, hechos que nunca variaron el curso de las cosas finales.

Destapa la bañera. El anillo irá a las alcantarillas, de allí las aguas lluvias lo arrastrarán a un desagüe de El Río, a los barrancos suburbanos. Mira la cinta blanca que dejó en rastro de tantos años el anillo y regresa cansado a su escritorio.

Podría afrontar una extrema circunstancia, la que fuere, pero su práctica del orden exige nueva motivación. Se le aúnan el escándalo moral y el escándalo social, el honor profesional y el honor conyugal. De suicidarse, se vengaría contra él mismo. Contra su esposa. Contra la vida. Los hijos... Gilberto, ¿será culpable en lo de la joven barranqueña? Los hijos, rastros de él mismo, de su mujer en la mejor época... Pero necesita un motivo, rehúye pensar en lazos que puedan impedir su reciente destino de hombre que desaparecerá.

Morir por voluntad propia, vivir por voluntad ajena. Vivir, morir... El dilema lo aterrará: preferiría no tener ninguno, saber que debe acabar en un minuto, el único acto serio que habrá de afrontar y resolver de raíz. Pero ¿si con ello evita lo que como hombre debería afrontar? Su único heroísmo posible sería escoger entre dos terrores: aguantar la vida o enfrentarse a la muerte.

Algunos caracteres débiles muestran absurda fortaleza únicamente para el acto supremo, desaparecer. Quizás en ellos esto equivale a la incapacidad de aguantar pequeños heroísmos cotidianos. Y viene una acción heroica hija de mil cobardías, y, en ella, el ánimo inconsciente de escapismo, de venganza contra sí mismo, contra su esposa, contra quienes lo hundieron hasta volverlo auténtico sin vocación de autenticidad.

«—Si desaparezco por mi propia voluntad, conmigo hago desaparecer lo que odio». —Casi tiene el cansado espejismo de matar el resto de la humanidad en la ilusión de total arrasamiento. Y la convicción de que es irremediable, de que es necesario morir, le da un comienzo de trágica grandeza.

Abre una gaveta y, al cerrarla, cierra sus posibilidades. En la mano, la pistola es apéndice de su decisión. Observa el nácar de la empuñadura, la cámara de las cápsulas, la mira, el cañón. Levanta sus ojos para una vaga lejanía, oye por anticipado los susurros; en el Club lo nombrarán con respeto, y —«no hay muerto malo»—, las enfermeras y la Prensa y las Asociaciones benéficas lo recordarán con cariño o lo callarán con temor o respeto. El suicidio lo redimirá.

El brillo del arma arde en sus ojos, empaña la visión de las cosas. Las primeras tres gotas de agua llovida se rompen contra el vidrio que da al escritorio. Desaparecer, en vez de un remedio, ¿no será otra fuga, la última fuga? Morir por una vida que no vale la pena de morirse, ni de vivirse. Nada vale nada.

Dos sollozos que se quiebran, una mano que se alza, el dedo en el gatillo, hacia la sien, en un acto de infinito desaliento.

... Caen las primeras gotas de lluvia en la ciudad...

—¡Dios mío, el señor! —dice María.

—¡Santo Dios! —dice la señora de Arenas en su automóvil, de regreso.

Ya ha oscurecido en la ciudad, en su conciencia, en Los Barrancos. Llega mermado el pregón de los voceadores. La lluvia cae sobre los techos, sobre la tierra movediza, sobre las sensaciones de cada cual. Y sobre los ojos: los de María, que presiente la muerte en el adusto caserón de sus señores; los de doña Josefina, que inventa nuevas ternuras, de regreso al hogar, al lado del doctor Arenas. Todo se ha solucionado, con mimos disimulará el remordimiento. Si su esposo cometiera un crimen, lo celebraría. Estará ahora más asequible que siempre, le acatará sus simplezas, le atenderá los menores caprichos. Con una sonrisa enderezará su mirada culpable, así el alma pide perdón y absuelve los minutos con el director de *El Público*.

Su virtud regresa desengañada porque no valía el sacrificio. La asquea el contacto sexual, atractivo en la contención, no ya realizado. Mira de reojo, piensa que todos saben, que ven en ella una luz equívoca, una señal acabada de aparecer, un olor mixto que la delata. Se fija en el chófer, cree que la observa por el espejo retrovisor, que amplía una sonrisa imperceptible. Se sacude una pelusa que inventa su inseguridad.

«—Solo encontramos felicidad en el cansancio —le dijo el Director—, después de la última fatiga, porque ya nada deseamos. Felicidad es el reposo de los músculos, de las ambiciones, del olvido. Un caminito hacia la suave muerte».

Van fijos los ojos en sí mismos. Las primeras luces nocturnas de la ciudad aparecen extrañas a través del vidrio mojado. Extraños se filtran los sonidos, como huyendo: el deslizarse de las llantas, el tic-tac acorazonado del parabrisas, el paso de los peatones, el zumbir de los motores atenuado por la lluvia.

Obtuvo para su marido lo que deseaba. ¿También deseaba la entrega? En el instante de romper los diques, ¿hubo sacrificio? Algo grita desde lejos de sí misma: «—Eso porque se desesperan no vale mayor cosa». Otro vacío para sus vacíos, el nuevo desengaño. ¿Vale su virtud, vale su pecado? El amor en bruto, la pasión horizontalizada, llevan muchos detalles que asquean, no ya a su moral, sino a su propio concepto de la armonía. ¿Justifica un esfuerzo siquiera?

Odia su cuerpo como a una cosa que le sobra porque no quiere usarla más, odia mentirse y mentir frente a su esposo, aparentar lo que ya no es. Porque hallaría bastantes maneras de ser hipócrita: ocultando la verdad, diciendo una mentira, confesando premeditadamente la verdad.

Pero no solo cuentan ella y el doctor: están sus hijos menores, sin dolor de entrega, sin ardorosos problemas de alma. Claras la voz, la mirada, las pueriles inquietudes; vida que empieza, blancura de corazón, paz en los sueños. Está Gilberto, el mayor...

La purifica el pensamiento en los hijos menores, ellos valen la renunciación. También la vale su marido: envejecerán juntos —ella después de él—, y será bueno recordar a la sombra de sus silencios, abolidas ya las voces de la sangre.

Lento, el automóvil abrillanta las calles. Cerca de su casa recuerda por última vez al Director de *El Público*, y para cubrir su recuerdo cruza las solapas de piel esponjada sobre su pecho, con otro pudor recién nacido. ¿Estarán en casa los hijos? Iban al circo. Iban al campo. ¿Estará el doctor Arenas? Ella no escuchó el disparo, escucha el eco de un tardío remordimiento.

—Llegamos, señora —dice el conductor uniformado apeándose para abrir la portezuela.

—Llegamos —descansa ella al bajar con la tibieza que la palabra da a los labios.

Como quien respira al llegar a una paz segura, abre el portón y cierra tras de sí, dejando por huella su perfume mezclado a un vago aroma de lavanda.

OceanofPDF.com

Tercera parte

OceanofPDF.com

A la entrada de Los Barrancos hablan dos pordioseros. Uno empezó años atrás por fingirse paralítico, y acabó en paralítico, el otro nació ciego. Nunca pudo ver otra cosa que no fuera su miseria.

—Estamos de buenas a pesar de todo —dice el paralítico—, no tenemos que sacar nada de esas aguas.

Lanza una escupa contra un charco.

—¡Trabajan esas gentes!

—Yo quisiera trabajar —habla el ciego—, quisiera ver.

—¿Ver esta porquería de vida? —hace buches de aire—, agradecé que estás ciego. Te queda poco pa ver, y a mí poco pa andar.

Con la cabeza aprueba, no la afirmación sino su frase.

—Ver sería una machera —revira el ciego descolgándose el cartelón. El otro suelta el perro amarillo, que sale corriendo en busca de muchachos para jugar, de algún hueso que roer, de alguna perra amarilla.

También los echó la ciudad porque afeaban sus calles. La Sociedad de Mejoramiento impartió la orden: calles y avenidas quedaron limpias de pordioseros. Cuando ganaban con qué dormir en una cama, a Los Barrancos llegaban pocos; pero con la orden de desalojo los suburbios se vieron invadidos por centenares de limosneros que en las noches buscaban refugio para su miseria y su marrullería. Merodeadores. Piperos. Homosexuales. Hombres que viven de sus llagas. Desplazados de sus siembras.

«—Esa loca de Los Barrancos» —reclamaban. Y la Bruja reviraba con el pregón incambiable.

—¡No va a quedar uno solo!

«—Ese paralítico de las peroratas...».

Y el paralítico reviraba a su vez. Cuando presentía un ataque epiléptico, arremetía contra una señora elegante, contra un automóvil, contra el gentío

de un almacén lujoso, o gritaba para hacer eco a la bruja:

—¡Yo soy Zapata el inválido! ¿Quién dijo que yo quería vivir? ¿Quién dijo esa vaina, carajo?

«—Son una vergüenza para la ciudad tantos degenerados, tantos desharrapados» —habló la señora de Arenas en la última reunión de los Centros Protectores. El índice tomó fuerza en el pulgar y se disparó contra una pelusa que afeaba su guante de ante. Sabía que no se avergonzaba la ciudad de que la miseria existiera sino de que se mostrara por las vías públicas. Ya discutirían en qué forma se creaban orfanatos, se ampliaban asilos de ancianos y reformatorios. La fachada de la ciudad tiene que estar presentable ante extraños y propios.

—Andar era bueno cuando yo podía —dice el paralítico—. Nadie es capaz de reformar la vida. Mala cosa, más mala que una mujer.

Su movimiento de cabeza aprueba de nuevo la frase, le importa ya nada el contenido.

—¿Conocés las mujeres? —pregunta el ciego.

—¡Psch! —con una muleta aporrea un charco, petulante la flexión del cuello. Las chispas de agua salpican al Cojo—. Hace tiempo me comí una, dan asco, te digo.

—Me gustaría haber conocido mujer. Hace años toqué a no sé cuál en un tranvía y me clavó un alfiler. Era blanda y bonita, creo yo. Me gustaría conocer una pa morir tranquilo.

—Por mi parte voy a morir tranquilo.

—Hace tiempo, durmiendo en un portal, se arrimó una mujer borracha llorando porque se le había muerto un niño acabaíto de nacer. Me dio un trago, y otro, y otro, de borracha se quedó dormida. Empecé a tocarla, ella apenas lloriquiaba entre su sueño. Le rasgué el corpiño y con harto susto empecé a mamar. Era agria la leche pero seguí mamando con ganas de llorar también el resto de la noche.

Soba sin fuerza el nudoso bastón, soba las palabras:

—Sin darse cuenta ella me acariciaba la cabeza. Triste, creo yo, por su niño muerto.

—Estás inventando —dice el paralítico mirándolo ahora con respeto—. Somos desgraciados, todo el mundo es desgraciao aunque no sea cojo.

Contempla al ciego, a las nubes, a los barranqueños. Le dan lástima porque deben vivir una tragedia impuesta por los demás; él sufre y disfruta su propia, su incambiable tragedia.

Las tres primeras gotas grandes de lluvia caen en un charco al pie de los mendigos, un trueno lejano vuelve espectral el aire. Chirría un portón, grita una vieja, un perro ladra, maúlla un gato, ondea un trapo contra la tapia.

—Arrimémonos a los bareques, va a llover a cántaros.

Oyen a los barranqueños que se han emborrachado, andrajosas alma y palabras bajo el vestido andrajoso. Hacia atrás el sombrero de caña, hacia adelante la botella de aguardiente malo. Hipan su miseria en los últimos aleros, al huir el día sobre el mismo paisaje.

—Nos echaron, pues.

—Nos embromó el derrumbe.

—El invierno.

—¿Y ahora qué?, los montes se llenan de guerrillas.

—Allá vamos a caer todos.

—Un trago a pico de botella.

—Nos jodió la suerte.

—La ciudad.

—Vida del hombre pobre.

—La del borracho.

—La vida.

—Malditos los Agentes.

—Hijos del infierno.

—Putos.

Son un muro Los Agentes. No saben cómo nacen, cómo viven, cómo mueren. Pero Los Agentes no mueren porque moriría la ciudad, y la ciudad crece, avanza con cemento y acero, se inmortaliza sobre la fuga de los que mueren lapidados, los que arrastran sus cadáveres hacia otros suburbios. Los que llegan de los campos violentos.

No es solo edificios y papel sellado y Agentes la ciudad: es un estado de alma sordo, implacable, gruñendo encima a la tranquilidad.

—Como Dios.

Ni los hombres de Los Barrancos, ni el idiota, ni los pordioseros esquivan la lluvia. Goterones y goterones dan contra las alas de sus sombreros, de ahí caen a las camisas, y por los pantalones al suelo. Sus pies descansan en charcos. No se mueven, ni ellos ni sus miradas.

Están borrachos los que han bebido siempre. Los que nunca han bebido, porque todos se emborrachan tengan o no tengan dinero, así olvidan que nada les queda. La muerte verdadera sería total olvido pero tienen aún cierta forma de la esperanza: por eso quieren embrutecerse por horas, nada más.

—Iba a mi casa —dice uno—. A ver niños barrigones con hambre, la mujer sin vestido, el techo en el suelo. Pa nada alcanzan mis centavos.

Fija sus ojos en los ojos fijos de una rata, inmóvil bajo una piedra.

—Entonces a emborracharse todo el mundo y a llorar y a volver a emborracharse pa gritar: «—¿Quién quiere matarme?». No, no hay vida por delante.

Lanza un pedrusco a los ojos fijos de la rata. El pedrusco da contra la piedra. La rata desaparece de la mirada del borracho.

—Vida perra.

—A mi hijo que vende periódicos le robo los centavos que gana. Me voy a las guerrillas. Nada va a quedar en pie. Muchos nos vamos pa'l monte.

Lanza otro pedrusco a la ausencia de la rata.

—A matar lo que se pare delante.

—No me pidieron permiso pa traerme al mundo. ¿Hay barrancos allá arriba, en la ciudá?

Da un puntapié al agua, da un puntapié al pantano.

—Allá hay Agentes pa jodernos. Hay automóviles, y plata pa botar en cosas que no sirven. Pienso...

No dicen las palabras lo que desea decir: que sobran tantos monumentos a los héroes, tantas carreteras de tantas pistas, tantos clubes de mármol y piedra fina y madera, tanto...

—Beber pa olvidar que yo soy yo y que mi familia es mi familia, que hay mugre y aguas negras.

Arrulla la botella medio vacía, como a un niño.

A olvidar que hay ciudades cochinas.

—¿Quién quiere matarme? A mi mujer se la llevó el derrumbe. Ahora tampoco tengo casa. De madrugada llegaron Los Agentes pa decir: «—Todos afuera, ustedes no pueden vivir aquí». Hijueputas. El derrumbe se llevó a mi mujer y a mi compadre. Ya viene la guerra.

Y desentona gangosamente lo que le dicta el minuto:

*El día que yo muera
cantaré sobre mi tumba...*

Nubes pesadas sobre la tierra, sobre las almas. El aguacero refresca la tragedia de Los Barrancos.

—A beber, tierrita, hasta que todo te dé vueltas. Hoy está pa que el mundo beba a la salud de Los Agentes. De los que murieron, de la puerca ciudad. A mi salud.

—Salud —se despierta otro llevando a su boca el pico de la botella.

El idiota tiritita recostado contra una tapia. También él se emborracharía si no estuviera con esa maldita fiebre.

—¿Un trago? —le ofrece alguien.

—Je, me estoy muriendo —responde su voz de bobo triste—. Frío tengo.

En vez de hablar hace gárgaras con la voz, rumia sus palabras: las masca, vuelve a tragárselas hasta que salen atropelladamente en aire y saliva.

Más lejos los dos pordioseros se cuentan sus percances con ganas de un trago.

—¿Nos arrimamos? Allá beben los barranqueños.

—¿Si pudiera ver! —responde el ciego.

—Nada hay pa ver, ni pa beber. ¿Vamos por un traguito?

Las muletas resuenan contra los pedregones, el bordón del ciego tantea su oscuridad. ¿Si hubiera una mujer generosa para tocarla! Hace tanto tiempo de ello, no sabe ya si lo soñó...

—Todos tenemos muletas, unos las arrastran —dice alguien a la vista del paralítico. Y contento de su acierto, remata al acercarse el pordiosero esquivando la lluvia contra las covachas:

—Todos somos ciegos, solo que algunos vemos.

—Hoy es fiesta negra —invita otro accionando a un interlocutor invisible.

—La vida vale por todo lo que no tenemos, vale por lo que otros tienen —insiste el primero.

—Hay vida por delante —dice un tercero, repentinamente generoso con su desgracia.

—Sí hay —responde la vaharada de otro, largos sus dos colmillos, blancos los ojos hacia un perfil cordillerano. Jamás lo tramontarán, pero agrada pensar en árboles y agua limpia. También eso ha terminado, la violencia arroja a los campesinos. Vendrá la guerra.

—A coger el fusil se dijo.

—¡Yo no quiero ser fusil! —dice El Viejo—. Me mataría la tronazón y el relampagueo y escupiría plomo y liquidaría niños y pájaros y soldaos. ¡Yo no quiero ser fusil, que no!

—A todos nos va a tocar agarrar el fusil.

—Nos sacaron de las tierras.

—Cuando tenía mis tierras —vuelve El Viejo, cuerdo en sus evocaciones—, se comía y se dormía según Dios manda. Daba gusto madrugar y ver los animalitos, un caballo, una vaca, un ternero mamantón en aquellos buenos tiempos...

—Hoy no hay buenos tiempos, no hay seguridad en los campos. Se acaban los víveres, se acaban los campesinos.

De la cordillera para acá hay un panorama cerrado, y lo saben. Al otro lado de la ciudad, más rodaderos aledaños, ocupados por otras gentes caídas.

En su camino acecha un cementerio adaptable para los vivos. Tardarán en invadirlo Los Agentes. Tienen derecho a un cementerio por casa de vecindad. Los pordioseros. El idiota. El Guardián. La Bruja. Ellos. Hacia allá van los suburbios rondando la ciudad, al pie de ella.

—No volveremos más.

—Todos nos vamos.

—¿A dónde, pues?

A donde lleven los pasos: aquí, allá, no importa. Huir grita la hora. Huir de los agentes, de la ciudad, de sí mismos. Hay guerrillas en el monte

bravo.

—Caminando.

—¿A dónde, pues?

OceanofPDF.com

Es ahora el de Martina un temperamento táctil en su manera de humedecer la mano, de encoger los dedos dentro del agua, de alcanzar una fruta: la saborea en las palmas, trata de redondearla, la alisa contra sus mejillas, la unta de labios; comerla es secundario, lo hace por no arrojarla. O cuando toma en sus brazos un conejito y lo alza a la altura de su rostro para llevarlo contra las sienes, para sorberlo con los ojos. La piel sedosa le da un blando estremecimiento; luego lo deja en el regazo, y toda ella se convierte en evasiva sensualidad. O cuando palpa un vestido nuevo cerrando los ojos, los labios apretados; o al tender las manos para tocar el aire con las yemas y dilatar las aletas de la nariz en éxtasis de viento y cielo.

O cuando piensa en Luicho, porque afirma la imagen desvaída en su deseo y quiere agarrar en el aire el conjuro para dominarlo. Él hace que la rehúye, ella se ingenia el modo de que la mire delante de la gente. Por eso aparece con un maletín y unos paquetes, blusa festoneada y *slacks* ceñidísimos contoneándose y mascando chicle por las callejuelas.

—¡Ave María Purísima! —exclama una vieja al ver el estudiado movimiento de busto y caderas de la joven. Martina la mira y continúa sonriendo para defender su dicha.

—¿Qué traes allí? —pregunta su hermano, el de la cabra. Humedeciendo con la lengua una sonrisa, Martina le entrega su caja de chicles con un: «—¡Hola, patojo!».

—Venga, Cabra —dice el niño y sale tras su hermana, pendiente del maletín. El viejo se les une, se les une la niña de los muñecos de paja.

—¿Qué es, Martina?

Ella continúa descendiendo por la callejuela hasta llegar a un rellano. Descarga el maletín, abre, palmotea.

—¡La magia!

Otros más le hacen corrillo. El Viejo tira de su barba, brincos los ojos, alegres sus quijadas sin dientes. Los niños entreabren sus bocas en jovial expectativa, componen los tirantes, recalcan las pisadas, se miran contentos.

—¡Discos!

—¡Música de bailar!

—¡Cumbia!

—¡Radiola nueva!

Funcionan las pilas, el disco empieza a girar y gaitas y tambores y cornetas dan plasticidad al primer envión de Martina.

Los mayores forman redondel, chasquean las lenguas, ponen sus manos sobre las rodillas y arquean el cuerpo hacia adelante, como si todo el cuerpo mirara.

—¡Dios nos libre! —exclama la vieja, allá arriba, zarandeando con un trapo su indignación.

Los coros hacen lento el ritmo de Martina, hasta que las maracas llegan con furioso sacudimiento y gime la gaita y resuena el tambor y palos y raspas y cobres marcan la locura.

—¡Diablos!

—¡Te estás quemando, Martina!

—¡Viva el incendio!

Los niños se frotan la exclamación, los mayores se remueven en sus puestos, se codean, desnudan a la joven con los ojos. Ella mira en derredor al primer compás de espera por si Luicho asoma, pero sigue con brutal desenfreno en el torbellino de la batería.

—Es mi hermana —dice el niño de la cabra a uno que parece amarrado a una cadena.

Canta a la juventud el furioso cimbrar de Martina en la danza, llaman sus brazos, imprecán, aletean. Desmenuzan sus pies, zapatean, giran en el aire. Los muslos dan fiebre al corro, templán las pantorrillas sus tendones para el sacudimiento, ojos y boca rayan el rostro convulso a la obnubilación de la cabellera.

—¡Diablos, Martina!

Su cansancio estremecido llama silencioso a Luicho, lo llaman sus movimientos de fiera joven, las gotas claras entre los senos, el vello crespo

en las axilas, la curva espasmódica en las ingles contráctiles. Toda la música es vibración demoníaca entre su carne inocente. Se apaga la corneta, gorgotea el piano, se difuman las maracas en una distancia de tiempo largo.

Todavía siguen comentando cuando ya Martina voltea la última callejuela para recogerse en sí misma, propicia su fatiga para el recuerdo, para inventar recuerdos de lo que debió suceder, y una interlocutora cómplice en su espejo:

—Corríamos y jugábamos de lo bueno escondiéndonos en los helechales y subíamos por las piedras y brincando en las quebradas y agarrándonos de los bejucos, ¡más bueno! Pero miedoso, si vieras. Y ahora qué, uno esperando que venga, que no viene, que sí viene y él cae de golpe, ¡un susto! Hoy amanecí queriéndolo tanto, ayer no, pero hoy me dan ganas de cantar y estar con él, y recuerdo cosas lindas de él, ¡unos linderales que avemaría!

Y tararea el *Tengo a San Antonio / puesto de cabeza...*, y piensa en *La Mano Poderosa* y en sus virtudes «para hacer venir a quien se desee», a prueba ahora con Luicho: «Poner *La Mano Poderosa* a lo largo, hacia el lugar donde viva la persona, y poner tres cabos de vela, uno a cada lado del nombre y apellido de la persona y rezar tres Padrenuestros y un Credo. Decir: Acotos, Exfelen, Canabo, tres veces por día. Misterio: no puede prestar a nadie el cuadro ni la Oración».

Por eso también consiguió, en una de sus correrías de ciudad, *La Poderosa Oración del Ánima Sola para hacer venir a una persona*, y que ahora repite en su afán de entrega y arrebató:

«Ánima Sola, ánima de paz y no de guerra, ánima de Dios, te pido y te suplico te metas en el corazón de Luicho. No me le dejes tener gusto, ni placer para comer ni para dormir con ninguna clase de persona, hasta que no venga a mis pies, así como vino Nuestro Señor Jesucristo a nuestra casa. Magia Blanca o Magia Negra, combínate con el Ánima Sola para que lo traigas pronto, y si algún mal pensamiento tiene contra mí, bórraselo y que venga siempre humilde a mi voluntad. Amén».

Y se repite la advertencia propagandística para reforzar la creencia: «Esta oración es de un mérito extraordinario y toda persona que la hace proclama sus excelencias y nunca falla», y sonríe y eleva la mirada, y más

en su memoria febril que en la hojita impresa, Martina lee la historia de su devoción, la de ese nombre extraño:

«Celestina Abdégano está condenada a sufrir la pena de una inmensa soledad hasta el fin de los siglos, por no haber orado jamás por las almas del Purgatorio y porque perteneciendo a las mujeres piadosas de Jerusalén que tenían por oficio asistir a los condenados a muerte en cruz...

»Sucedió que en la tarde del Viernes Santo, día en que murió Jesucristo, le tocó a Celestina subir al Calvario con un cántaro de agua refrescante para dar de beber a los mártires del Patíbulo y de esta bebida les dio a Dimas y a Gestas, pero por temor a los Judíos no quiso darle de beber a Jesús y fue condenada para andar errante en el mundo. El Ánima Sola no es una santa consagrada por la Iglesia, pero por su intercesión se puede orar y alcanzar muchos beneficios de lo alto, palpable en grandes milagros obtenidos mediante su invocación, sin alterar en nada la fe católica instituida por Jesucristo y legada por nuestros mayores.

»En el Templo de Girardot se levantó un hermoso altar, lo mismo que en muchos otros de la República, le tienen su altar y su devoción se extiende por todo el mundo».

Y porque el amor abrupto la vuelve supersticiosa, en Martina nace otra fe en aquello de que antes se burlaría.

Piensa entonces en la bruja, y sigue, los pies como remos al caminar, gacha la cabeza, con temor burlón en el rostro, mirando hacia la choza por si la vieja recoge chamizas en los alrededores.

—¿A dónde vas, Martina? —pregunta la niña de los muñecos.

—A ver a tu abuela, ahora la necesito.

—No me gusta mi abuela. «—¡Mugrosa, traiga chamizas, zángana, escurra los trapos, tuntunienta, barra la casa...!». Me da miedo cuando empieza a gritar: «—¡No va a quedar ni uno...!».

Por encima del vestido, con ambas manos se compone los calzoncitos rotos.

—... Y nunca me da esos muñecos que guarda en su cuarto malo.

El sabor de magia conmueve la esperanza de Martina Monigotes cómplices del diablo para los conjuros. Raíces milagrosas. Aposentos de aquellarre.

La niña sigue con pucheros:

—No vuelvo a misa, estoy brava con mi abuela Estoy brava con Dios, con él también me embravé.

—No podés embravarte con Dios.

—Él se embravó primero conmigo.

—Dios no se enoja con las niñas.

—Yo le pedí una muñeca y no me la trajo.

—No tendría muñecas listas.

—¡Puras disculpas!; él puede hacer lo que se le antoje sin costarle ni un centavo.

Revienta un espartillo, revienta de nuevo los fragmentos.

—... Él es rico pero avaro.

—Dios no es avaro.

—No lo quiero ni le rezo ni le oigo misas.

—Yo te doy una muñeca verde, y seda y franjas pa sus vestiditos.

—¿De verdá? —abre la niña sus ojos al contento—. ¿Y me enseñás a leer y a bailar? Mi otra muñequita se murió de hambre y de enferma y la enterramos en la falda. Allá está la cruz, algunas noches espanta. Tenemos miedo al alma de mi muñequita en las noches negras con truenos.

—Si me llamás a tu abuela te doy dos muñecas mejores que las que ella tiene en su cuarto malo.

La pequeña corre a la choza. Martina roe las uñas: si no es la danza, la bruja será su salvación, conoce la manera de que el amor no se acabe, reza e impreca, prepara menjurgues, lee las cartas y las manos, sabe usar la cazuela de los untos, tiene pactos con seres de medianoche. Si Luicho no se ha doblegado a los encantos y argucias de Martina, se humillará a los ensalmos de la vieja.

Detrás de la tapia la joven oye gritos estentóreos y palabras inconexas. «—¡Que se vaya!», «porque se enamoran», «¡sinvergüenzas!». Pero la bruja se mete en sus recuerdos y abre un compás a la espera de Martina.

En sus tiempos fue pitonisa de costurería y adivinaba la suerte por las líneas de la mano, por la ceniza de los cigarrillos, por las cartas de naípe. Hasta fue dueña de una opulenta bola de cristal.

—Venían las más empingorotadas señoras, yo sabía de la suerte de todos menos de la mía, ¡véanme tirada por Los Barrancos!

En sus comienzos era enemiga de malos presagios, luego la vida empezó a amargarla y su clientela fue retirándose porque vaticinaba desgracias.

—¿Y qué querían esas trompicoloradas ricachonas?

Hoy de sus historias queda un juego de naipes borrosos que consulta algunas veces, su vestido de gitana al fondo de un cajón, una nieta que habla con muñecos de trapo y a quien grita: «—¡A rebuscar leña, mugrosa, ya se apaga el fogón!».

En noches de luna sale por esos callejones a predecirle arrasamientos a la ciudad. Cuando ve reunidos a los barranqueños, azuza blandiendo su bastón nudoso, al viento la cabeza desgreñada:

—¿Son maricos, pues? ¿Por qué no la incendian? El invierno le eche lava y Dios no se compadezca y el diablo le escupa fuego por las cuatro puntas. ¡Que se tenga fino, ya viene rumbando la Revolución!

Rastrilla contra el suelo pedregoso el garrote.

—¡No va a quedar ni uno solo!

Hasta en Los Barrancos la temen; aseguran haberla visto horqueteada en el mango de una escoba, revolando sobre la torre de San Nicolás, celebrando aquelarres con otras brujas en las cuevas más azarasas. Martina misma ha usado hojas de penca sábila contra aquellos poderes.

De tarde en tarde recibe en su cueva una joven barranqueña que le endosa pueriles interrogantes de amor. Ahora vuelven por hierbas y brebajes y oraciones. Vanidades en el suburbio; cochino el amor, cochinos los hombres y las mujeres que se amargan persiguiéndolo. Nada resta de sus desvelos románticos de años atrás: una hija que no retuvo, una nieta mal nacida, unos llantos perdidos en las arrugas de sus ojos, sobre la frente de pelo de cabuya. Gestos para el asco, odio para sí misma, y, a través de ella, para los demás.

Sin embargo fue joven, también ardió su sexo, también molió sangre de diario afán el corazón apresurado. Mentira todo, pero habrá palabras para que la mentira sea un poco verdad en sus disfraces. Mira el cuarto sagrado de otros días, los restos de su prestigio, y algo en ella reverdece al milagro.

—¡Que venga la bobita! —dice a su nieta, y Martina llega mordiendo con los dedos un canto de su falda chillona. En la oscuridad, la otra figura sentada es una de sus pesadillas.

—Se llama Luicho, usted lo conoce... Nos queremos...

—Entonces, ¿a qué viene?

—Bueno, yo lo quiero pero muchas lo buscan. ¡Es pa mí sola!

Mitad invento, mitad introito aprendido de sus fórmulas, La Bruja reza mientras amasa en sus dedos de negras uñas un monigote de cera:

—Todas iguales, bobas y pendejas y engreídas. El hombre es corrompido y su pasta se la tragarán los infiernos. Creer en el hombre... —arrecia la voz, honda en su tono recitativo—. Creer en el regreso de las aguas, río arriba. Lo que está malo, malo está; no canta el silencio, no grita la muerte, no tiembla la quietud. ¿Se puede hacer un hoyo en el aire? ¿Se puede volar con el ala herida? ¿Se puede cantar con la garganta rota? Mala pasta la del hombre, atravesada su intención.

Martina tiene miedo de las palabras que ya suenan a salmodia de Satanás cuando la vieja anda de un lado a otro, coge un monicongo, amasa la cera, clava tunas de rosa y naranjo, quema papel rojo en ramujos oscuros, esparce cenizas, sacude rincones.

—Cacatúa de oro, gato de seda, hueso de muerto. Él no se irá porque lo ordenan poderes más hondos que el olvido. Gato de seda, piedra de imán, culebra de fuego, lechuza de barro. Martina en Luicho, Luicho en Martina, amarraos con estos lazos de los duros poderes. Ni Dios ni el Diablo, ni duendes ni santos, ni arcángeles ni malas ilusiones. Hueso de muerto, lechuza de barro, gato de seda, cacatúa de oro...

Los cuerpos se hacen añicos en la sombra que proyecta el temblor de una lámpara. Esperanzados, aterrados, los ojos de Martina multiplican las imágenes. La vieja es gran bruja, hincha su fe en las frases. La candela hacia adentro, fuma un tabaco mascujado y lanza enviones contra la figura de cera. Lo que dice ahora es ininteligible, humo azul-negro, gestos congestionados para la comunión con espectros diablunos.

*Que venga, que venga
y que nadie lo detenga.*

Martina se concentra en el rezo. Su esperanza se ha hecho oraciones en la boca desdentada de la bruja, candela en la lámpara votiva, oscuridad en el cuarto de aquelarre, silencio expectante en su silencio.

—Con una te llamo, con dos te amo, con tres te retengo. Cuernos de Lucifer, cordón de San Francisco, lazo de Judas. Por la señal de la cruz, por el credo al revés, por las santas cenizas,

*que venga, que venga
y que nadie lo detenga.*

Dentro de Martina arden los cirios de cera negra, los retratan sus pupilas, los recibe el pecho que llamarea, los anima el deseo de posesión. Tea de sangre, dulzor de amor, agror de pena. Yervas de antiguo aroma. Olor de sahumerio embrujado. Atormentada raíz de la mandragora. Por el amor, por la carne, por el olvido, por la muerte. La bruja mueve sus labios sin sonido, hasta que las frases llenan el ámbito:

—Esto es Luicho en cera: sangre de muerto que se derrite, brasa de ilusión que se apaga, alma de cuervo que vuela, hervor humano que no se agota. En la frente pa que lo piense, en las sienes pa que se la grave, en la boca pa que lo llame, en los ojos pa que la vea. En el pecho pa que le duela. Aquí en el corazón te clavo la aguja de los sortilegios, aquí en los ojos te hundo las tunas de la palma negra. Corazón malo de hombre, que arda la nostalgia y llueva lava hirviente en el alma del que no responda. Martina en Luicho, Luicho en Martina. Sur y Norte, Oeste y Este. Cuatro poderes, cuatro voces, cuatro candelas.

*Que venga, que venga
y que nadie lo detenga.*

—Cuando chiquita me decían que en esta laguna salía el Diablo desnudo, pero nunca lo pude ver, si vieras cómo rendijiaba. Me gusta andar a la orilla de las lagunas porque cantan los sapos,orros-cos-cos, ¿no son lindos los sapos? Yo los quiero porque me dijo La Bruja que cuando el sapo abraza a la sapa, cuando la enamora, ella se pone a cantar de alegría. ¿Crees que los sapos son inmorales? Abrazame, tengo ganas de cantar.

Y canta riendo sus canciones improvisadas. Luicho la mira con ojo contento; ella brinca a su lado.

—Contame un cuento bien gracioso. Si no te acordás o no podés inventarlo, no importa: me hacés cosquillas y también me río. El que necesita chistes pa reír está fregao.

Hace sonar las yemas de los dedos y remeda una danza en derredor de Luicho.

—¿Por qué sabés que me querés? —pregunta con insolente indiferencia.

—Porque a tu lao me provoca desnudarme y cantar. No te vas, voy a tirarme al charco, pa que me conozcás desnuda.

Se le queda viendo con fingida seriedad.

—Es bueno que me viás desnuda pa que no digás que te engañé, pa que no digás que te la metieron tapada.

De pronto se hace temperamento olfativo, y ama con la nariz como si esta fuera otro órgano sexual.

—Me gusta el olor de las camas usadas una sola noche, me gusta el olor de carne viva, el olor de hombre... Del hombre... Del mío —y regodea paladar y lengua y refriega su cuerpo contra la hierba y recorre con su nariz el pecho de Luicho, y recuerda el fuerte olor de las locomotoras, el del viento que baja de los pinares y de los eucaliptales, el del cuero en las

curtidurías. Y los depósitos de cacao, y las trilladoras de café y maíz, y los camiones cargados con rolletes de cabuya.

—Linda la penca de cabuya y su maguey alto, pa los pájaros. ¿No te huele a toronja?

Y recuerda el sonar de los talleres de fundición y soldadura, y de los talleres eléctricos, la vida oculta y maravillosa de todas las fábricas, los ruidos mecánicos de la ciudad industrial. Y las sirenas de los bomberos, de las ambulancias, de las radiopatrullas.

—¿A quién llevarán preso?

—¿Qué se estará quemando?

—¿A quién matarían?

Y recuerda los «buses» de pasajeros y las bocanadas de obreros que despiden mil talleres, y fábricas de cemento, de paños, de hielo, de telas, de cerveza, de vidrio, y los alambiques en las grandes destilerías de alcohol, y el roncar de millones de motores y las luces artificiales y las jugueterías.

—Quiero los muñecos bravos, los que no se dejan manosiar ni arrullar. ¿Has vuelto a la Ciudad de Hierro? Cuando el circo... Olés a macho recién bañado, me gusta el olor de carne fresca.

Y recuerda las camas inconclusas de las ebanisterías, las trozas acres en los depósitos de madera, el chirriar de las sierras, el humo de pez de los ataúdes en funeraria barata: aquellos ataúdes sin pretensiones, que son cunas a su manera.

«—¡Niños, nunca!».

Antes que un niño suyo, Martina preferiría su propio cadáver: allí está Amalia su hermana...

Abre los ojos para desechar sus imaginaciones y vuelve a sus palabras y a los celos francos:

—Te quiero más cuando estás en la cárcel; así no te hostigan otras, Niño Malo.

Él le mesa el pelo, marrullero; ella sigue:

—Tengo un cuchillo, Luichote. Te lo hundo si me engañas.

Él sabe que detrás de la amenaza jovial acosaría el acto posible, huele a sangre la pausa.

—¿No te lo di todo? —reclama, mimosa, sin pensar que ella buscó darlo y darse para satisfacerse—. ¿Me llevás al baile? Con mi vestido nuevo puedo ser la más bonita, al lao del bandolero más guapo.

Porque bandolero para ella es una virtud que le permite ser heroína detonante.

—Me sacás a bailar un tango, me gusta el tango apache, me gusta la bulla de la música a medialuz. Debí nacer en Carnavales. Me gusta el tal Luicho. Decime, ¿no te importa la vida?

—Me importa por estos ratos.

—¿Los que pasás conmigo?, ¡qué dicha! ¿No te aburro?

—Si me aburrís, te boto.

—¡Opa!, tengo un cuchillo pa vaciarte la sangre si se te vuelve mala conmigo. ¿Sabes? Anoche soñé que me apuñalabas. Sentía mucho dolor y grité, pero después lloré porque eras vos el que me mataba. No más así, te va dando ganas de llorar. Esto también es amor. Creo yo, pues.

—¡Y dale con la habladera! ¿Pa qué decir qué cosas son las cosas, si allí están?

Ella adhiere a su rostro una tristeza desusada.

—Era roja mi sangre, y te reías al verla —y en reclamo trivial de gata en celo—. Malo, Luicho, malo con tu Martina, izque matar a la única que te quiere, ¡a la única!

—Todavía no te voy a matar, todavía no nos vamos a matar.

—Prometeme que morimos juntos.

—¿Morir?

—La otra noche soñé que estaba muerta. También lloré porque había muerto sin haber vivido. ¿Sabes qué cosa es vivir, vos, engañero?

—No.

—Es tener cerca a Luicho el hombre.

—Poca cosa es vivir.

—Es tener joyas y ropa interior fina y salones altos donde bailar y espejos biselaos —¿así se dice?— y buenos tangos con poquita luz.

—¿...?

—Eso y no estar muerto y oír llover desde la cama. ¿Has oído cómo cae de sabroso la lluvia en los tejaos? Y tenerte mío. ¿No creés? ¿Por qué no

hablás?

—Con hablar no se hacen las cosas.

—Hablar es bueno, se espantan los miedos. Ojalá hablaras más.

—Yo hago las cosas.

—Los maquinistas del Ferrocarril, los cazadores y pescadores que viajan en vagones de primera clase, me cuentan sus aventuras.

—Porque no han tenido aventuras.

—Ellos me entretienen hablando y hablando —y ante la mirada fija de él, ceñudo—: me entretenían, pues.

—Ninguno se acostó con vos.

—¡Este creído!

Y le acaricia el lóbulo de la oreja y la pelusilla del cuello y la columna vertebral y hunde la mano por entre la camisa y la detiene en los ijares y hace círculos ávidos en derredor de las tetillas.

—¡Todo!

Es el suyo un amor animal, con el vigor de la primera racha de alegría. Se da a él su alborozo en exclamaciones de niño que va descubriendo animalillos de color en un camino de árboles frutales. A veces, sintiéndolo, encima, se pone a tararear, a efectuar contorsiones de danza. Cuando va al campo se tiende sobre la hierba, se alza el vestido y aguarda a que el sol o el viento bañen los muslos. Así, alegre de ser mujer, de estar desnuda, duerme dos horas. Despertar es una resurrección: sus movimientos, sus miradas, son una acción de gracias al vivir.

—Sí, yo sé que ahorita me van a besar, me van a acariciar, me van a estrujar el pelo, me van a sobar toda, me van a morder los muslos, y yo bien contenta porque soy mala. Pero buena con Luicho, el hombre. ¿O no?

Ella quiere oír algo acorde con el viento, con su juventud. Otras veces él le decía cosas amables, o callaba. Hasta la mordió junto a una comisura. «—Quisiera beber sangre de un labio tuyo, tapar el dolor...» —susurró.

—Otro estaría feliz de tenerme.

—Yo estoy bien teniéndote.

—Cuando mirás así me provoca envejecer a tu lado, el amor debe durar mucho.

—Como una zambullida.

Ella se sobresalta, se carcajea, lo unta del olor de su carne.

—Estoy zambullida en Luicho.

El amor es sangre para él, es agror, es dulzura para ella. Coloca su cabeza sobre las piernas del joven, cierra los ojos al sol.

—A veces aborrezco a las personas que te distraen —dice. Traza con la punta de un índice cruces en la frente de él—. Solo eso odio, ya sé rezar la oración de *La Mano Poderosa*, ¿vos no?

—Sí.

—Y otras, para hacerse invisible, para no ser derrotado, para...

—Es bueno sentir —o no sentir— sin hablar tanto.

—Te falta calor, hombre. Aquí estoy yo, que se te entrega. Una mujer joven, una mujer. ¿Sabés qué es eso?

—No.

—¡Oigan a este otro!, si muchos señores importantes de los Clubes y los Centros Protectores han preguntao por mí, a ellos también les gustó la foto mía que salió en *El Público*.

—¡Callate! —grita Luicho—. ¿Te gusta mostrarte, no?

Saca rabiosamente a un varijón una tira con su navaja corva.

—¿Te parece bien esa forma de mostrarte a todo el mundo?

—Si me pegaras por celos gritaría de contenta.

—¡Callate de una vez!

Quiere todas las cosas de Luicho. En Luicho quiere todas las cosas. Odia lo que él ama. ¿Se odia, entonces, ella? Tres líneas atraviesan ahora su frente: también lo aborrece porque él se ama demasiado.

En sus ojos se nubla la mirada. Se ciñe contra él. Él se conmueve por todo lo que gime, por las hojas altas, por los ríos pequeños, por recentales y cabras. Por los niños ricos, por los niños pobres. Lo conmueven esos detalles de Martina, esos relatos tan de niño sobre sus andanzas, sus charlas con los bulteadores, sus dramones de mal cine:

—... Entonces al ver esa camisa tan blanca, el matón se le acercó y le dijo cuchillo en mano: «—Con su permiso se la levanto pa no mancharla», y le hundió el cuchillo hasta la empuñadura. ¿Qué opinás?

—Que era una lástima manchar la camisa.

Lo tranquilizan aquellas otras historias de un par de zapatos, una falda, una grabación musical, unas enaguas de nylon, un anillo barato.

—Me acuerdo una vez, cuando fui ayudante de culebrero. Tenía un cachorrito de tigre, lo tomaba así, en los brazos, y pensaba: «—Si de pronto este cachorrito crece me despedaza con sus garras y sus colmillos».

Ella intenta rugir infantilmente, adhiriéndose más dice en leve murmullo:

—Puedo morder.

El mundo y las cosas son suaves al tacto, como un seno de la joven amoldado a su mano derecha. Vale la pena experimentar sensaciones apacibles, tener a alguien que de veras se entrega, sin condiciones.

«—Buena bruja» —susurra ella.

—¿Qué decís? —pregunta él con medio tono jactancioso. A su lado cascabelea la risa de Martina.

—Nada, que estoy contenta. Y contento se va a poner mi hermanito. «—Te llevo al Circo y te monto en los carruseles», prometiste.

—Vamos por él.

Se desperezan y emprenden camino a Los Barrancos. Por primera vez se sienten necesarios, han ejecutado un acto de amor que los une y de donde brota una ternura sin rabia. El mundo ya es el mundo de ellos, exclusivo, un refugio para sus crudos silencios.

—Mi hombre —canta ella—. Es bueno decirse: «—Tengo mi hombre y junto a él no siento miedo». A donde querás te acompaño, moriremos juntos.

El otro acaricia la pistola robada. Ella está alegre porque es la hembra de Luicho, porque nadie más la galantea, porque a él lo respetan y lo quieren los suburbios.

—Está mal hecho esto después de los derrumbes, murieron doce personas y nosotros seguimos como si nada pasara. Da un brinco en rectificación.

—Pero estoy contenta.

No les cansa caminar por las mangas; el paso borra las escenas pasadas, los acerca al suburbio.

—Siguen sacando cadáveres. Hay mucha gente.

De Los Barrancos, tal vez solo ellos se escabullen, y sienten vergüenza. Quisieran untarse de tierra húmeda, ser dos más en el apretujamiento de las covachas. Les nacería lanzar un grito contra la ciudad que arriba sigue su paso, indiferente. Pero también quieren ahora la ciudad. Víctimas y curiosos merodean, reniegan contra Los Agentes el ciego y el paralítico. Cuando este ve a los jóvenes se arrima.

—Hay que hacer algo.

Chapucea al extremo de una muleta.

—Estamos listos.

La pareja sigue. Una mujer de traje rojo observa con odio a Martina, la señalan sus bocanadas de humo despectivo.

—¡Luichón! —llama, Luicho apenas hace un gesto vago. Martina gira el rostro.

—¿Quién es? —rabia cuando la ve retirarse con giros desafiantes de cabeza y hombros.

Otro gesto vago de él oculta una referencia. Ella se sienta, ofendida. En las manos de él juega la navaja de sonora cuchilla. También son corvos y cortantes los silencios, los monosílabos, el crispamiento de las manos, las miradas que al encontrarse parecen dejar un centelleante ruido de aceros.

—¡Yo te vi hacerle una seña! —protesta Martina. Él calla con movimientos de amolar la cuchilla en la palma de la mano.

—Ella te sonrió y te guiñó un ojo. Vos querías seguirla, ¿o lo vas a negar? ¿A dónde querías seguirla?

Él, bravo, está pendiente de la belleza que el rojo rabioso da al rostro de Martina. Silba su tonada habitual.

—No te importe —dice—. Hago lo que quiero.

—¡Que no, Luichón, que no! —grita arrebatándole la navaja—. ¡Que no, Luichón, que no! —y de rápido lance le taja una pulgada de brazo izquierdo. Él observa, incrédulo, su sangre, mira el asombro de ella y le da dos fuertes cachetadas. Ella lo abraza.

—Yo no quería herirte, vos.

Él detiene la mano en alto al verla acercar su boca a la herida y refregarse el rostro en la sangre, llorando.

—Toma la navaja y cortame. Cortame, por favor, cortame. ¡Aquí, de esta manera!

Él se apresura a impedir que ella se taje el brazo. Sin embargo, el pico alcanza a hundirse en la carne.

—¡Loca! —y la mira, conmovido.

—Soy capaz de cualquier cosa, niño malo.

Con un pañuelo él improvisa una venda. Ella se deja, sollozando, su cara contra un muslo de él. A cada segundo gira el cuello para ver en el joven su perdón.

—Decime que no te enojás conmigo.

Él la venda bruscamente, no quiere sentir piedad, no quiere ser bondadoso, ni blando. Por eso grita, retorciendo el nudo del pañuelo en torniquete:

—¡No tenías que hacer esto!

Ella advierte una hosca bondad en ese grito, y llora en silencio, agradecida.

OceanofPDF.com

Cogidos de la mano se acercan a la covacha, Martina columpia un balón, que a veces da contra sus rodillas, metido en la red. Abajo está el niño de la cabra, entre sus dedos una jaulita de helecho para resguardar grillos verdes. A su lado Amalia remienda los pantalones del padre, remienda su futuro.

—Amalia, ¿por qué gritaste anoche?

—Soñé cosas.

Su sueño eran niños como aves de rapiña que graznaban con ruido de aletazos, abiertos y chasqueantes los corvos y acerados picos.

—Yo también sueño con el cabrito. Corro y corro pero siempre se ahoga en El Río, no me gusta soñar eso. ¿Vos qué soñaste?

—Maluquerías. Pájaros negros, muy bravos.

Sacude con gesto brusco el recuerdo de su visión recurrente. Las manos aprietan contra sus senos la ausencia del hijo.

—No es bueno tener pesadillas, no es bueno pensar cosas malas —se dice y vuelve a remendar, nerviosos el hilo y la aguja.

Martina y Luicho llaman desde una tapia desalbardada. Al mirar el balón en la red, el niño abre ojos y boca, abre los brazos nerviosos.

—¿Es el balón?

—Aquí se los traigo —contesta Luicho.

—¡Me voy, Amalia! ¡Peeedroooo, Juaaaaaan! ¡Vengan todos que Luicho nos trajo el balón!

Asoman, brincan, corren, se acercan seis, nueve, dieciocho. El perro amarillo remeda los saltos.

—¡Muchachos, traje la pelota!

—¡Eeeesooooo! —corean ellos asediándolo, limpios sus ojos, sucios sus trajes y sus pellejos.

—A ver, ¿cuál es tu equipo?

—Nacional.

—¿Y el tuyo?

—¡Independiente Medellín!

—¡El mío es Millonarios!

—¡Bueno, quítenmela si son capaces, ataquen con machería!

Entre las botas la bola adquiere vida, los pies descalzos de los niños buscan inútilmente hasta que Luicho le da un formidable puntapié.

—¡Hiju el diablo, va pa las nubes!

—¡Va a caer en la cañada!

—¡Al que primero la agarre! ¡Muévanse, al que primero la agarre le doy un peso!

Su risa y la de Martina se pierden al correteo de los niños y del perro.

—¡Vení, vos! —llaman al de la cabra, que solo merma ligeramente su paso.

—¿Y el balón? —pregunta señalando la carrera de sus compañeros.

—Que lo cojan ellos, a vos te vamos a llevar al circo.

—¿A mí? —dice el niño restregando las manos contra el overol—. ¿Ya mismo?

—Ya —confirma ella—, laváte la cara.

—¡Que si me lavo la cara! ¿Oíste, Amalia?, ¡al circo!

Agarra una pelota de jabón de tierra y comienza a refregarse en un balde con agua.

—Cabra, voy al Circo. ¡Me voy pa el Circo, pues! ¿Me peino?

—Sí.

—¿Pero sí tengo tiempo de peinarme?

—Te esperamos aquí.

—Ya voy, cuidao no me aguardan.

Saca la cabeza del balde, los interroga desconfiado:

—¿No me están diciendo mentiras?

—No.

Corre al portón de su casa y grita desde afuera:

—Mamá, ¡me voy pa el Circo! ¿No creés? Ya oíste, no es invento, ¿querés oírlo? ¡Luicho, Martina, ¿no cierto que vamos al Circo?!

—Sí, apurate.

—¿No ves, mamá?, ¡vamos al Circo!

De una cajita de cartón saca dos mariposas cazadas poco antes. Detrás de ellas vuela su exclamación:

—¡Viva El Circo!

Amalia se levanta para escurrir los trapos, hombros y busto hacia atrás por equilibrar el peso del vientre.

—Son bonitas las fieras.

—¡Que si qué! Cuando *él* te nazca lo llevo a todos los circos del mundo.

Se arrima a una piedra, sube, da la espalda y empieza a orinar haciendo que el chorro empape afanosamente en círculos la superficie de una raíz. Gira el cuello a medias para rematar:

—¿Le gustarán a *él* los Circos?

—Le gustarán.

—¿Vamos los tres cuando te salga?

—Vamos los tres.

—¿Pero a todos, todos?

—Vamos los tres a todos los circos del mundo.

La alegría del niño borra el sombrío imaginar. Y su alboroto:

—¡Eso, vivan los Circos! ¡Papá! —grita hacia los desagües—, ¡me voy pa el Circo! Amalia, a todos los que pregunten por mí, que me fui pa el Circo con Luicho y Martina.

Amalia desenreda con un peine el cabello enmarañado del niño. Mientras aguanta los jalones, dice tocando con sus diez dedos el vientre de ella.

—Ojalá nazca ligero. Si sale ligerito lo llevo al Circo, hoy tengo que ir solo sin *él* y sin mamá pero con Luicho y Martina. ¿Ya estoy peinao?, no le hace si no voy bien peinao.

Voltea los ojos, levanta un pie para rascárselo y ríe hacia un lado.

—¡Luicho, Martina, aquí voy!

Arriba le contestan. Él sale al galope, frenando a cada recodo en remedo de un automóvil. Los ojos de Amalia se amansan, llenos de la carrera de su hermano. No solo habrá graznidos de cuervos y gañanes que roban leche al hijo: habrá también circos de color, y dulces balares, y brazos que

amorosamente paladearán el peso leve. En los bejucos de las estacas ondearán pañales, y habrá un rincón tibio más en el cuartucho.

Cuando su hermano sube al final de la calleja vuelve a los trapos con una sonrisa fatigada. Martina y Luicho aguardan para mostrar al niño, allá lejos:

—Mirá la carpa grande, parece un elefante.

—Qué carpota, ¿no?, debe caber un millón de personas, sin contar los animales ni los payasos.

—No tanto.

—Me gustan las carpas de los circos. ¿Cierto que son muy bonitas, Martina?

—Bonitas —dice ella nerviosa mirando a un punto distante y codeando a Luicho. Un policía otea los alrededores en el cruce de dos callejas.

—Vamos por aquí —musita él, escurridizo.

—Tengo miedo —dice Martina.

—¿Y el Circo? —pregunta el niño siguiéndolos receloso.

—Vamos por otro lao, llegamos a tiempo.

—¿Qué les pasó en los brazos?, hay sangre en las vendas. Tienen vendas, ¿fue que se tunaron?

Martina mira a Luicho con dulzura.

—El diablo, que no nos quería.

—¿El diablo?, cómo no.

Se detienen junto a un hombre que, rodeado por muchas personas, perora acerca de un folleto con las memorias de un leproso.

—En esta fotografía que veis aquí —señala la primera de un tablero—, aparece el Poeta —el Poeta soy yo, señoras y señores—, despidiéndose de su amada, rumbo a La Ciudad del Dolor. En esta otra aparece el Poeta —que soy yo, bien podéis verlo— visitando la tumba de su adorada madrecita; como observáis, el Poeta sostiene en su diestra la pistola con que se iba a suicidar, según se muestra artísticamente en esta lámina; en la siguiente, fijaos bien, vemos el momento en que la amada convence al Poeta para que no se suicide. Y en la última, el Poeta y su amada salvadora dan gracias de rodillas ante la tumba de su madrecita idolatrada. El drama de toda una vida relatado en sentidos versos, por solo cincuenta centavos.

El drama de los leprosos en La Ciudad del Dolor, escrito por quien lo padeció en crueles y negros años. Cincuenta centavos el folleto, señoras y señores, media vida de sufrimiento y dolor...

Las presencias taimadas de Luicho y Martina se estrujan contra la gente, vigilando de reajo al policía. El niño observa las gráficas y oye lo que el vendedor propaga, espectáculo para sus ojos aún vacíos de circo.

—Se va calle arriba el polizone —susurra subrepticamente Martina.

—Creo que podemos seguir —dice Luicho comprando uno de los folletos—. Vamos al circo, muchacho.

El niño ajusta el único tirante de sus pantalones y cambia de bolsillo un sedal, medio trompo, un caracol, dos cuernillos de chicharra.

—Oí, Luicho, ¿me vas a dar una paleta?

—Sí.

—¿Y algodón de azúcar?

—Bueno.

—¿Y un cucurucho de maní? Recuerdo que me diste veinte centavos pa cucurucho de maní y paleta de leche y algodón de azúcar cuando empeñaste el rifle de la otra revolución.

Su lengua recorre los labios para recordar.

—Me gustan las paletas de leche. Me gusta el algodón de azúcar. Me gustan los Circos. Bonita la carpa y grandota, ¿no?

—Hay que coger cola, compráte un manojo de algodón de azúcar.

Mirando a lado y lado, Luicho toma su turno en la fila que da a la ventanilla de la boletería. A diez metros Martina sigue alerta, por si acaso.

Dos empleados de colorines bajo letreros chinescos actúan a izquierda y derecha de la entrada.

—¡Los trapevistas de la muerte! —vociferan turnándose los pregones.

—¡La bailarina de la cuerda!

—¡Los monos maromeros!

—¡El elefante que lee!

—¡La mujer barbada!

—¡Las botas de siete leguas!

—¡Caballos y perros amaestrados!

—¡El hombre más alto del mundo!

—¡El más gordo!
—¡El más feo!
—¡La ronda de los enanos saltimbanquis!
—¡Las más lindas mujeres acróbatas!
—¡El Mago que adivina su pensamiento y lee en su corazón!
—¡El volatinero lanzador de cuchillos!
—¡El circo de los mil colores!
—¡La asamblea de los animales!
—¡Tirano, el león que ha despedazado a cinco domadores!
—¡El cóndor de los Andes en lucha a muerte con la gran culebra bandida! (A dos voces): —¡La peligrosa Anaconda de Los Llanos!

Martina y Luicho sonríen al embebecimiento del niño.

—¿Oyeron?, pelean una culebra y un cóndor.

El gentío observa con simpatía la explosión del pequeño, que viene de aquí para allá en zigzags de espera nerviosa.

—Lástima que no haya venido mi amiguita, pero la abuela bruja volvió a regañarla: «—¡Muchacha, traiga más leña y no joda con permisos!». Mala palabra, ¿no? ¡Viva el Circo!

A poca distancia Martina vigila, A toda hora vivirá perseguido su hombre, y ella junto a él, en la buena y en la mala. Y la mala llega cuando alguien les dice presurosamente:

—¡Vuélesen que allí vienen!

Giran las cabezas, se abren los ojos, los pies se vierten en la fuga.

—¿Les picaría el tábano? —comenta el que sigue a Luicho, pero calla al ver que dos policías de civil y dos uniformados rompen la fila en persecución.

—Lo agarramos en Los Barrancos —dice al vuelo uno de ellos. El niño de la cabra grita hacia la ausencia de Luicho y Martina:

—¿Y el Circo? ¿No vamos a entrar, pues? ¿Aaaahhhh?

Quiere llorar, corre unos pasos, los detiene temeroso de separarse de la fila y la carpa. Su mirada oscila entre el camino de la fuga y los pregones de colorines.

«—Espero un ratico» —se resigna tomando asiento contra unos postes que sostienen el almacén. Ve entrar a la gente, y en cada uno entra él, se

alarga la espera.

Adentro se oye un redoble de tambores en oleadas de aplausos y música.

—¡Ya empieza la función! —dice alguien. Los hombres de vestidos chillones apresuran su voz en el pregón para la entrada.

—¡La ronda de los enanos saltimbanquis!

—¡La asamblea de los animales!

—¡Los monos maromeros!

—¡El circo de mil colores!

El niño trata de ver. Da una vuelta en derredor del circo, azorado. Ni Luicho ni Martina.

—¿Luicho? ¿Martina?

Solo tres disparos a la distancia en tanto que tambores y cornetas anuncian el desfile bajo la inmensa carpa.

—¡Empezaron!

Da más vueltas en derredor de la carpa, no hay portillos a ningún lado. Vuelve al punto de partida, avanza por el camino de Martina y Luicho. Ni ellos ni sus miradas. Regresa a la entrada principal.

«—Aquí los espero, tienen que volver».

Casi nadie queda afuera. Todo el mundo está bajo la carpa, menos él. Se sienta contra un poste de la luz, junto a la puerta. Uno, dos, tres, cuatro espectadores. Ni Luicho ni Martina. Cinco minutos. Diez minutos. Quince minutos. El llanto insinuado se le va convirtiendo en sueño. Oye lejanísimos los aplausos. Cabecea contra el poste. Cada vez que siente pasos mira sobresaltado, pero ni ellos ni sus miradas. Media hora. Una hora. Hora y media. Los párpados vencen, para soñar con fieras distantes, con payasos de colorines.

Ni él ni su mirada.

El barullo de la salida de la función lo despierta. Golpea las pestañas para espantar el sueño y se levanta nervioso. Ni Luicho ni Martina regresaron.

—¿Se acabó la función? —pregunta a una señora que lleva dos niños de la mano—. ¿Ya se acabó la función?

—Se acabó, no sigue más.

—Yo iba a entrar pero se volaron Luicho y Martina.

Compone el tirante, lo descompone, vuelve a componerlo de nuevo.

—¿Estuvo buena? ¿Salieron payasos?

—Muchos payasos.

—¡Muchos payasos! ¿Cómo veinte? ¿Y un hombre con un taburete empujando leones?

—Así fue, y con un látigo.

Sigue el paso de la señora y los niños. Uno comenta mientras camina:

—Había micos en bicicleta a toda carrera.

La señora sacude el brazo del que informó.

—¡En bicicleta! ¡Unos micos! —el niño resopla asombrado—. ¿Cómo veinte? ¿Y no se caían?

—¡Qué iban a caerse!, tampoco se caían los que volaban en los trapecios ni los que se paraban sobre dos caballos al galope.

Llegan a un automóvil que espera a la señora. Ella y sus hijos suben, el conductor uniformado cierra la portezuela. Desde afuera, el de la cabra sigue preguntando mientras prenden el motor.

—¿Salió el elefante?

—Sí —dice la otra voz cuando arranca el automóvil; y gritando:

—¡El elefante estaba cojo, adiós!

—¡Cojo! —echa el de la cabra a la distancia su voz. Y levantándola más, oteante el oído, los ojos desmesuradamente abiertos para captar la respuesta:

—¿Salieron enanitos, eh? ¿Quién ganó del cóndor y la culebra, aaahhhhhh?

El automóvil se pierde en una avenida, sin respuesta Entonces el niño desanda su camino, lento, hacia los barrancos que empiezan a untarse de noche.

—¿A dónde llevamos la cabra?

—A la ciudá.

El hombre y el niño van, uno junto al otro, por las calles bulliciosas. En cada esquina se detiene el chico y pregunta señalando las rejas del alcantarillado:

—¿Por aquí también caen monedas, papá?

Nivela los pantalones que se le caen de un lado.

—... Es mucho rodar hasta los desagües de Los Barrancos. Hasta *El Río*, allá abajo.

—Es mucho rodar.

La cabra estremece los pasos ante buses y motocicletas, no hay ramas en la ciudad, no hay barrancos para trepar sin peligro. Hay rejas de alcantarillado, hay monedas que se arrastran por las cañerías, hay eslabones de cadenas de oro, hay anillos y aretes que brillarán húmedamente abajo, entre el agua sucia. El niño admira las vitrinas con joyas y alhajas: no hay agua turbia entre ellas, brillan secas, brillan limpias sobre tapetes aterciopelados, en estuches cromados hasta lo increíble.

—Apúrate, muchacho.

Sus pies descalzos dan contra el pavimento, resbalan las pezuñas bifurcadas de la cabra. El padre jala la cuerda que la aprisiona.

—Por aquí, pues.

—No le gusta la calle a la cabra.

—Todos estamos en la calle.

Arriba. Abajo. Soledades que hierven en la andanza inútil. Soledades solas. Soledades habitadas por ecos que hacen azaroso el ámbito. Soledades que hablan, que buscan, que interrogan. Soledades que caminan estrujadas por otras soledades.

La calle. Ruidos. Motores. Cuerpos sin alma. Ánimas solas entre mil ánimas solas, con afán para llegar al vacío. Las calles anarquizadas de la gran ciudad, laberintos del hombre preso, crucigramas sin solución, círculo vicioso de la soledad desesperada. Camino adelante, sin camino.

—Papá, vea: este hombre se volvió hierro.

Allí vive la estatua su soledad con pasado, más viva que los transeúntes, hecha eternidad porque carece ya de movimiento visible, de afanes cotidianos.

—¿Quién es ese señor?

—Un hombre importante de la ciudá, él fundó la ciudá.

—No me gusta el señor de hierro, pero me gustaría jugar junto a él con mi cabra, entre esas rejas, sobre la yerbita. ¿Podría comer de esas yerbas mi cabra?

—La ciudá no es pa las cabras.

—¿Es pa nosotros?

—Andemos...

Camino adelante, sin camino. Y todo lo demás: de día, de noche. Escándalo de mil aparatos de radio, de las cajas registradoras, de una escoba contra cualquier rincón, grupos de risotadas; el que grita, el que tose con su pulmón picado, el que acompaña una serenata, el que llora, el que dispara, el que blasfema. Ladridos sobre las techumbres, la exclamación jubilosa del estudiante que pasó examen, el llanto primero del último recién nacido. El ruido del cincel y el taladro y la soldadura autógena, y el secador de cabellos y el timbre telefónico, sueltan un sanitario, golpean un portón, unas llantas rechinan, un camión está frenando en seco, la campana. Y el trueno a lo lejos, a lo mejor la lluvia, y los grillos, todavía hay grillos trasnochados si es de noche, insomnes si es de día en una ciudad insomne...

El sol de tiempo nubado ha empezado a arder. Relumbra en los vidrios altos de los ventanales, en el rostro de bronce de El Fundador, en los anuncios, en las azoteas, en el metal de los automóviles, en el casco de los agentes. Cuando pasa un heladero, la sed del niño se le queda mirando.

—Compráte uno —ofrece el padre y rebusca en sus bolsillos una moneda. El niño sonríe parpadeante. Le gusta la ciudad. Le gustan los helados. Despapela el suyo y empieza a chuparlo como si se aferrara a la

ubre de la cabra. También sabe a leche dulce, y el frío agrada a su lengua. En Los Barrancos no hay helados para su sed.

El padre se ha sentado en un escaño de la acera todavía húmeda, una mano sobre el lomo de la cabra. El niño se acomoda junto a ellos. Con voz endulzada, lamiendo palabras y labios, pregunta aguzando el oído:

—¿No están oyendo los tambores? Se va El Circo, no pude ver El Circo. Cuando vuelva...

Los dedos de los pies juegan con una tapa de frasco.

—¿Por qué se va El Circo, papá?

—Todos nos vamos yendo.

—Luicho me iba a llevar, estaba comprando las boletas cuando salió corriendo. Los policías dispararon, Martina corría también y gritaba. Yo me quedé esperándolos, no vinieron ni me dejaron entrar a ver las fieras. «—Nada ha pasao, nada ha pasao —decía un hombre de rojo—. Entren a ver los payasos y las fieras». ¿No estás oyendo los tambores, papá?

—Oigo los tambores. Sigamos.

—El elefante estaba cojo. ¿No sabías que estaba cojo el elefante? A lo mejor lo pisó el cóndor.

Ni sonrío el padre. ¿Qué podía pasar, sino lo que pasó, a su hija? ¿Qué podía pasar, sino lo que pasó, a Luicho? La Ciudad lo persiguió, le echó en el cuerpo dos onzas de plomo. Le dará hospital, y cárcel, o cementerio, ninguna otra cosa les ofrece. Martina irá al cementerio, al hospital general, a la cárcel, cuando se lo permitan. Visitará a un herido, a un preso, a un muerto. Empezó mal, era claro que acabaría mal; no perdona la vida, la ciudad no perdona.

—Yo quería ver El Circo —vuelve el niño—, los elefantes, los tigres, los leones. Dizque unos micos de chaleco montaban en bicicleta, y unos payasos. Me gustan los payasos y los micos, y me gusta este helado. ¿A dónde llevamos la cabra?

El hombre agacha la cabeza, aprieta la mano sobre el lomo.

—No vamos a tener donde guardarla —rehúye. Contrae los párpados para defenderse del reflejo del sol en los metales, en el esmalte de los automóviles—. Nos echaron de Los Barrancos.

El niño lo sabe. Fue dura la escena. Estaba con su madre ordeñando la cabra cuando llegaron los agentes. «—Buenos días» —saludaron, nadie respondió, solo veían sus altas botas, sus armas, sus impermeables negros, su estatura. Luego se les enfrentó el padre. «—No pueden echarnos, ¿a dónde vamos a ir? No tenemos tierra, no tenemos ranchos, no tenemos nada». Los agentes hablaron de epidemias, de progreso, de órdenes. Subían las voces, los rostros reaccionaron violentamente. Hablaron hasta que se acabaron las palabras. Al empezar el gran silencio la madre y el niño dejaron la cabra a medio ordeñar, sintieron miedo cuando el padre se lanzó contra uno de los agentes que sacaba al patio los humildes bártulos de la covacha. Al llegar Luicho se equilibró la pelea, era bien macho ese novio de Martina, hasta un balón con red les había llevado.

Ahora el niño se queda mirando a su padre, habla con orgullo infantil:

—Si no te quitan aquel agente, los habrías liquidado a todos.

Vuelve a saborear el frío azucarado, se siente seguro junto a su padre. Su padre sería capaz de vencer al diablo en buena riña, y, llegada la hora, de echar por otro cauce *El Río*. Con Luicho, ¿qué no podría hacer? Pero ante un movimiento brusco de la cabra vuelve a preguntar, sabedor de la respuesta:

—¿A dónde la llevamos, papá?

El hombre levanta la cabeza, una mano sobre el lomo de la cabra, otra sobre el cabello enmarañado de su hijo:

—A la carnicería, muchacho.

Lo sabía ya, pero la idea sin palabras le dejaba una esperanza remota.

—¿Hay barrancos en ella?

Todavía se resiste a la evidencia, quiere adornar la realidad con un resto de generosa duda.

—No. No hay barrancos en la carnicería.

El niño saca de su boca la punta del helado, se limpia con el brazo. La otra pregunta se silencia en la lengua azucarada. Aún no quiere aceptar que lo puedan separar de la cabra. De su cabra, la quiere más desde que ella le dio la leche tibia de sus ubres, le agrada recordar la blandura del pezón entre paladar y lengua, pensar que puede volver barranco abajo y consolarla del cabrito ahogado en las zanjas que labrara con su padre. Le agrada

sentirse un poco hijo de ella, y arrimar el rostro a la ubre henchida, y mamar entre las ramas verdes. Pero los echaron de Los Barrancos, y la cabra no estará con ellos.

—¿Es buen hombre el carnicero? —hace que se resigna bordeando un extremo del helado en el escaño de la acera. El padre calla, su hijo nunca comprendería totalmente.

—Cuando estemos en otra parte, por allí —con amplio gesto de brazos señala todos los suburbios—, conseguimos otra cabra y barrancos pa que brinque por ellos.

Sabe que nunca habrá otra cabra ni riscos para ella y el hijo. Ignora dónde se acomodará después. Ignora dónde se acomodarán las familias de Los Barrancos, allá abajo, a donde ruedan los suburbios. «—No pueden vivir en Los Barrancos, todos serán echados de Los Barrancos» —volvieron los agentes. Su mundo tendrá una cabra menos, unas ramas menos, un cauce sucio menos. La Ciudad se expande a su costa, nadie puede contra ella. La Ciudad son hombres que lotifican y cubren cauces de aguas negras y arrojan desperdicios en las afueras. Son órdenes que salen de un Club, de rotativas, de altos edificios de cemento y piedra y mármol. Habrá que buscarse otras covachas, apretujarse con nuevas familias de algún extramuro. La Ciudad crece, los arroja, no habrá barrancos ni cabras para su hijo. No habrá monedas ni aretes ni eslabones de cadenas de oro. Habrá hambre, y ellos se acostumbrarán.

—Mire, papá —reclama el niño—; así hacía él antes de ahogarse —y frunce un ala de la nariz y las comisuras labiales en remedo cariñoso del cabrito. Luego, señalando con brazo curvo el alto volar de los gallinazos más allá de las torres:

—Vienen de El Río.

—De El Río —habla sin ganas el padre hacia el firmamento cruzado por el negror de las aves de rapiña. El niño sigue mirándolos, y al recordar el cabrito muerto, su ira infantil adquiere plumas y vuela a las alas hasta alguna nube, arriba, hasta el azul más lejano. Pero la ira se endulza en el helado llevado a su lengua, se difuma en los ojos que se agrandan a los automóviles.

—Qué junderal de aparatos, papá.

Empieza a contarlos, renuncia.

—En el barranquero no pueden andar carros ni motocicletas.

—No pueden.

Se ahogarían. No lo dicen, lo piensan con vaguedad. Nerviosa por el tránsito y el crepitar de vehículos, la cabra se hace retrechera, adherida al hombre. Su ubre está llena de nuevo. El niño piensa en ramas verdes a mitad de la loma y en el pezón tibio y blando.

Carros. Motocicletas. Carretillas. Pasan en interminable fila aparatos grandes. Entre ellos, sudoroso, pasa el viejo afilador.

Recuerdos de niño para el resto de la vida, para cuando haya pantalones largos y preocupaciones adultas y desempleo y soledad sin cauces. Recuerdos de niño, musicales: viento en las salvias, sonar del raudal hondo, timbre del cardenal en los alambres telefónicos. Y el pífano del Afilador.

«—Papá, cuando crezca voy a ser Afilador; me gusta el silbo del Afilador».

Con otros chiquillos anda a veces tras el hombre que toca el pífano —siempre las mismas notas, igual sonido siempre en la rueda de su carretilla. Calles arriba, calles abajo, con sol o con sombra. Si llueve, mete su carrito bajo un alero, se acurruca y hace porque el pífano aplaque la lluvia.

Él es amigo del Afilador, el Afilador le cuenta cuentos raros.

«—Mi pífano sopla solo en algunas noches tristes. Cuando muera te dejaré el pífano».

Él quiere al Afilador. Le gusta el pífano. Es azarosa la muerte. Le llama el pífano, que parece guardar dos turpiales y un sinsonte. A veces llegan a Los Barrancos algunos pájaros entonados, y él recuerda más a su amigo, y al organillero dando vueltas al manubrio mientras el mico hace piruetas al son del único ritmo.

Recuerdos de niño, bajo la lluvia, y a la vera de las calles y en talleres de mecánica: hermoso el ruido del acero en las carrocerías y el chispero de los soldadores eléctricos, a su manera también parece un distante sonar de pífano mecanizado.

—Vamos, muchacho. ¡Vamos, cabra! —dice el padre abandonando el escaño. Dista la carnicería, arde el sol de invierno en las espaldas, en el

cemento, en los metales.

—Vamos, cabra —trata de aquietar el brío estremecido del animal ante los enormes autobuses y el traqueteo de las motocicletas. Se temple la cuerda que la dirige, se blanquean los nudillos en la mano del hombre. La otra mano aprieta un brazo del pequeño.

—¡Vamos, cabra! —azuza en mitad de la calle, indecisas las flexiones de cuello ante los vehículos que le chirrían dentro.

—¡Apártese, bruto! —grita el conductor de un camión rojo al compás de un seco ruido de llantas y frenos. Apenas tiene tiempo el hombre de salvar al niño, la cabra patalea bajo los hierros del parachoques.

—¡Carajo!, ¿no ve por dónde camina? —vuelve el conductor aventando la cabeza por la ventanilla.

—¡Vea, pues! —dice uno de los curiosos que ya rodean el sitio—; ¿le tumba la cabra y todavía está reclamando?

En apurado silencio el padre brega por sacar el animal. Un policía se arrima, sereno ante las argumentaciones chillonas del conductor. El niño ensancha sus ojos, detenida la respiración en el sollozo. Las bocinas de otros vehículos ensordecen la calle, el silbido de los lustrabotas y los vagos, el grito de voceadores de prensa, el pito de otros Agentes.

—¡Retroceda! —ordena al del carro el policía, sus manos y las del padre en prensa sobre los músculos machacados del animal que echa un balido ensangrentado. Cuando se libera es inútil su esfuerzo por andar, sus remos traseros se han zafado de la paleta.

—Le destrozaron el caderamen —dice alguien experimentado en el ceño su conmiseración. Anota el policía el número de la patente y habla al gentío que se apretuja:

—Circulen. Nada ha pasado.

El pequeño se contorsiona por el dolor de la cabra, siente ganas de balar a lo alto. Algo grande ha muerto dentro de él, bajo el parachoques. No quiere la ciudad. A Los Barrancos no van camiones ni motocicletas. Allá hay pájaros sobre las ramas, hay lomas empinadas por donde subía su cabra, hay nidos y pichones y grillos verdes y árboles.

—Nada ha pasado. Circulen —repite el policía a los transeúntes en corrillo. El padre lo mira con resignado asombro, levanta la cabra y con ella

en brazos se abre camino por los desagües secos de la calle, tras de él su hijo y la mirada de los curiosos.

—Ya no podrá subir los barrancos —solloza la voz del niño.

—En la carnicería la curarán —responde la voz amarga del padre—.

Vamos, muchacho.

Con miedo arrastran sus sombras ciudad adentro.

OceanofPDF.com

Ya no escampa sobre Los Barrancos. De los aleros caen chorros a los caños pantanosos. De ahí el agua-tierra se vacía a El Río en borbotones de amarillo espeso.

Con un varijón los niños echan a rodar aros de tonel y se menean sosteniendo el hula-hula entre pecho y caderas o practican el tejo en los barrizales. En lo alto, dos de ellos definen su mundo.

—¿Cuánto ganaste hoy? —pregunta sorbiendo la nariz.

—Cuarenta centavos. Vendí veinte Diarios.

Hace sonar los níqueles en su bolsillo.

—Es mucho, ¿no?

—Yo gané dieciocho centavos y mi papá me los quitó. Estaba borracho, siempre llega borracho.

Tira pedruscos a un charco.

—A mi mamá le pega. Una vez iba a quemar el rancho y lloraba porque estaba aburrido viviendo, eso dijo.

—¿Es que muerto no se aburre uno?

—A lo mejor.

Saca la lengua para afinar la puntería.

—... Los periódicos hablan de muchos muertos. ¿Ves este de la foto?, es mi tío y murió en el derrumbe, pensaba matar a dos Agentes que lo iban a echar de la casa pero se murió primero.

Lanza de una vez todas las piedras que le caben en sus manos.

—Mirá allá abajo a Los Agentes, vivos.

Para la chiquillada tienen apariencia sobrenatural los agentes: formidable estatura, botas herradas, rostros impenetrables, gorros laminados, oscuros gabanes de invierno. Tras ellos, carros pesados, armas, palas, bloques de cemento.

—¿Ves esta foto? El Agente del medio estuvo en casa metiendo miedo, mi papá iba a matarlo y no pudo. Dijo mi papá que se iba pa los montes a peliar.

—En la otra Revolución mataron a pilas de gente, Perucho murió y a mi mamá también la mataron. En el estómago brincaba un hermanito mío que le iba a salir.

—Yo ya sabía que salimos de la barriga, por eso se hinchan tanto las mujeres, y no se revientan, ni que fueran bombas de navidad.

—Fijate en Amalia: camina así repechaíta pa no irse de cabezas con tanta hinchazón, ayer me dio esta coca de metralladora.

—Si viene otra revolución voy a coger muchas de esas. Mi hermano se fue con los Mensajeros pa el monte. Él es muy bravo, puede que lo maten peliando allá en el monte.

El otro cuenta el dinero ganado con la venta de *El Público*.

—Si el Circo no se hubiera ido, me iba a verlo. Pero se fue ya.

Lanza con fuerza otro pedrusco.

—Si ahorro hasta veinte pesos compro un marranito y lo engordo con cidrayotas y Vitorias y después compro otros y otros hasta tener tres mil y quinientos y los vendo pa comprar un camión rojo.

Hace que utiliza un freno de emergencia, manipula un volante invisible, evita hábilmente el choque con otro vehículo desbocado. Para en seco.

—Algún día manejo un camión rojo y pesado con una corneta de verdá.

Atisba a lo alto por ver en las nubes la corteza de su camión para dominar ciudades y carreteras.

—Desde que me robaron mi caja de lustrar... —opina otro—. Ojalá pueda comprar una caja, ahora me alquilan otra por un peso diario. En invierno se ensucian mucho los zapatos, conseguimos pa el diario del alquiler y hasta sobra. Ojalá pueda comprar una caja de lustrar, me da miedo robar una caja de lustrar zapatos.

—Lo malo del invierno es que hace mucho frío y mucha lluvia y es más difícil dormir contra los portones y en los zaguanes.

Señala sus andrajos, mete las manos por los rotos de sus pantalones para indicar que por ahí se cuela el frío.

—Ya no nos van a dejar dormir en las calles.

—¿Dónde vamos a dormir?

—¿Dónde?

—Si no estuviera lloviendo cogeríamos grillos pa los piperos, o elevaríamos cometas.

Hoy no elevan cometas porque el viento es lluvioso, porque amenaza granizo. Sin embargo, la lluvia trae la idea. —¿Por qué no caminamos entre el agua? Es bueno sentir los pies en los arroyos que corren falda abajo. ¡Eh, hombre! —llama al de la cabra—, vamos a jugar en los charcos —y para el grupo—: Lástima lo de la cabrita.

Desganado, el otro viene a ellos y forman una fila india que empieza a recorrer los escaños rústicos.

—*Comadre la rana,*

—*¿Qué quiere comadre?*

—*Que vamos por agua.*

—*¿A cuál quebraíta?*

—*A la de Santa Rita...*

Uno toma actitudes de pistolero; sobre los barrizales empieza a caminar ladeado, las manos contra presuntos revólveres, un palo por cigarro caído contra una comisura labial, ronca la voz, arrastradas las palabrotas:

—¿Obedecen o no, Agentes canallas?

Los otros fingen terror, levantan sus manos en rendición y esperan. El primero dice:

—Yo soy Luicho, ¡pum-pum-pum-pum! Por traicioneros, ¡Agentes canallas! —y simula disparar, sus índices de cañón. Los demás llevan al costado las manos y desgonzan la cabeza, en agonía, pero se reponen en vista de que es imposible caer muertos sobre los charcos pantanosos. Uno de ellos exclama con exagerada mímica de desesperación:

—Uy, está lejos la cabaña donde vamos a asaltar la Diligencia.

—Lejos, y ya viene la tempestá —dice otro.

—¿Y si los Comanches atacan el Fuerte?

—Ya viene la noche —tercia el de la cabra, por solidarizarse, hosco.

—¡Upa, a los caballos! —grita el primero.

—¡Caballos! —repiten varios, recelosos.

—¡Vos, y vos, y vos! —señala el jefe.

—¡Siempre tengo yo que ser caballo!

—¡Y yo, la última vez también me tocó ser caballo! ¡Hoy me tocaba ser Cochise o Pluma Veloz!

—¡A los mulos, que viene el Enemigo!

—¡Upa!

Trepan unos, aguantan otros el peso, fustigan talones y ramas, pujan la cuesta bajo la lluvia, entrevén y entreoyen el estampido de mil disparos y mil cascos y mil voces.

—Bonitos los caballos blancos del cine.

—Y los negros, son más bonitos los caballos negros de esas películas.

—El caballo que yo compre se va a llamar Relámpago.

—¡Upa, Raque!

—¡Upa, Relámpago!

Se detienen a charlar su nuevo tema. El de la cabra cuenta:

—Luicho y Martina me llevaron a ver una película de vaqueros. ¡Pum-pum-pum-pao!, sí echaban bala esos bandidos.

—Los bandidos siempre pierden y los matan a revolverazos o los cuelgan de un palo. Yo estoy con los bandidos.

—Si vendo bastantes periódicos no me pierdo ni una película de vaqueros.

—Yo me quedo con las del Gordo y el Seco, porque hacen reír.

—Yo no puedo ir al cine ni al circo —dice la niña—, porque mi abuela no me da plata ni me quiere y yo sé por qué no me da plata ni me quiere: porque ya estoy grande.

—Todos crecemos —dice, ausente, el de la cabra.

—Sí, pero como estoy grande ya no me pueden hacer bautizar más veces.

—A Perucho lo bautizaron siete veces antes que lo mataran en la Revolución.

—Entonces tal vez Dios no lo tire al infierno.

—A mí no me han bautizado sino dos veces.

—A mí me han bautizado dieciocho veces y me daba pena. Mi abuela me llevaba cargada o de la mano y decía a las señoras ricas: «—Mi nietecita está sin bautizar porque no hay con qué hacerle el vestidito, no tengo

madrina ni padrino pa cristianarla». Así les echaba el cuento y les sonsacaba un vestido pa venderlo después y unos pesos y unos regalos que no me daba a mí. «—Por bien que te manejes, mugrosa», me decía. A lo último ya no le creían y me preguntaban y a mí me daba vergüenza tan grandota y dizque sin bautizar y mintiendo porque si no ella me pegaba. Cuando unos señores le dijeron estafadora y bruja y puta y otras maluquerías ella me pegó y yo me puse a llorar y no volvió a hacerme bautizar por grande y di ai salió gritando: «—¡No va a quedar ni uno siquiera, avaros y jodidos!» y no volvió a bautizarme porque los Curas ya me conocían y tengo como ochenta nombres y ni sé cómo me llamo.

—Es pecao bautizar más de una vez a una persona.

—Pero yo no me voy a condenar y mi abuela sí se va a condenar porque sacaba plata con todos mis bautizos y en Los Barrancos a todos nos bautizan muchas veces y yo he hecho ya siete primeras comuniones y me da miedo del Diablo y de Dios pero mi abuela dice que como yo ya estoy muy grande pa bautizos apenas estoy pa más primeras comuniones y ella saca plata con eso. Mañana voy a hacer otra primera comunión y eso es robar vestidos y regalos pero me pega si digo que ya hice la primera comunión y si no pido regalos pa el día de primera comunión.

—Perucho mi amiguito que mataron en la otra guerra no hizo primera comunión. Yo la hice una sola vez y llevaba un vestido azul de marinero que me dio mi papá porque pescó dos anillos y me dieron también dos velas dibujadas con doraítos y un libro con muchos Niños Jesuses pintaos y oraciones y registros que allí tengo en mi cajón de cosas con las jaulas de los grillos y trompos de color y con el gorrito rojo de Perucho atravesado a balazos.

Desde el pantanoso umbral de la covacha, los trastos afuera, talegados de cosas viejas en revoltijo, la vieja mira su pasado, mira los niños jugar en esos barrizales bajo la lluvia, mira a nada con sus ojos agazapados tras los párpados crueles.

Cae la lluvia. Cae.

Cuando ve a su nieta unirse al grupo infantil, no le salen las palabras habituales: «—¡No va a quedar uno!», «—¡Traé la leña, muchacha!», porque no hay fogón qué encender ni covacha donde agonizar. Su pasado

también yace bajo la lluvia, humedeciéndose sin calor, ya botado por inservible. Vieja ella misma, en vísperas de ser cadáver anónimo.

Dentro de poco saldrá también con la caravana en derrota hacia el antiguo cementerio, próxima casa de vecindad para estas vidas tan al borde de la perenne muerte. Tan muerte, tan nada, tan suburbio.

—*Comadre la rana.*
—*¿Qué quiere el ratón?*
—*Que vamos por agua*
allí al callejón.
—*¿Qué le ha venido?*
—*Un buen marido.*
—*¿Qué le ha traído?*
—*Un buen vestido.*
—*¿De qué color?*
—*De verde limón.*
Vamos bailando
el zancarrón.

El coro bajo la lluvia se le arrima indiferente. Barrancos de porquería. Existencias para el canasto de lo que siempre se tira. Luchan, sin embargo, por estar, por seguir con movimientos, por no ser vacío absoluto. Hasta por amor. A Martina le ayudó con oraciones, brioso el corazón de ella, agrietado el suyo. ¿Por qué no la cubriría el derrumbe? No habría movido un brazo para salvarse, como no lo mueve para morir: una carga que se lleva porque se la pusieron encima y a cuyo peso se envició, como otros al aguardiente barato, al aburrimiento de cada día. Se vive como quien se emborracha y olvida y no protesta. ¿Qué da asco? También da asco podrirse bajo unos centímetros de mala tierra.

Antes esos niños fueron nada, luego fueron sueño humilde, hoy son animalitos con esa vivacidad corrompida, más tarde serán gritos en gargantas adultas, al fin volverán a ser nada, como si jamás hubieran nacido. ¿Vale la pena de algo?

Cae la lluvia, los párpados caen, cae la amargura. Cae, cae...

Inmóvil desde lo que fue su choza, el padre observa el movimiento del tren. Los chiquillos bajo la lluvia no se graban en sus retinas, ni el Viejo que trata de espantar con su bastón la locomotora. Solo ve las reses que se

apretujan asustadas en vagones hacia la feria, hacia el matadero de la gran ciudad.

—Van llenos de ganao.

Cae la lluvia. Cae, cae...

—Traga y traga La Ciudad.

Amalia sueña en trenes de juguete con muñequitos plásticos en sus vagones de color. La lluvia raya su sueño. Suave el tren para el hijo que late —ya otro corazón— en su entraña. El oído quiere ser delicado para no despertar a la criatura, para oír una canción de cuna lejana.

Cae la lluvia.

Allá pasa el tren, juegan los de las pandillas bajo el agua, algún día jugará su niño. Pero ama con terror al hijo por nacer. Con brumosa tristeza al estudiante Gilberto Arenas. Con vergüenza al padre. Y Amalia quiere amar, simplemente, para dar contento a alguien, tranquilizar su temperamento de colaboración, de apoyo desprendido; pero cada día está más ensimismada, más en forzada soledad sin orillas.

Cae la lluvia sobre la ciudad, sobre Los Barrancos, empaña los cristales de las avenidas, empaña los ojos de los que sueñan.

Le duelen a Amalia sus pensamientos cuando mira los gallinazos tendidos al aire o revoloteando entre árboles y piedras; cuando ve grupos de niños con hondas en las manos y expresión agresiva en los ojos; cuando el Viejo tira su barba con pulgar e índice; cuando alguna mujer amamanta desconfiada a un hijo; cuando el viento zumba en los gabanes de Los Agentes; cuando pasan el cojo y el paralítico y el idiota por los callejones y por las pesadillas. Aves negras de pico entreabierto y garras potentes la asedian. O niños que abren con astillas sus senos para sacar sangre, para exprimir leche que debe ser de su hijo.

Y con dejo de contarle a él un cuento para tranquilizarlo y tranquilizarse, habla su voz delicuescente:

—Largo va el tren, bien largo...

Cae la lluvia, cae sobre todas las cosas.

El padre mira. No responde. Bien podría decir en tono amable:

«—Cuando nazca veré si puedo comprarle un trencito de colores». Pero la voz no sale, el hijo de Amalia, su hija, es otro daño de la ciudad dañera.

En la garganta arden, amargas, las palabras que se diluyen en su rudo afecto.

Esto es también soledad, no tener con quien borrar una amargura, con qué gritar a cualquier Dios que pueda tender su mano bajo la lluvia, con qué dar un perdón tardío, con qué hablar sin aspereza:

«—Buscaré un trencito de colores pa el nieto...».

El vientre abultado golpea en la hora menguada, en la derrota. Vendrán chiquillos para que ladren otros perros, para que tenga ámbito la diaria locomotora, para que se alegren los charcos formados por la lluvia. Al hijo de Amalia le tocará otro suburbio, volvieron Los Agentes y dijeron por última vez:

«—Hoy vuelan todos, quieran o no quieran. La Ciudad crece, será hermosa la Ciudad».

Allá, más distante, bajo la misma lluvia, el viejo cementerio. La cabra del niño ha quedado en la carnicería, sus recuerdos se borrarán y nada quedará entre los pesados tractores.

Ya muchos empiezan a subir la falda con sus trastos a cuestras. Los suyos están ahí, cosas muertas, tiradas. Cae la lluvia. Cae. Antes de que asome la noche tendrán que irse.

Antes de que asome la noche.

OceanofPDF.com

—¿Tenemos que seguir echándolos a todo este aguacero?

—Hay que echarlos.

No pueden tener piedad, no servirían, los botaría la ciudad: son órdenes inamovibles, de cemento, de hierro, de pesados motores. Obeliscos. Clubes. Iglesias. Gruesos códigos. Asociaciones. Tribunales. Además, ahora tienen rabia: les salió Luicho con la suya antes de ser herido a la entrada del Circo.

«—¡No aguanto a Los Agentes!» —dijo al contemplar hileras de hombres, de mujeres, de niños bajo la lluvia, arrojados de sus vivideros, mudos, tiritantes, con sus costales a los pies.

«—De todos modos nos echarán —le dijo alguien como si nada dijera—. La Ciudadá gana siempre. ¿A qué resistirse? La Ciudadá gana».

«—Da rabia ver esto» —exclamó Luicho cuando Martina le insinuaba el peligro de que lo reconocieran, pero lo siguió al ver tantos agentes regados, ariscos, vigilantes al cumplir la orden de desalojo. La lluvia caía sobre el pelo contra su frente, daba contra los gabanes de los agentes, daba contra el techo de las casuchas.

«—¡Uno por uno los colgaría del aguacatal, así los degollaría, así, Martina, así!» —y con su navaja corva tajó transversalmente el aire de su cuello.

Cuando pararon arriba de la covacha vieron las hileras de gente bajo el aguacero, inmóviles, las gotas de agua resbalando por los rostros, mejillas abajo, como llanto implacable. Oyeron el reclamo del niño a dos Agentes que forcejeaban con el padre.

«—¡Da rabia! —volvió Luicho y bajó a saltos en ayuda del hombre—. ¡Da rabia!».

Martina lo llamó a gritos pero él llegó, su agilidad contra la estatura de uno de los agentes. Sobre el piso pantanoso chapucearon las botas. Quejidos

de rabia y cansancio, ojos infantiles estrechos en las cuencas, puños iracundos contra torsos y quijadas. Un disparo, un Agente caído, y Luicho que huía entre las callejas desiguales...

Eso pasó entonces, y los agentes siguen vigilantes, con otro odio recién nacido, vigoroso.

Ahora la lluvia golpea los techos, golpea el barro, golpea los hombres de suburbio. De todas partes baja agua para que suba el caudal de El Río. Para que se ablande la desnudez del terreno.

El padre saca los últimos trebejos, contra un desvencijado alar de la covacha se guarece el niño; si estuviera con él su cabra, le diría:

«—Llueve duro, Cabra, la gente se moja».

Amalia ve a los rapaces. Ve a su padre. Rehace a Luicho y a Martina, ve la caravana. Su hijo será lo que ellos, cree notarlo inquieto en su vientre, asustado de sus agorerías. De día. De noche. La vida de esa carne todavía sin nacer, pegada a la suya como una herida, como un remordimiento.

Evita salir de la covacha por temor de ver a la madre que amamanta al niño, y a los rapaces, hondas en mano, resueltos a quitarle la leche. No le importa a dónde vaya. Pero el hijo...

Cerca dormita su hambre el perro amarillo. Se oye la voz de la Vieja, más arriba de la loma, saltona sobre las tejas carcomidas, final entre la lluvia.

—Patoja, ¡apúrese que ya nos jodieron!

Los arroyuelos sucios arrastran cruces de helecho, coronas de espavillo que señalaban la tumba de alguna muñeca de trapo. Arrastran racimos de espuma, ramas reventadas; arrastran pequeños nidos, pequeños cantos, pequeñas caracolas. Un tigre, un gigante y un dragón se hundieron definitivamente en una Cueva de Piratas invento suyo.

Subiendo la falda, en el pantano, un hombre acabado arrea su recua imaginaria.

—Alante, animalitos, sin dañar las matas. ¡Qué aguacero! No quiero ser aguacero, malos aguaceros los de la ciudad. Pa lluvia sabrosa, nada como las montañas...

Y al ver una caña de maíz pisoteada por la bota de un agente:

—Matica de maíz pa los Junios. ¿No quieren mazorcas, pues? ¿No quieren pan caliente de horno? ¿Qué daño les hizo esta matica de maíz?

Mira los rastros de las botas en las pequeñas huertas, se agacha a recoger gajos destruidos para hacer el balance:

—Hojitas de col y de repollo, yerbabuena y poleo y tomate. La cebolla morada de la sopa. Frisolitos cuarentanos, la zanahoria amarilla. Agentes condenados, maten gente, no maten las maticas pa estos malos hombres, no tumben los alimentos del hombre.

Se queda viendo la huerta pisoteada. Echa una mirada a las descomunales botas sobre otros patios y otras huertas, vuelve a mirar las hojas caídas, acaricia la caña de maíz, llora un poco, sin palabras.

La gente empieza a trepar su última fuga. Van desgarrándose de sus covachas en reniegos contra los agentes. Arrastran mesas, camas, banquetas, esteras, costales de cabuya, bolsas de ropa remendada, baúles, ollas sin tapa, vasijas de peltre sin esmalte, de lata, de barro, de madera, de aluminio, de nada.

—¿A dónde, pues?

Lucharon por defender sus parcelas. Ganaron Los Agentes porque la ciudad siempre gana. No les queda energía para la protesta. Sufren, pero les da valor el convencimiento de que mañana tendrán que sufrir más todavía. Apretaron los puños, el silencio; apretaron sus monólogos, sus palabras al viento gris de las afueras. Y los echaron y se enojó la tierra en derrumbe contra El Río maldito.

—Allá vienen los de Los Centros Protectores.

—Hacen caridá pa ganar el cielo.

—Nos dan casa si rezamos.

—Si nos dejamos marcar.

—Quieren saber todo sobre nosotros.

—O que nos condenemos a la Paila Mocha.

—Que vayan a joder a sus madres.

—Que dejen el hambre tranquilo.

—¿A dónde, pues?

Desaparición engañosa, mero cambio de ausencia. Quedará desolado el barranco, ya los tractores invaden sus rastros y el cemento hará gris lo que

fue verde, hará gris lo que fue pena. La ciudad tendrá nuevos edificios, nuevos rostros; los mayores abrirán su descontento hacia otros atajos en una cíclica trashumancia sin camino.

—¿A dónde, pues?

Responde un silencio embrutecido, interrogante a su vez. Responden los suburbios pelados, la caravana miseria adelante, el Hospital General, el cementerio próximo; responden los ojos del ciego, las muletas, el temblor febril del idiota, el garrote de la Bruja. Responden los cascotes de las botellas, las huellas borradas de los agentes, dos ojillos inmóviles de una rata bajo una piedra.

—¿A dónde, pues?

—A las grandes calles.

—A las calles solas.

—A las calles solas llenas de gente.

—A ganarnos la vida.

—O a perderla.

—¡Ganar la vida!

—Vamos.

—¿A dónde, pues?

Camino adelante, sin camino. Ciudad adentro, ciudad afuera. Soledades que hablan, que buscan, que interrogan. Soledades que andan estrujadas por otras soledades. Calles arriba, calles abajo, ánimas solas entre mil ánimas solas. Caminar es, simplemente, una manera de no pensar.

—Vi una ceiba ancha, allá... —señala una voz tras el brazo que se extiende indeciso.

—Tal vez junto al cementerio viejo.

—Los muertos lo abandonaron.

—Que nos den su puesto, entonces.

Será casa de vecindad el cementerio. Tampoco habían más difuntos, y lo clausuraron. Por eso van en romería sin muerto —muertos ellos mismos— hacia su nueva guarida.

—¿A dónde?

Ni ellos ni sus miradas. Todo en blanco, oscuro, delante de ellos. La vida de cada cual: la tuya, la de él, hasta la mía. Podría decir: la vida de

cada cual, esta, aquella, la vida con todas sus posibilidades, esa, la de quienes tienen posibilidades.

La vida.

Si pudiera decirse: la muerte de cada cual, y no saber que no debe haber una vida o una muerte para cada uno de los que viven al pie de la ciudad: sería mucho darles, sería mucho pedirles. Hay una muerte grande, cada cual toma su parte, se la entregan en su hora. Antes de su hora.

—La de nadie.

Almas de anonimato, salpicadas por el barro cotidiano, por El Río de amargo cauce. Amalia, su hijo por nacer: la vida sollozante de una soledad con retoño, el retoño de cada vientre amoroso donde cabe una semilla.

—Lo nuestro.

La angustia de cada cual, la tuya, la de El Viejo, la del hombre con sombrero de ala ancha, con ceño de agrio situarse ante las cosas que no tienen remedio. Silencio, grito en aparente reposo, blasfemia hecha desvelo sin palabras, apretadas bajo el poncho las manos, de piedra los párpados contra tantos ojos en vigilia.

Tu vida, la del niño sin cabra, la de los muñecos de trapo la del perro amarillo que ladra a los duendes del viento Martina y su sexo rabioso al deseo sin nombre, a la amable locura sin orillas. María y los Arenas. El paralítico contra el tapial, contra su iracundia de hombre frustrado. El idiota y su luna negra. El ciego. El niño dormido hacia la tibia ausencia de su cabra. Y el padre...

—¿No los han visto?

—¿A quiénes?

—A los Mensajeros.

Cuchichean con ingenuo aire conspiratorio.

—... Que debemos ir con ellos a los montes.

—Yo pelearía, no hay nada pa perder. Yo destruiría.

—Mañana vuelven, tienen rabia los campesinos.

—El Ejército mata y asesina.

—Llueve.

—Llueve fuerte.

—No se puede trabajar con la violencia.

El aguacero arrecia sobre sus existencias quebradas, arde en venganzas pueriles.

—Si no es por Luicho, me mata aquel desgraciao.

—¡Luicho es un tigre!

—Ya verán que no se muere y que se vuela de la cárcel.

—Le cayó la otra noche al mismo Jefe de Policía. «—Venga yo lo encierro», y lo metió en sus propias rejas.

—El Verraco.

—El Luicho.

—A su saló. Que cicatrice y dure bastantes años.

—¡Viva Luicho, mueran esos pajarracos!

Desde las orillas de El Río se ven las espaldas cargadas salir hacia ninguna parte: esteras, banquetas, pilones, trapos, una mesa con tres patas, niños de pecho, viejos de tumba, voces cansadas de vivir garganta arriba.

—¿A dónde, pues?

A donde lleven los pasos. Huir grita la hora: de los agentes, de la ciudad, de sí mismos.

No sienten el agua, su ira los hace impermeables. Sienten rabia al decir: «—La vida es dura». Sienten rabia al oír: «—La vida es buena». Les daría rabia morir, seguir viviendo, andar, inmovilizarse, el silencio, las palabras, la ciudad, los suburbios, los rascacielos, el Club, las covachas. Rabia circula en vez de sangre, si se las quitaran dejarían de ser. Y esa posibilidad también los pone rabiosos.

Los pordioseros se amparan contra el muro de casas ya inexistentes, estiran el brazo por costumbre. Monedas de agua caen a las palmas abiertas. Sus ojos entrecerrados miran llover, esperando el sueño para olvidar que existen a su manera: la vida de cada cual, guarecida por horas de una muerte inevitable.

—¡Eh! —despabila el paralítico, un poco en venganza al recordar el patetismo del cuento de su colega—. ¿No te he contado la historia del caballo ciego?

—No conozco esa historia —responde el ciego sin ofenderse. El Cojo lo mira, desconfiando.

—No sabe mucho el que no sabe la historia del caballo ciego de Los Barrancos. Era el caballo de todos nosotros, el...

No encuentra palabras que impresionen. Observa con ira el oído atento de su compañero, da un mulatazo a una piedra, grita:

—¡Un día voy a contar a todo el mundo la historia del caballo ciego!

Y a los peatones imaginarios de piernas vigorosas:

—¡Yo soy Zapata el Inválido, carajo!

Ha tomado por costumbre hacerse el macho pata mejorar el concepto que tiene de sí mismo.

El ciego parpadea, por parpadear.

—Vamos —dice. El Cojo no se mueve, habla con odio grande:

—Me dan ganas de reírme cuando me acuerdo.

—¿De qué? —pregunta el ciego y empieza a caminar.

—Del que se llevó a sus dos niños que murieron en el derrumbe. Hizo un cajón de pino y los metió allí porque no tenía con qué pagar dos ataúdes, tampoco tenía con qué pagar el entierro, ni con qué pagar responsos.

—La muerte es cara en estos tiempos —dice el ciego. Tropieza, resbala, cae. Vuelve a levantarse pegado a la muleta del paralítico, y añade con aire digno para disimular su caída:

—Yo no voy a ver mi muerte, tampoco me importa.

Se piensa un momento, se anula.

—¿... Y qué hizo el hombre?

—Con los dos cadaveritos en el cajón a la espalda arrimó al entierro del doctor Salomón Arenas.

Se detiene para rehacer mentalmente el cuadro de las miradas donde había un flujo virulento, puños que se apretaban contra la madera del ataúd de los niños barranqueños.

—¡Entierro más lujoso el del doctor! Con cien entierros de primera clase podía componerse este país.

Cae otra vez la muleta, otra vez chapucea contra los baches.

—¡Dejá que empiece la Revolución!

—¿Y qué pasó, pues?

—Con los niños muertos a la espalda, el hombre se arrimó al ataúd del doctor Arenas, rodeado por todas partes de gente importante y Curas.

Cuando quisieron sacarlo, él protestó: «—Que estos rezos y estos responsos y el agua bendita y esos perdones alcancen también pa mis muchachitos, no pueden pagar oraciones de entierro». Lo acompañábamos muchos enfurruñados y tuvieron que dejarnos, ni los Agentes nos pudieron sacar. ¡La que se arma si nos sacan! Diablos, me gustó la joda.

Las palabras se hunden en una convulsión de risa carriada. Arrebata al ciego una tira de pan tieso. El ciego habla, del pan y de la vida:

—Cosa dura, pues.

—Allá estaba también el perro amarillo como llorando detrás de los niños tapaos, con ellos jugaba en estas lomas. Cada vez que se detenía el gentío se detenía el perro, el hombre se detenía y descargaba el cajón junto al ataúd platiao del dotor Arenas. Enojaos, los Curas tuvieron que rociarles agua bendita. El perro se arrimaba a olisquiar a los niños...

—¡Pasan cosas, pues!

OceanofPDF.com

—Cae la lluvia.

—Cae.

Y en el invierno tampoco el idiota halla donde dormir. Con los pordioseros era otra comunicación de la ciudad con Los Barrancos. La ciudad se ríe de él en el día, a la tarde lo bota a los suburbios. Su risa espasmódica llega a las primeras covachas; antes acostumbraba a buscar la cabra del niño y a tocarla con fruición las tetas. El niño no protestaba cuando el idiota pedía que lo dejase dormir junto a ella, junto al perro amarillo sin amo. Hoy no ve la cabra para su frío.

El agua ha dejado al descubierto los posibles refugios, ni la Cueva de Los Piratas se salva de la inundación. Allí pernocta el Viejo en espera de unos animales difuntos.

—¡No quiero ser muerto! Me quedaría tieso, me echarían en cuatro tablas, me palearían tierra. No quiero ser difunto porque me comerían los gusanos, me dolerían los huesos, se volvería polvo la mirada. ¡No quiero ser muerto!

El idiota huye también de ese refugio. El agua cae sobre su desesperación ambulante.

Tiene fiebre, tiene soledad. Aguanta hambre por falta de voluntad para moverse. Días antes fue al Hospital General, pero los lamentos lo enferman, se burlan los estudiantes, regañan los enfermeros, no hay sitio disponible.

—¿Aquí se quejarán? —se pregunta cada vez que pasa por el Cementerio. Ha oído hablar de espantos pero no los teme, él es ya un poco fantasma.

—Je, ¿qué hay dentro? —pregunta al Guardián, ganoso de esa paz de lo que ya no existe. Mete la cabeza por entre una torcedura de dos rejas, aguarda.

—No podés entrar... todavía —le dice con sombría fruición el Guardián—. Este cementerio quedó abandonao.

—¿Se quejan dentro? —pregunta la bondad de su rostro. Si en el cementerio no se quejan será sitio bueno para dormir, para vigilar sin dolor humano, sin miseria viva en derredor. Mira al Guardián con mirada espesa que se chorrea pegajosamente en objetos y expresiones. Se rasca la cabeza por entre un roto de su *kepis* y sigue el camino mirando las tumbas que ya son cadáveres definitivos. Debe haber una ancha, donde pueda voltearse de noche y siquiera respirar. Eso debe ser tranquilo, no se quejarán los muertos, no oirán sus lamentos bajo tantas paladas de cal y arena.

—Viene más lluvia, ¡y este hielo! ¡Luuunaaa lleeee-naaaa!

Tiembla de fiebre, tiembla de frío. Oleadas de calor tras rachas de hielo raspante hieren todos sus huesos.

—Sentémonos, hombre —dice dejándose caer contra unas piedras que antes formaron andén.

Cae la lluvia.

—Una tumbita calurosa pa este friote sin perro y sin techo y sin cabra y sin poncho.

No tiene ánimo de movimientos y hasta permite que sus pies sean aporreados por el aguacero. Adentro silba un aire muerto, con tonalidad de responso, el sepulturero-guardián de ánimas en pena. En el oído del idiota se confunde con su propia fiebre, con su temblor disforme. Allí, contra la pared de alero derruido, se deja adormecer por la lluvia que sigue mojándole el extremo de los pies, venteada por las nubes, soplada por los gabanes oscuros de Los Agentes.

En un lejano principio el lugar fue cementerio de ricos, pasó a ser cementerio de acomodados, de ahí a cementerio de los que de verdad no tenían donde caer muertos, y ahora está convertido en cementerio del cementerio, de quienes no tienen donde caer vivos. Los antiguos restos fueron trasladados a unas urnas en las iglesias o a monumentos más o menos supersticiosos; los segundos quedaron allí hasta desaparecer; de los otros no se sabe: un hoyo aquí, otro más allá, algunos huesos dispersos entre grama, borraja y pedrusco.

Aún tiene rejas, portada, galería. Y el Guardián que se fue haciendo un poco loco, un poco muerto, y que permaneció en su puesto por vicio y por no tener más a donde irse: pasa las noches dentro de un cuarto aún en pie, arañados sus muros por trepadoras. De día recorre los yerbazales con nostalgia de otros tiempos, cuando había buenos muertos con función religiosa, flores en las tumbas, letras legibles en las lápidas, deudos agradecidos.

Todavía puede verse la cruz de la portada con un solo brazo, la vieja capilla con una sola nave y columnas dudosas, una galería de tumbas, anaquel para vidas que se hicieron muerte, para lagartijas, ratas, alacranes.

El viento arroja la lluvia contra el idiota. Como si con sus manos apartara monstruos que lo destruyen, despierta encogido en un solo miembro temeroso, imposibilitado para dormir sin el abrigo de un alero.

—¡Luuunaaaaa lleenaaaaa! ¡Estoy enfermo, luuunaaaaa lleenaaaaa!

Más que grito es ladrido hacia adentro, lamento que no sale. Tampoco sale una luna para su llamado.

Se levanta y empieza a buscar. Lejos tararea sombríamente el sepulturero-guardián. Un asomo de malicia hace precavido al idiota. ¿Servirá el calor de los muertos? Frío el de tantos vivos en la gran ciudad, en Los Barrancos.

—¡Frío duro pa el hombre!

Cruza los brazos, mete las manos en las axilas, juntas y tiritantes las piernas. Temblor de fiebre en el cuerpo, en la mirada, en el nuberío.

—Tumbas viejas pa el hombre. ¡Frío endemoniao, lluvia pa el hombre!

La galería de sepulcros tiene arañas grandes, tiene hiedras de cementerio perdido, telarañas. Completamente solos los muertos, solo el vivo que los intuye.

—Frío pa los esqueletos, también caliente pa el hombre enfermo.

Su temblor trastabillea adherido al lamoso cemento. Los nudos de sus dedos tocan más lápidas, como si llamaran en socorro. El silencio hueco responde en las bóvedas. Aprieta las orejas contra la pared, mira de reojo a ver si sale alguien.

—Todas ocupadas, en cada una vive un muerto. ¡Un hueco caliente pa el hombre solo!

Cae la lluvia.

Ha llegado al extremo. No halla sitio el idiota. Rehace el camino, brincan sus ojos febricitantes, sus manos nudosas llaman a una tumba desocupada. Calor de muerto para el frío que se adhiere a la piel y agarra los nervios y punza con mil agujas y zumba en los oídos y arde en los ojos y traquetea en las quijadas.

El toque de sus manos contra lo que debió ser lápida acelera hasta la locura. La fiebre quiere botar los ojos de las órbitas. El golpe da al fin contra un bloque flojo. Adentro, el vacío de lo que fue cadáver, vida de cada cual, desesperación; ahora es huesos inmóviles, sin pensamiento, sin felicidad, sin angustia, sin sangre, la nada ósea, gris-blanca.

El idiota aviva sus ojos. Desahucio también para los viejos difuntos, para los restos anónimos, para las almas errantes en busca de sus pasos perdidos.

—No pueden vivir aquí, huesos pelaos. Hay frío en el hombre, no hay catre pa el hombre. ¡Luuun...!

Saca fémures, clavículas, costillas, calcañales, vértebras, hay cabello largo en el cráneo. Hay uñas prolongadas al extremo de veinte falanges. Hay polvillo que hace estornudar. Hay ahora un montón de huesos al pie de la tumba.

—¡Campo caliente, vea!

Los restos entre sus brazos, contra el pecho, en el gorro, los lleva a un rincón del muladar contiguo. Lejos, la voz del Guardián tararea una canción-responso. Lluvia fría para los huesos desnudos. Tumba tibia para la fiebre de un hombre inconcluso.

Regresa tiritante a la bóveda desahuciada, trepa unos barrotes, ensaya posturas hasta introducirse en ella como si introdujera a otro, como en trance de resucitar.

—Quitáte, frío, un hornito de calor pa el hombre.

Han tocado fondo sus pies. No puede encogerse, pero cabe. Las manos temblorosas logran asegurar lo que debió ser lápida. Desde adentro, a oscuras, oye caer el agua. Alguien parece rezar desde el cielo, húmedamente.

El temblor se va apaciguando en su cuerpo enjuto. Un leve quejido de dolor se aduerme, sale por los bordes de la lápida.

—Calorcito pa el hombre...

*El día que yo muera
cantaré sobre mi tumba.*

OceanofPDF.com

—Cae la lluvia.

—Cae.

—¿Nos vamos todos, entonces?

—Nos vamos.

—¿Y Los Barrancos?

—Se quedan solos.

—¿No volvemos a pescar?

—Se acabó la pesca.

—Andando, muchacho.

—¡Qué aguacerón! ¿Y mi cabra?

El padre lleva al hombro una cama destartalada, a la espalda canastas de cosas vacías. El niño puja con dos ollas repletas de trapos, de vasijas arcillosas, de cucharones quebrados, de arroz, de maíz, de frisoles. El perro amarillo que se sacude el agua, el lento caminar de una mujer tuberculosa, espectro de un pasado espectral. Amalia carga su hijo en el vientre, un baúl bajo un brazo, un atado gris con lazo a la sangría del codo. Resbalan bajo la lluvia.

—Es duro echarlos así —dice uno de Los Agentes, metido en oscuro impermeable.

—Es mala cosa el invierno.

Arriba la Bruja sacude el bordón contra Los Agentes que observan la caravana de seres sin nombre, sin tierra, sin ranchos, sin futuro. Sacude el bordón nudoso, sacude una raíz de mandrágora para las maldiciones.

El agua cae persistentemente. Amplias tajaduras ha venido abriendo en los callejones, al borde de las pesadas rocas, en los precipicios de El Río.

—¡Malditos sean! —grita la Bruja. Su nieta mira temerosa a pocos pasos, cargada también con trastos descoloridos.

Con el bordón blande la mujer unos muñecos de cera, un búho disecado, unas ramas de magia para los conjuros. Su raíz de mandrágora se destaca atormentada contra el cielo de plomo.

—¡Maldita la Ciudad, le va a sobrar candela por las cuatro puntas!

Las palabras chocan bajo el aguacero. Los Agentes observan, nerviosos. El padre, la madre, Amalia, trastabillean encorvados sobre el trecho resbaloso. El niño ha llegado al lado de Los Agentes.

—No los quiero —dice haciéndoles un rodeo sigiloso—. Le iban a pegar a mi papá, iban a matar a Luicho. Nos botaron.

Descarga una olla. Los mira de arriba abajo, a prudente distancia.

—Perdí mi cabra.

Da otro rodeo sobre el barro gelatinoso.

—¿No lo sabían? ¿Van a decir que no sabían lo de mi cabra? Mi papá me dijo que era pa curarla en la carnicería, pero yo sé que se la van a comer los de arriba, yo sé. Descarga la otra olla, frunce el entrecejo.

—¿Me van a decir que no sabían lo del camión rojo?

Coge la olla, vuelve a descargarla sin soltar la de la otra mano.

—El Agente de allá en la calle dijo que no pasó nada, pero la cabra no podía caminar del dolor.

Las gotas del aguacero resbalan por sus mejillas. Son tibias las gotas del aguacero en el rostro del niño.

—... Mi papá la cargó hasta la carnicería, me dijo que allá iban a curarla. ¿Y dicen ustedes que no lo sabían? Lo sabe todo el mundo, hasta los grillos verdes saben lo de mi cabra.

Con la palma de una mano quita las gotas del aguacero en su rostro. Los agentes nada hablan. Ven subir a los barranqueños, están incómodos. Por ellos, por la Bruja, por el niño. Por los derrumbes. Les parece que con el peso de uno solo, todos los barrancos irán al Río. ¿No suena, acaso, la tierra?

—¿Oístes? —se preguntan—. ¿No oíste crujir?

Retroceden. El niño derrama en el suelo los paquetes.

—¡Papá, mamá! —grita—, ¡se van a caer Los Barrancos! ¡Amaaaliaaa!

Las grietas se abren, los agentes corren aterrados. En lo alto la Bruja blande su bastón entre la lluvia, pegadas las guedejas contra su cara. Sacude

la raíz de mandrágora, desafiante. Sus brazos en alto, en gestos de imprecación, se graban contra los relámpagos de fondo.

—¡Se acabó el mundo, no va a quedar ni uno! ¡El diablo se lleve todo esto!

El padre arroja la cama, ruedan falda abajo los canastos que hicieron de red para su turbia pesca. La madre se pega al bulto de retazos, estrechos sus ojos para el terror. Amalia arroja el baúl y lleva, protectora, sus brazos al vientre cuando la tierra se les viene encima.

Y mientras la avalancha arrastra y cubre a todos, la Bruja sacude su garrote en amenaza impotente:

—¡¡¡Tierra maldita!!!

Gritos y palabras se revuelcan, segundos que son minutos, minutos que desaparecen en un dramático derrumbe de tiempo y llanto. Ancianos. Mujeres. Niños. Perros chapoteantes, aullidos y voces de fuga total.

Después son ojos en derrota, brazos caídos, expresiones petrificadas, temblores más allá de cualquier causa. Y unos silencios intermitentes, y unos pies que buscan paso, y unos pasos que buscan camino, y unos caminos que se cierran.

La vida de cada cual...

Buscan, se buscan, se empequeñecen, suben, atraviesan Cargados. Vacíos.

—¿Y ahora?

Nunca hubo tanta desolación en el rostro de un niño, su boca entreabierta a las palabras perdidas. Nunca tanta soledad sobre unos cuantos años.

Cae la lluvia. Cae.

Y así llegan bajo la lluvia. Espaldas cansadas, ojos cansados, manos cansadas, almas cansadas.

Definitivamente. Clausura para grandes y pequeños en su nueva casa de vecindad. Aleros de cementerio pata el aguacero, calor de tumba para el frío.

El Viejo los acompañó, refunfuñando. Cerca el niño sin cabra, sin padre, sin Amalia, silencia su tristeza. Están empantanados. Con otros removieron escombros, cavaron en busca de cadáveres.

Ni ellos ni sus miradas.

—Yo me vuelvo —dice El Viejo—. Por El Río quedaron mis animalitos.

El pequeño oye a medias, la cara desolada entre sus manos.

—Mi cabra se quedó en La Ciudad —dice, o podría decir—. Aborrezco las carnicerías y El Río. Aborrezco a Los Agentes. ¡Me van a decir que no saben lo que les pasó!

Su ira adquiere alas que se vuelven garras bajo la lluvia, se arrastra en el pantano hasta el cauce, gruñe en los destrozos del derrumbe, hoza en los montones de grava. Su dolor apenas oye al Viejo:

—Me vuelvo al Río. Pero no quiero ser río porque me rasparía contra las piedras, me desnucaría en las cascadas, me pudriría en los caños, me emborracharía en los remolinos. ¡No quiero ser río, que no! Me cansaría de viajar por esas cañadas, me evaporaría al sol y después sería nube... Las alturas me marean. No quiero ser río, ¡no quiero ser nube!

—Bueno ser nube —dice maquinalmente la voz del pequeño.

—¡Dios nos libre! Te volvés espeso y sentís frío alto, después te llovés y te aporriás contra Los Barrancos, contra la Ciudad. Duele ser río, ser nube, ser lluvia. ¡Yo no quiero ser río!

El niño no acaba de entender, no quiere entender, busca su fuga generosa:

—Bueno ser nube de arbol.

El Río será mancha espesa en el recuerdo. Tal vez alguien añorará su caudal móvil, sus aguas que traían de la ciudad objetos dejados caer en lavamanos y baños por las señoras, monedas que de los transeúntes ruedan a las rejas de alcantarillado.

Los pequeños podrán decir:

—Había hileras de lulos maduros y grillos verdes y árboles.

—Había matas de salvia fértil y pájaros entre las ramas.

—Había cometas más altas que el Obelisco.

Otro dirá con todo lo suyo:

—Tenía un cabrito que se ahogó en los caños y una gallina saraviada y un pato que nadaba en el zanjón. Tenía a mi papá y...

Además tenía un cajoncito con vidrios de colores, dieciocho caracolas, un cuerno de res, seis cartuchos vacíos de fusil, un tambor de hilo sucio, una rodaja de espuela, tres estoperoles, un trompo sin herrón ni guaral, medio yoyo, cuatro jaulitas de grillo, el lazo del cabrito que El Río se llevó, un gorro atravesado a balazos y también una fotografía.

Algo tenían todos: Los Barrancos, engarzada la niñez en sus arbustos, en los filos de sus piedras, en sus raíces, tambladoras. Ahora tienen otro refugio.

—¿Qué pasa con los vivos? —dijo el Guardián cuando vio regueros de gente apretujarse en el cementerio muerto. Azuzó un perro, insultó, amenazó impotente para el desalojo.

—Aquí solo viven los muertos —reclamó alzando una vieja pica—. ¡Aquí no entra nadie!

En aquellos rostros vio puños cerrados, vio una azarosa inmovilidad de expresiones.

—¡Malditos sean los vivos! —gritó al retirarse después de clavar pica y pala junto al vencimiento de una cruz.

Ahora empiezan a encender fogatas que serían fuegos fatuos si de verdad espantaran. Huele a leña podrida, a reniego, a hueso chamuscado, a ramujo verde. Hay borrachos en el tumulto, llanto de niños, silencio de ancianos.

—Me dan miedo los muertos —dice la niña de la muñeca de trapo. La vieja grita por última vez:

—¡Apurá tuntunienta a buscar chamizas!

Pero no su nieta sino la ciudad será la que oiga sus vaticinios después de quemar la última raíz de mandragora:

—¡No va a quedar uno, no va a quedar uno siquiera!

Hacen hoyos, hunden estacas, aseguran tablas, clavan hojas de zinc, pegan papeles impresos, ajustan latas. La paz del cementerio se humaniza. El aguacero empapa las camisetas remendadas, los sombreros, los rostros. Una astilla, unas virutas, un fémur, unos ramujos de ciprés encienden la primera fogata. El Guardián aúlla desde su tugurio:

—¡Vivos condenaos, los diablos se los lleven esta noche!

Responde el garrote de La Bruja sacudido al aire, responde la expresión anudada de cien caras inmóviles.

Bajo el alero de la galería de tumbas se adormecen los niños, cabecean los ancianos, rezongan los borrachos, maldormitan los enfermos. Cuando alguien comienza a hablar de espantos se encogen las facciones infantiles, fruncen sus gestos los viejos, se doran al resplandor de las fogatas las otras frases de recuento ultramundo.

—¿Oyen las voces? ¿Oyen?

—... Y la bola de fuego habló: «—Sí, hay infierno, ¡y qué terribles son sus penas...!».

Hacia una tumba se dirige ahora el mirar asombrado.

—¿Oyeron?

Los cabellos se jalan por sí mismos, se amplían los párpados hacia el terror, interrogan las cejas arqueadas.

—¿Oyeron?, ¡los muertos se quejan!

Algunos se levantan, aquietan manos y resuello. Dentro de la tumba gime su fiebre el idiota porque le llegan susurros de afuera.

—Calor pa los pobres difuntos.

No hay tranquilidad para la fiebre del ser inconcluso. El debilitamiento llega a la inmovilidad, únicamente su garganta se desgarrá en el gemido.

—¡Luuunaaa lleenaaaa!

—¿Oyeron? —vuelve alguien con voz quebrada en el cuenco de las manos. Corre uno, corren nueve, otros más corren. Gime un muerto en la tumba. La nueva casa de vecindad escucha. Oyen el quejido los incrédulos.

—Silencio pa los buenos difuntos...

La galería queda sola en dos minutos, solos permanecen los gemidos del idiota.

—Un espacio pa el hombre enfermo, calor de tumba pa los moribundos.

Ni su voz ni su mirada. Lluvia fría para los agonizantes. Viento negro para estas carnes vencidas.

Mientras camina, el Viejo monologa dando bordonazos a la lluvia:

—No quiero ser tumba. ¿Qué hacer con un muerto adentro? No podría dormir, no podría respirar, me echarían cal y ladrillo, me dejarían solo, me

daría frío en las noches heladas. Vuelvo a Los Barrancos porque no quiero ser tumba de muerto. ¡No quiero ser río!

OceanofPDF.com

Un transeúnte con botas herradas llega al cruce de dos vías públicas. El viento que anuncia la proximidad del verano arrastra junto a sus pies una hoja de periódico donde se anuncia en titulares rotos la tragedia. El papel es llevado por el remolino, calle abajo, hasta que la humedad le quita el vuelo.

Dos o tres personas saludan al transeúnte a distancia.

—Viene el verano.

Él alza una mano al azar.

—Ya nos dijeron que dejaste *El Público*. ¡Bien!

Él tiende la mano para evitar palabras y sigue rumbo a Los Barrancos.

Previno los derrumbes. Hizo reportajes sobre el Hospital General, sobre unos hombres que pescaban desperdicios en El Río, sobre montones de niños que jugaban con una pelota de trapo, con muñecos mutilados, con una cabra sola. Porque El Río se llevó el cabrito, los tarros vacíos de avena, los desperdicios de la gran ciudad.

Ya no volverán los aguaceros hasta el próximo año. Todos regresan a sus casas, se meten en almacenes y cafés, oran en las iglesias, charlan en el Club, van por las calles bajo abrigos y paraguas, hablan de que llegará el verano.

—Estuvo malo este invierno —dice un comerciante—. Vendimos poco.

—Tal vez cuando lleguen los soles —apacigua otro.

—Ojalá no haya sequía en los campos —espera un agricultor.

—Dios oyó las Rogativas —agradece un sacerdote.

—Podemos secar la ropa —habla una lavandera.

—Ya viene la revolución —comenta un desplazado.

—Se acaban las buenas noticias —reniega un reportero.

—Volverá El Circo —se alegra un niño.

Circulan pocas personas por las avenidas. Otra vez las alcantarillas llevarán hasta el suburbio las pequeñas cosas que una ciudad tiene para perder: monedas que caen a los transeúntes, prendedores que dejan ir por lavamanos y baños las señoras, argollas matrimoniales que hicieron huella blanca en el anular.

Suenan los pasos del transeúnte. Menos personas en las calles, sobre las que aún se cierne ligera lluvia. Luces de tarde en almacenes y cafés, en el pavimento mojado. Las llantas de los automóviles estrujan los baches y dejan huella fugaz en la humedad del cemento. Los avisos de neón empiezan a relampaguear sobre las azoteas.

El carro del Afilador asoma por una esquina, la música de su pífano se humedece en el aire, la rueda chirría desgadamente, sin grasa el eje cansado.

Más abajo —de donde se reúnen los intelectuales que opinan— llaman al transeúnte. Él quiere seguir, le insisten.

—¿A dónde vas?

La mano vuelve a tenderse para señalar nada, sus ojos otean la lejanía de plomo, con decisión silenciosa. La bulla del café se le pega. Varias manos, varios rostros, varias voces invitan, se detiene.

—¿De viaje? —señala uno al verle la facha.

—De viaje.

El remolino arrastra periódicos rotos, como para la mirada del poeta, que sigue rumiando versos entre el humo de los cigarrillos y el espeso olor de cerveza. Opinan, se conduelen, accionan, levantan su voz, levantan sus brazos.

—También somos rebeldes —dice uno con expresión de circunstancia—. Nadie puede ser indiferente a lo que pasó, a lo que va a pasar.

Apura otro vaso, enciende otro cigarrillo. Pone en su punto el nudo de la corbata para equilibrar los nervios. El transeúnte se les queda mirando, sin odio, casi indiferente, pensando que ese método no es el de la comunicación sino otra forma resentida del aislamiento.

—¿Qué hemos dado? —se le cansan las palabras, terminan su inutilidad, su pobreza—: ¿un pequeño sacrificio, un grito cuando había por

qué darlo?

—Estamos con ellos.

Entre movimientos de apariencia mundana guardan silencio, interrumpido por algún reclamo.

—¡Estamos con ellos!

Ellos, son unos titulares de ocasión, unas fiestas caritativas, unos datos, un escozor más o menos localizado, la noticia del día. No, sería imbécil hablar, sabe que luchar es la única forma revolucionaria del sufrimiento, al basurero con esa clase de reniegos y lamentaciones. Poesía también puede ser una bayoneta, o un cadáver oportuno.

Y ante un «—Ayer no más decía...», resuenan otra vez los tacones calle abajo, se amarga el gesto, adquiere abismos y chozas y derrumbes. Los pasos resuenan dentro de él mismo. ¿Hacia dónde? Las suelas andan sobre restos de los mercados improvisados: hojas de repollo y col, pezones de lechuga, plumas de gallina, pabilos de yuca, montones de balastro, cáscaras de huevo, vástagos de racimos de plátano, olor a sobras. Una buscona mal trajeada cruza la calle con expresión de altanera vergüenza, senos erectos de profesión, enfáticos, como puños cerrados. Un perro flaco se pierde en una esquina. El overol de un obrero, con letrero de propaganda a la espalda, da cara a Los Barrancos. Arriba el aire quieto, como una gran espera.

El pífano queda atrás, atrás quedan los taxímetros, las luces de cafés y almacenes, los diálogos con angustia de hojarasca. Allí asoma lo que fueron primeras covachas.

Nadie hay en Los Barrancos. La abrupta soledad se moja en unas chozas vacías, forma tumulto entre las zanjas de los deslizamientos. Por las empinadas callejuelas corre agua lodosa hacia el viejo cauce, hacia El Río que nace en la ciudad y se va cañón abajo, feo, turbio.

Ya no hay un hombre flaco y alto que dice:

«—Muchacho, traé la cabra», porque tampoco hay una cabra para las lomas, para la alegría fresca de un niño, para la muerte de un crío de trompa punteada. Porque tampoco vive ahora el hombre alto y flaco venido de hondo, venido de lejos.

No se oye la voz de un viejo que escudriña una lejanía borrada en su recuerdo:

«—¿Qué te hiciste, vaca? ¿Dónde estás, jumento? ¿Y vos, crío? Acá, acá, tanto tiempo sin verlos, mis animalitos...». Porque El Viejo volvió a ser niño y a creer en fantasmas de animales arrinconados en su corazón, bramando y rebuznando y mugiendo en eco de la montaña distante, en niebla de vaho de las madrugadas.

No dialogarán dos pordioseros sobre la vida y las mujeres y los peatones de piernas fuertes. No habrá alero donde recostar su soledad cojeante, ciega, ni sus palabras como índices implacables:

«—¡Yo soy Zapata el Inválido!».

No habrá rezos de niños, serios entre una que otra risa atajada con los dedos:

«—Guardá, Señor, el alma de esta muñeca pa que no nos espante de noche, pa que no tenga frío cuando llueva, pa que no se la lleve el diablo».

No habrá un idiota que lanza bocanadas de alarido, porque su temblor se aquietó en una tumba del último cementerio. No habrá una abuela que celebre ritos ocultos, porque entrará de lleno en la ciudad con su pregón y su garrote:

«—¡No va a quedar ni uno! ¡No va a quedar ni uno solo!».

Tal vez de cuando en cuando buscarán su imagen estancada en el aire afuereño, o apretarán o seguirán de largo para ignorar su propia vida. O regresarán, como ahora El Viejo, removiéndolo con una estaca el barro de los derrumbes. Roto el pantalón, deshilachado el sombrero, revuelta la barba, sin cauce la mirada.

—Acá, jumento, acá, vaquita de lomo requemao, nos mató el derrumbe. Hace quince días me morí yo. ¡Es tremendo estar muerto!

El agua da sobre el espinazo, el pelo sobre las arrugas frontales, la voz sobre la greda.

—Murió la gente de Los Barrancos, se acabaron Los Barrancos.

Allí está la tierra al pie de la ciudad. La Ciudad sigue indiferente después de haber oído la tragedia de estos hombres sin nombre. Eran un tumor humano nacido a la gran ciudad que crece y progresa. Ellos buscarán refugio en otros barrancos hasta que los echen de nuevo, hasta las próximas lluvias. Algunos dormirán en los andenes, o en portales de iglesia, o bajo puentes monumentales, o en bancas de parques solos, o en el cementerio sin

muertos. Otros caminarán sin rumbo por las calles o robarán en «buses» o en haciendas vecinas. O engrosarán las guerrillas que se insinúan en el horizonte.

El Viejo recorre trabajosamente los escombros.

—¡No quiero ser tierra de barrancos! Me zafaría de allá pa ser pantano en El Río, taparía a los niños y a los animalitos de Dios. Me apisonarían en las tapias, me chuzarían con estacas, me destriparían los tratores. ¡No quiero ser tierra, que no!

Junto al Hospital General se hincha el montón de desahuciados. Tuberculosos, llaguietos, desnutridos, agonizantes. Pero el Hospital General no tiene partida disponible. En el Anfiteatro contiguo unos estudiantes de medicina rifan cadáveres para sus disecciones.

—Flacos vinieron los animalejos —protesta uno cerrando un libro con violencia—. ¿Este es un hueso o un músculo?

—Mirá, ¿este pecho es de mujer o de hombre?

—Cadáveres recién nacidos a la muerte —habla un buscador de frases, parece apenarse de su búsqueda.

—El mío no parece de los derrumbes —dice un tercero de cara chistosa—, es una momia de trescientos veintisiete siglos y medio.

—¿Por qué no pedís para tus estudios el del doctor Arenas?

Algunos cadáveres tienen quebrada la columna vertebral, o las piernas, o los brazos. Son una quebrazón sobre el piso, desintegrándose en el cuchillerío de los estudiantes, congelándose en las grandes refrigeradoras.

Tal vez una cuchilla se aquiete apretada en una mano, y el de la mano pensará que estos hombres y estas mujeres y estos niños soñaron sueños pequeños, y anudaron sus vidas humildes al absurdo transcurrir de los días con amores opacos y diálogos lentos y pequeñas emociones.

Nuevos reportajes de periódicos hablarán de otro apéndice recién salido a la ciudad. Porque de los campos día a día llegan gentes que se apretujan y duermen en los grandes tubos de cemento, en chambas más lejanas. La miseria cambia de sitio, es contagiosa en los siniestros alrededores.

Cuando El Viejo ve grúas y *bulldozers* y tractores en guardia sobre el suburbio, cuelga sus manos, impotente.

—¡Dragones!

Podría luchar contra tigres y panteras, no podría contra esas estructuras de acero.

—¡Son monstruos de otro mundo!

Estos eran Los Barrancos. Un día llegó un hombre de expresión amarga, echó por última vez su mirada a los montes, botó una maldición y clavó su primera estaca. Tras de este rancho de palo en tierra siguieron otros, y otros, hasta que Los Barrancos se convirtieron en vivero y agonizadero de gentes.

El Viejo recorre trechos, resuella al advertir la presencia del transeúnte:

—Feo baja El Río, está más grande y feo que hace años. ¡Fuera mostros! —trata de espantarlos con el garrote. En el claroscuro, el niño de la cabra parece oír la voz de su padre, la voz de Amalia, la apagada voz de una mujer enferma. El transeúnte se le arrima, el niño permanece inmóvil. Cae la noche, injustamente.

—Vamos, muchacho.

Más que la voz hablan los ojos del niño, duros por primera vez:

—¿Qué pasa?

Mira las aguas, el otro mira la lejanía de plomo, unas nubes distantes que se le antojan humaradas.

—Muchas cosas van a pasar.

Chasquean sus botas en la greda. El niño se levanta y lo sigue, se hará prematuramente hombre. Peleará duras batallas. Su paso va apagando las últimas voces de El Viejo:

—Se está muriendo el mundo. Yo tenía tres cuadras de tierra y una vaca con su crío de lomo requemao. Acá, jumento, démonos calor ahora que estamos muertos. Era sabrosa la vida cuando estábamos vivos, allá en las altas montañas.

El pequeño reclama al avanzar:

—Se lo llevó El Río, a mi papá también se lo llevó El Río.

De un manotazo bota el llanto. No pregunta para donde van, caminar es una forma de liberarse: atrás queda el suburbio, bajo las piedras se deshacen las tumbas de muñecas de trapo. Habrá un sacudimiento, pasarán muchas cosas.

Atrás quedan las piedras de la catedral. Atrás, el cemento de *El Público*. Atrás, el hielo de clubes para hombres solos, para hombres y mujeres en día de fiesta. Atrás, la ciudad que aplasta la simple condición humana. Allá, quizá demasiado lejos, junto al verano, habrá lumbraradas, habrá humo que nunca será nube de invierno.

Avanza a su paso el niño sin cabra. Pronto él también aprenderá la pequeña sabiduría cotidiana. Aprenderá a odiar. Aprenderá a batallar. Aprenderá a vivir.

—Serás hombre —dice el otro—. Muy pronto vas a ser hombre.
Siguen adelante, convertidos ellos mismos en camino.

OceanofPDF.com